

La vida de

Eva



Erina Alcalá

EA

LA VIDA DE EVA

ERINA ALCALÁ

*En cierto modo, todos nos
Asemajamos a nuestro dolor*

CAPÍTULO UNO

La vida de Eva Williams Medina, era maravillosa hasta los nueve años, lo fue. Su padre, Alfred Williams, irlandés de nacimiento, era un ingeniero aeronáutico que fue trasladado al aeropuerto de San Pablo de Sevilla por la empresa Airbus.

Trabajaba como ingeniero de Calidad de los aviones. Se fabricaban distintas piezas en otros países de Europa y en Sevilla se realizaba el montaje, la valoración y el control de calidad. Y era muy bueno en su trabajo.

Un hombre alto y rubio, de ojos azules, amable y extrovertido. Un hombre divertido y amoroso en casa. Al menos eso recordaba Eva, a su padre haciendo arrumacos en casa a su madre y a ella.

Conoció a la madre de Eva, Rocío Medina, mientras trabajaba en España, al poco de asentarse en la ciudad.

Se enamoró locamente de ella, una chica alegre, de pelo castaño claro y ojos marrones. Era azafata de tierra en el aeropuerto, facturaba maletas para una compañía low cost.

Se casaron y aunque la madre no tenía un sueldo muy alto, el padre sí. Compraron un piso grande en Nervión, una de las zonas caras de Sevilla y fueron felices durante más de doce años.

Les encantaba viajar y fueron de vacaciones cada vez que tenían oportunidad. A los dos años de casados, Rocío se quedó embarazada y tuvieron a su única hija, Eva, una niña preciosa de pelo castaño claro como su madre, ojos azules como su padre, no muy alta y la nariz un tanto respingona y pequeña como su madre. Y fue la princesa de la casa y de su padre. En esos años fue la niña más feliz del mundo.

Pero la felicidad duraría para la familia, doce años, el día que la madre de Eva, tuvo un accidente de coche y murió viniendo del trabajo a casa. Y Eva se quedó huérfana de madre a los nueve años.

Su padre, Alfred, se encontró perdido, con una niña a la que amaba y a la que debía cuidar porque aún era pequeña y sin el amor de su vida y tuvo que salir adelante a trompicones, por ella.

Con el tiempo, y a los dos años de la muerte de la madre de Eva, cuando ésta contaba once años de edad, se mudó al piso de al lado una señora viuda de la edad del padre de Eva, con cuatro hijos.

Su madrastra, empezó con una amabilidad inusitada, como si le diera pena que la pequeña no tuviera madre, a tontear con el padre, y desde esa ingenuidad adolescente, ella comprendió que algo terrible iba a pasar y le dijo a su padre que no la quería como madre, que ella tuvo la suya.

—Vamos hija, Paquita es una mujer buena, tiene cuatro hijos, tendrás hermanos y será como una madre para ti. ¿No quieres tener hermanos? Estamos solos hija...

—¿Por qué papá? Yo quiero quedarme en casa contigo, los dos solos, no quiero que te cases con ella —lloraba Eva desconsoladamente.

Pero no hubo nada que hacer. Paquita era un lobo con piel de cordero y cuando su padre estaba delante, la acariciaba, pero cuando no lo estaba, siempre estaba fastidiándola, diciéndole cosas que herían a una niña y lo peor de todo, es que no podía contárselo a su padre para no herirlo ni crear problemas.

Guardó ese sufrimiento y el que le provocaban los hijos de Paquita durante años. Ninguno la

quiso y eso nunca lo vio su padre, ni fue consciente de ello.

Paquita era perseverante. Consiguió que su padre vendiera la casa donde habían vivido toda la vida con su madre y compraran una más grande, y lo dominaba, así como administraba el sueldo de su padre y el dinero que había conseguido ahorrar toda la vida.

Consiguió además, que el padre de Eva, se hiciera un seguro de vida dejándole a ella sola el dinero y la casa. De esto nunca fue consciente Eva porque no sabía nada de dinero, economía y además era algo de lo que no sabía, ni le contaban nada porque era apenas una niña entrando en la adolescencia.

Solo sabía que no veía a su padre feliz como antes, como cuando vivía con su madre.

Incluso Paquita no quería que ella fuera a la Universidad, pero en eso fue en lo único que no cedió el padre que puso como excusa que se lo había prometido a la madre de Eva y fue el colmo para Paquita, que decía que se gastaba dinero en la Universidad y no tenían, pero Eva, siempre tuvo beca, por lo que era una excusa vana.

En cambio, sus hijos, no estudiaron ninguno, porque preferían no estudiar. La envidiaban y Eva, tuvo que acostumbrarse a ello, a sus malas palabras, algunos empujones...

Cuando se graduó en veterinaria, porque le encantaban los animales, Paquita dijo que si pensaba que iban a ponerle una clínica, se equivocaba. Tendría que buscarse trabajo. E independizarse como todos, pero eso no era cierto. Porque la mayoría de sus hijos excepto el mayor, todos estaban aún en casa.

En su fiesta de graduación de la Universidad, solo estuvo su padre. El resto de la familia, dieron excusas para no ir a verla. Pero ella lo prefería así. Y fue a comer después con su padre a solas y le recordó el pasado con su padre, cuando iban solos a comer o al parque. Cuando estaban a solas siempre hablaban inglés y cuando estaba toda la familia, en castellano, pero a veces Paquita los pillaba y se enfadaba.

—Papá ¿estás bien?

—Sí hija, estoy bien, muy feliz de que te hayas sacado la carrera y hables dos idiomas. Si tu madre te viera ahora, estaría orgullosa de ti. ¡Estás preciosa!

—Seguro nos está viendo desde dónde esté y está contenta de vernos ahora mismo juntos —y abrazó a su padre.

—¡Te quiero papá!

—Y yo a ti tanto, hija... Te pareces tanto a tu madre... Y Te has convertido en toda una mujer.

—Papá, mama tenía los ojos marrones.

—Eso no importa, menos en eso, eres igual.

—¿Eres feliz de verdad con ella, como con mamá?

—Nunca, jamás nadie será como tu madre.

—Creo que no quiero dejarte solo con ella. Podemos dejarle la casa e irnos a un apartamento los dos juntos. Yo encontraré trabajo y aunque tengas que darle algo...

—No hables así, ha sido una gran ayuda para nosotros.

—Eso no es cierto papá. No quiero dejarte solo con ella, vámonos lejos, a Irlanda si quieres, a otro sitio. A Nueva York, siempre quisiste ir a Nueva York.

—Hija, tengo trabajo aquí, me gusta y me gusta la ciudad.

—Pero no eres feliz con ella. Mamá no hubiera querido verte así.

—No pasa nada hija, no es tan malo.

—¿Vamos a verla al cementerio después de comer?

—Si quieres...

—Sí, quiero ir al cementerio y decirle que lo he conseguido.

Pero ella no esperaba que ese fuera el último día de la vida de su padre. Justo en la tumba de su madre sufrió un infarto fulminante y por más socorro que pidió, chilló, y lo llamó, cuando llegaron los médicos de urgencia del Hospital Virgen Macarena, nada se pudo hacer por él.

Paquita, por su puesto la culpó por haber ido al cementerio, y de la muerte de su padre, pero fue la primera vez que ella se le rebeló de tal manera que se asustó.

—Te irás de esta casa, es mía —Le dijo Paquita.

—Por supuesto que me iré, pero mi padre va a enterrarse con mi madre.

—Haz lo que quieras.

A los dos días, cuando su padre fue enterrado con su madre, salió de esa casa con dos maletas para no volver jamás. Ni siquiera tuvo que pagar entierro, ella lo tenía todo atado. Un seguro de decesos, se encargó de todo.

Una de sus amigas de la Universidad, Olga, la acogió en su casa hasta que se leyera el testamento de su padre.

Mientras empezó a enviar Currículos para encontrar un trabajo.

Una de las mañanas pasó para dejarle la nueva dirección al notario de su padre para que le avisara, si es que había algo para ella y éste le dijo que sí.

Eva, le dijo a la madre de su amiga Olga, que si cogía algo de su padre le pagaría la estancia, pero ella le dijo que ni se le ocurriera. A la madre de Olga, le daba pena por todo lo que había pasado Eva.

En ese mes, se dedicó a trabajar en algunos bares para poner el desayuno y mantenerse, renovó su pasaporte y su documento de identidad. Y compraba comida, ya que la madre de Olga no quería nada, y ésta le reñía, pero ella se empeñaba.

Y ese mes, a pesar de lo que lloraba y echaba en falta a su padre, se sintió liberada del yugo de aquella mujer a la que odiaba y la odiaba a ella y nunca la quiso.

En el despacho del notario, estaban citadas ella y Paquita, que le preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

—Me han llamado. ¿Pensabas que todo te lo iba a dejar a ti? Ya te aprovechaste bastante de mi padre, te has gastado su dinero y la casa de mi madre.

—Y Paquita se calló.

—Bien, empecemos, dijo el notario que sintió la tensión entre ambas: la casa está puesta a nombre de Paquita, se compró antes de casarse y es suya —y Eva la odió en esos momentos porque se compró con el dinero de la casa de su madre. No hay más propiedades, salvo un seguro de vida. En realidad dos, uno que la madre de Eva, le dejó al morir y que sería suyo al acabar la carrera, cosa que parece ha terminado. Son cincuenta mil euros. Ahí lleva el cheque.

Hizo un inciso y prosiguió...

—Y otro seguro de vida que tenía Alfred.

—Me lo dejó a mi nombre —Dijo Paquita diligente.

—Lo siento, señora, lo cambió hace dos meses y subió la cantidad. Eran cuatrocientos mil euros, la mitad para su hija Eva y la mitad para usted.

—Pero, pero...

—Y ya no hay más, lo que queda en la cuenta corriente.

—No hay dinero —Dijo mintiendo como una bellaca.

—Pero tendrá una viudedad para usted, ya que Eva es mayor de edad.

—¿Cuánto es?

—Mil doscientos euros.

—¿Solamente? pero si ganaba más de cuatro mil euros...

—Sí, pero eran suplementos, horas extras y demás. Y esto se computa con la paga solamente.

—¿Y se va a llevar más que yo esta niña?

Y Eva y el notario se miraron.

—Me llevo menos de lo que me corresponde. Doscientos cincuenta mil euros.

Y salió con sus cheques del notario, sin despedirse de Paquita, que salió echando chispas.

Se fue al banco y se abrió una cuenta, su primera cuenta y metió el dinero. Se sentó en una cafetería, se tomó un café y una tostada, aunque era más bien tarde, pero no había desayunado con los nervios de tener que enfrentarse a esa mujer.

Y pensó en su vida, en la etapa feliz y en la etapa infeliz, en su pobre padre y su debilidad con esa mujer. Y quiso poner tierra de por medio.

Y pensó que ella haría el viaje y la aventura que su padre siempre deseó.

Así que allí iba a desempeñar su trabajo, como se llamaba Eva Williams. Y se puso manos a la obra. Se despidió de la cafetería, cobró los quinientos euros que le debían, tomó su móvil e investigó por internet los apartamentos en Manhattan, alquileres, de estudios o de una habitación de un dormitorio, para empezar, en una buena zona. Buscaría trabajo y luego se cambiaría, si no estaba bien allí.

Conectó con una inmobiliaria y estuvo hablando un rato con un agente que llevaba complejos vacacionales, habitaciones para una persona por ochenta dólares al día para una sola persona. Era un apartamento precioso amueblado con un dormitorio y una pequeña cocina, baño con ducha en una buena zona de Manhattan, con cuarenta metros cuadrados.

Le enviaron fotos, le encantó y lo reservó para el martes de la semana siguiente. Iba a sacar los pasajes y los volvería a llamar.

Era un apartamento de paso para encontrar otro.

Y sacó un pasaje para el siguiente lunes, desde Sevilla. Así que con los horarios en que llegaba, le dieron la dirección y el mismo portero, le cobraba por semanas y le daba las llaves, le dejó los documentos, con su nombre y una transferencia por una semana.

Se fue corriendo al banco de nuevo y cambió el dinero en dólares y dejó los 500 euros para esos días y le daría algo a la madre de su amiga por tenerla en su casa y para el taxi al aeropuerto. Si le sobraba en el aeropuerto de Nueva York los cambiaría a dólares.

Al final, la madre de su amiga Olga no quiso cogerle dinero. Le desearon buena suerte, pero la mujer se quedó preocupada de que se fuera sola y tan lejos y le prometió que las llamaran de vez en cuando para saber que estaba bien. Y ella se lo prometió y le agradeció todo.

Y el lunes por la noche, con dos maletas y 265.000 dólares, 400 euros y una semana pagada de apartamento en Nueva York, salió para el aeropuerto de Sevilla camino de la gran manzana a olvidarse de todo y de todos, excepto de sus padres y su amiga.

El dinero que le sobró, lo cambió en el aeropuerto de Nueva York, cuando llegó, que le vino bien para el taxi a Manhattan y al menos comer un par de días o tres.

Cuando el taxi, la dejó en la puerta del edificio tuvo más miedo y nervios que cuando se subió al avión. Su futuro era incierto y era joven, demasiado, pero sería fuerte por sus padres y saldría adelante.

Para empezar, ya tenía su primera semana pagada de su apartamento que iba a ver. En unos momentos.

El portero, tal y como le habían indicado, le dio las llaves y el número de su apartamento.

Subió a la planta dieciocho y abrió el camino hacia su libertad.

Era precioso y cálido, pequeño, pero para ella era ideal, además eran apartamentos vacacionales, o podría quedarse a vivir allí permanentemente, así que se quedaría hasta encontrar trabajo, aunque eran baratos si lo tenía en cuenta.

De momento, salió a cenar a una cafetería cercana, que le recomendó el portero y cuando volvió, se dio una ducha y se acostó.

Era quince de Julio, lunes. Y hacía calor en Nueva York, puso el aire y se echó en la cama y estuvo durmiendo hasta el día siguiente por la tarde. Se volvió a duchar y salió de nuevo a comer.

Se llevó alguna compra de alimentación, lo imprescindible, de aseo y maquillaje. Y deshizo la maleta, planchó alguna ropa y la colocó todo en el armario.

Sacó el mapa de la zona por internet, en su pc, las clínicas veterinarias que había por Manhattan.

Pasó su Currículum a inglés y empezó a enviarlos a todas las clínicas veterinarias que había en Manhattan. Envío así como treinta Currículums y de momento lo dejó. Bajó a dar un paseo y a cenar algo, porque necesitaba salir. Aunque fuera a tomar el aire.

El miércoles, miraría anuncios de trabajo. Compraría periódicos de anuncios de trabajo también por si había alguno para ella.

La calle era bonita, y le gustó mucho, tomó un plato combinado en la misma cafetería de la cena del día anterior. Por la noche, no saldría, era triste no tener a nadie a quién llamar ni nadie que te llamara, salvo a su amiga Olga a la que llamó para decirle que había llegado bien y le envió unas fotos de la zona y del apartamento. Pero ya no tenía a nadie más.

Se fue a casa con tres periódicos. Se hizo un café y lo tomó, Se tumbó en el sofá, puso la tele bajita y echó la cortina del salón y se quedó dormida.

Por la tarde echó un vistazo a su buzón de correo electrónico y tenía un email de los que había enviado por la mañana, de una clínica veterinaria. Se incorporó de golpe. Necesitaban a un veterinario. No podía creerlo, tan pronto...

Tenía cita al día siguiente a las once de la mañana. Miró la dirección y buscó la ropa adecuada. Aun así, miró los anuncios de los periódicos y envió otros cuantos Currículos. Y cansada, se hizo una sopa, un bocadillo, un yogurt y se acostó.

El día siguiente, después de desayunar fuera, fue a casa a vestirse, se maquilló un poco, estuvo viendo la clínica por internet y tomó un taxi porque estaba un tanto lejos.

Cuando llegó, había tres personas para la entrevista.

Era una clínica veterinaria de lujo. Hasta había masaje para los perros, en una zona de lujo, con una tienda al lado, con productos solo para perros, de la misma veterinaria.

Cuando le tocó a ella la entrevista, dijo que la experiencia que tenía eran solo seis meses de prácticas en la carrera, que era joven pero que tenía ganas de trabajar y le encantaban los animales y había hecho las prácticas con un buen veterinario en España. Aparte sabía dos idiomas y en Nueva York había mucha gente que hablaba castellano.

Creyó haber hecho una buena entrevista, claro que si algún otro tenía más experiencia, estaba perdida, y le había encantado la clínica, el ambiente y la ubicación.

Quedaron en llamarla al día siguiente y le dirían si la elegían o no.

Y ella rezó y pidió a sus padres que le dieran ese trabajo, porque era maravilloso. La clínica era preciosa, y sabía que era el trabajo de su vida, pero no sabía el sueldo. Era importante, pero más importante era encontrar trabajo.

Y parece que sus padres la escucharon y le dieron suerte, porque por la tarde mientras enviaba más Currículos y veía anuncios en el periódico, la llamaron de la clínica veterinaria. Tenía trabajo.

¡Bien!

Debía ir al día siguiente a las doce para explicarles el tipo de trabajo que realizaban, el que ella iba a realizar, formalizar el contrato y hablar con la Directora del Centro Veterinario. **VETERINARY CLINIC DOG HOUSE**, la señora Emily.

Esa noche durmió nerviosa, incluso lloró, porque echaba de menos a sus padres, sobre todo a su padre. No había tenido tiempo de llorar por él. Estaba sola en un país enorme, en una ciudad enorme que no conocía y tenía veintitrés años y ya le pesaba la vida y la soledad a la que debía acostumbrarse.

Pero después de llorar todo lo que tenía dentro, se prometió que saldría adelante y dedicaría parte del sueldo si podía permitírselo en hacer cursos para llegar a ser una veterinaria completa en todos los ámbitos.

El día siguiente firmó su contrato y fue destinada a la parte de recibir a los perros y otros animales y dictaminar su dolencia, ayudar en las operaciones también para ayudar y aprender. Cuando estuviese lista, podía operar y tener ayudante.

Su sueldo era de ocho mil quinientos dólares que le pareció una barbaridad y un seguro de salud gratuito durante un año, renovable como el contrato.

De momento tenía un año de trabajo con un sueldo escandaloso. Eso sí, tendría que comprar en la tienda que tenían, el uniforme. Y eso lo hizo al salir porque el lunes siguiente entraba a trabajar de ocho a cuatro de la tarde.

Se compró uniformes y zapatillas y unos gorros para la cabeza. En principio casi de manga corta, también un par de ellos de invierno. Como tenía la tienda al lado, si necesitaba algo, lo compraría allí.

Tenía un despacho completo, con los animales que le asignarían y una especie de salita al lado con una mesa y medicinas y aparatos para tratamientos y observaciones.

Solo le quedaba encontrar un apartamento que estuviese o cerca de la clínica o al menos como máximo media hora andando, no más.

El lugar donde la clínica estaba sabía que era caro, pero no podía estar eternamente en un apartamento vacacional, porque aquello era una locura de entrar y salir gente a todas horas, tanto de día como de noche, fiestas y demás. Así que como tenía pagado esa semana iba a ver si podía cambiarse y no tener que pagar otra.

Entró a una hamburguesería a tomar algo y a la salida de la clínica y llamó a la agencia que ya conocía. Le dieron la dirección de donde estaba y quedó en pasarse después de comer. Tomaría un taxi y que le buscaran algo por la zona o cerca.

— ¡Hola! Soy Eva Williams —dijo al entrar a la agencia inmobiliaria dirigiéndose a una agente que estaba sola en una de las mesas de atención al público.

— ¡Hola!, me llamo Érica. Siéntese.

—He llamado hace menos de una hora, no sé si usted me atendió.

—No importa, atendemos todos, ahora están ocupados o enseñando casas y apartamentos, así que si no te importa te atiendo yo.

—Sí, me da igual. Mire estoy en un apartamento vacacional —Y le dijo la dirección.

La agente miró en la dirección que Eva le dio y miró en el ordenador.

—Exacto, lo tiene pagado esta semana, le cumple el domingo. El lunes debe salir antes de las diez de la mañana o pagar otra semana.

—Exacto, pero quiero encontrar un apartamento fijo, tengo un contrato de trabajo por un año,

acabo de firmarlo hoy.

—¿Es usted veterinaria tan joven?

—Sí, bueno tengo veintitrés años. En Junio la acabé, hace más de un mes.

—Pues eso, joven, mujer —Y Eva rio.

—¿Y qué te busco?

—La clínica en la que voy a trabajar, está en esta dirección.

—Cara y exclusiva.

—Sí, esa impresión me ha dado. Quiero un apartamento de dos dormitorios. O uno y un despacho, me da igual, el caso es que quiero un despacho independiente.

—¿Muebles?

—A ser posible, claro, y que esté pintado o nuevo, o que se pueda pintar antes del domingo.

—Vamos a ver... ¿Cuánta distancia al trabajo?

—Máximo media hora andando, que no sea muy caro.

—Vamos a ver qué tenemos por la zona... Aquí está, tengo cuatro, podemos verlos, si quieres ahora. Uno lo tengo muy cerca de la clínica, claro que es más caro, pero está listo para entrar, luego tengo otro a un cuarto de hora en otra avenida, una buena zona también, bueno allí tengo dos en el mismo edificio y el último a veinte minutos andando, una zona juvenil, con cafeterías, cerca de un centro comercial, guarderías, institutos y por la noche pub y restaurantes y zona de copas en toda la avenida. Este te gustará.

—Veamos el último. El de la zona juvenil. Veinte minutos andando no es tanto. Estaría bien.

—Es el más barato, pero lo están arreglando, pintándolo y poniéndole muebles nuevos. Pero vamos a verlo, venga. Antes estuvieron viviendo un grupo de jóvenes y lo dejaron fatal, claro que no se había pintado en años. Sin embargo, el edificio es bueno.

Estuvieron viendo toda la tarde los apartamentos. El que le había dicho que estaba a veinte minutos, el que estaban arreglando, es el que más le gustó, tenía hasta portero, un edificio de mármol maravilloso, la zona era preciosa y estaba en la misma avenida de la clínica, salvo algunas manzanas más arriba. Entraron y estaban terminando de pintar la puerta de entrada. Ya habían terminado de arreglarlo, hasta el suelo se veía precioso.

— ¡Qué bonito! —dijo Eva.

—Falta la decoración y los muebles, si quieres despacho, te lo pido, en caso de que te quedas con el, claro, los muebles, el resto es cosa tuya. Una mesa sillón y una gran estantería abierta con puertas abajo.

—Si me quedo con este sí. Me encanta.

—Tendrá de todo, ropa de cama, cortinas...

Preguntó cuánto le quedaban y les dijeron que el sábado al final de la noche estaba listo.

—Me encanta, en comparación con los otros es a estrenar, claro que necesito saber el precio.

—Te va a encantar. Tres mil quinientos con comunidad incluida. Luego tienes la luz, agua y el teléfono que pagar tú, nada más.

—Si quieres plaza de garaje, también es aparte.

—No, no tengo coche aún.

—Bueno si más adelante quieres, puedes alquilarla. Y tienes piscina y gimnasio en el sótano uno, pero creo que hay que pagar una cuota mensual si quieres utilizarlo.

— ¿Cuánto?

—Son cien dólares mensuales, está muy bien. El portero te da un bono. El los vende, y el horario es de siete de la mañana a diez de la noche, puedes usarlo las horas que quieras.

—Sí, me gusta, sobre todo la piscina. Y está bien de precio.

—Eso le vamos a preguntar al portero, te dan un bono mensual. Si algún mes no quieres o te vas de vacaciones, lo ahorras.

—Vale.

—Entonces qué, ¿te ha gustado alguno en particular? no tengo más. El resto están más lejos y necesitarías autobús.

—Bueno, a este no le he visto los muebles, pero me lo quedo.

—¿En serio?

—Sí, es nuevo, tiene buen precio y me encanta. Y si los muebles son nuevos...

—Pues vamos a la agencia, hacemos el contrato, me das el número de cuenta, una mensualidad de fianza, lo que queda de julio y agosto, si te parece, y ya empiezas a pagar en septiembre.

—Me parece bien.

Y te doy tus llaves y cerramos el apartamento vacacional hasta el lunes por la mañana.

—Iré el domingo a ver si han terminado y si es así, me cambiaré.

—Bien, el portero se encarga de la llave, se la dejas a él. Él nos llama. Y te da un certificado de que lo has dejado a tiempo.

—Estupendo.

Cenó en casa esa noche de jueves, había tenido tanta suerte..., que no podía creerlo. Aunque estaba muerta de ver tantos apartamentos.

Un apartamento casi nuevo, pequeño, pero suficiente para ella, podía permitírselo y ahorrar además del dinero que tenía de su herencia, guardado. Se sintió bien, libre, nunca más se acordaría del nombre de Paquita ni de sus hijos, ahora nadie le mandaría nada, ni la miraría mal, ni le daría empujones cuando pasara por su lado, ni le diría cuántas cosas hacía mal. Ahora vivía sola y era la mejor decisión que había tomado en su vida hasta ahora.

Se dio una ducha, se hizo una tortilla y un yogurt y se tumbó en el sofá a ver una película.

El resto de la semana se dedicó a conocer los alrededores de su nuevo apartamento. Le encantaba esa zona, había de todo, para desayunar, comer, restaurantes, y la noche se convertía en zonas de copas, música de jazz, tiendas, un supermercado tenía cerca y un bazar, una floristería. Tenía vida. Y ella también y ganas de entrar a vivir en él y a empezar a trabajar.

CAPÍTULO DOS

El domingo por la mañana con sus llaves, se fue al apartamento, llamó, pero no había nadie y abrió la puerta, aun así, cambiaría la cerradura el lunes, y pondría un par de ellas más.

Le preguntaría al portero que le mandara un cerrajero y a primeros de agosto compraría un bono para la piscina.

Olía a pintura y a limpio y abrió las ventanas de todo el apartamento para que entrara la luz y el aire fresco. Era precioso, tenía unos sesenta metros cuadrados, no muy grande, un salón, mediano con dos sofás grandes y preciosos en tonos grises, un baúl hacía de mesa en medio y un sillón de lectura en el lado que daba al pasillo, con una lámpara de pie.

Otra mesa cuadrada entre los sofás con una lamparita pequeña; en la entrada había un perchero antiguo y una mesita con otra lámpara de mesa y una especie de mano para dejar las llaves.

La cocina al otro lado, pequeña pero todo era nuevo, tenía lavavajillas pequeño y un buen frigorífico. En tonos grises y amarillos y le encantaban, las lámparas y la luminosidad. Una especie de hueco que hacía de comedor con una mesa y cuatro sillones bajos. Precioso y cómodo.

Era en piso dieciocho y había ocho pisos en cada planta.

Tenía tres puertas que daban al salón y al pequeño pasillo, una, una lavandería con una columna de lavado y materiales de limpieza, la siguiente un aseo pequeñito y la otra su despacho, precioso y amueblado, le faltaban los materiales, que tendría que comprar ella, aunque tenía un pc nuevo, pero necesitaba materiales, fax, impresora, aunque tenía el sillón, la mesa y una buena estantería como le prometieron, de punta a punta de la pared.

Y su dormitorio. Le habían puesto una cama grande, exagerada, una cómoda alta y dos mesitas de noche, un sillón y un pasillo con dos vestidores, uno a cada lado, hasta con perchas, y en el centro más adelante, su baño doble tipo spa, con una bañera y una ducha, un armario con toallas.

En el cajón de la cómoda, había ropa de cama suficiente y mantas en el altillo del vestidor.

Había cojines, en los sofás y en la cama. Era maravillosa.

Así que volvió de nuevo al apartamento vacacional y cogió todas sus cosas, un taxi y se cambió. Le dejó al portero la llave y firmó un papel que le presentó el portero y en un taxi se fue a su nueva casa.

Estuvo colocando su ropa en las perchas y en los cajones y las maletas en los altillos del vestidor. No tenía demasiada ropa, pero eso lo iba a solucionar.

Y salió por la zona, algunos establecimientos estaban abiertos, tomó un plato combinado en una cafetería que había un par de metros bajo su apartamento y en el bazar y la floristería compró unas cuantas cosas que necesitaba.

Y las colocó y luego bajó al supermercado y llenó su cocina y pequeña despensa de comida, hasta un par de taper para llevarse comida al trabajo, aunque el lunes como estaba tan cansada, comería fuera, porque no le apetecía cocinar.

Cuando acabó por la tarde, tomó un café y un trocito de tarta pequeña que compró. Y por internet, encargó unos cuantos libros de veterinaria y perros. En total se gastó casi trescientos dólares que iba a poner en sus estanterías y leer. Algunos de la carrera se había llevado, pero no todos.

A la semana siguiente, recibió los libros, había empezado a trabajar y le habían puesto tres cerraduras nuevas, había comprado un fax, y una impresora nueva, y llenó de materiales el despacho.

Era feliz en su casa y en su trabajo. Había empezado una vida nueva. Se llevaba comida al trabajo y se permitía comer fuera algunas veces los fines de semana, sobre todo el desayuno.

Iba a ver el parque y también se fue de compras para ella, a la peluquería, se maquillaba más, se vestía mejor, algunas noches del fin de semana salía a tomar una copa y hablaba con chicos y se hizo una amiga en la clínica, una chica muy agradable un par de años mayor que ella, Marie Anne. Ninguna salía con chicos y vivían relativamente cerca.

Y se hicieron inseparables. Marie Anne, era también veterinaria como ella, y a veces tomaban café a la salida del trabajo y se llevaban comida y comían juntas al mediodía si coincidían en horario.

Se habían contado su vida y Marie Anne, parecía su madre, porque la veía sola y desamparada y además le había contado que nunca había salido con chicos y ya iba a cumplir veinticuatro años. Y ésta se sorprendía.

—Eso hay que solucionarlo, mujer. No puede ser, Eva.

—Es que me da miedo la intimidad. Hablar con ellos o ser amiga, no, en eso no tengo problemas.

—¿Entonces? —le preguntaba Marie Anne.

—Me gustaría tener un chico, pero, tengo miedo a eso. Me sudan las manos, me echo a temblar, se me doblan las rodillas. No sé por qué me pasa eso.

—Vamos Eva hija, voy a empezar a salir con Rob pronto.

—¿El rubio que conocimos en el pub?

—Sí, con ese, me llama todos los días y no quiero que te quedes sola, sino que conozcas a alguien y salgas con él.

—No te preocupes por mí, amiga. Me gusta Rob para ti. Hacéis buena pareja.

—Pero me gustaría que conocieras a alguien. Y dejes de tener esos miedos, que deben ser psicológicos.

—Ya lo encontraré, si me metes prisa, será peor. No voy a salir con el primero que me lo pida.

—¡Ay está mujer! Claro que no, sino con el primero que te lo pida y te guste mucho.

—Sí, pero eso no ha pasado aún.

—No ha pasado aún porque eres muy exigente.

—Por lo que sea, creo que soy un bicho raro.

—¡Qué bicho raro ni nada! Es que no te ha llegado la hora de enamorarte, cuando te llegue verás.

TRES AÑOS ANTES...

— ¿En serio lo vamos a hacer Izan?

— Si quieres ir de vacaciones de final de carrera, no hay otra forma Arni. No tenemos un dólar, ni tú ni yo, ni le vamos a pedir a nuestros padres, que tampoco tienen y menos para un viaje. Y quiero ir a California antes de que montemos la empresa, que esa es otra.

— Pero mira que no sabemos lo que nos van a pagar.

— Tres mil dólares.

— ¿Tres mil dólares? y si luego tenemos hijos por ahí danzando... Donar el semen no es cualquier cosa.

— A lo mejor podemos poner algunas condiciones — Dijo Izan.

— Entonces vamos. Si podemos poner algunas...

— Vamos, tendremos el mejor viaje a California soñado, tío, Hollywood, chicas guapas, playas estupendas y medio mes que nos merecemos, venga Arni. Esto es único. Quizá no podamos viajar en otra ocasión.

— ¿Y si nos dejan poner condiciones en la clínica, qué condición vas a poner tú?

— Pues seguro que tienen mucha demanda. Voy a poner que cuando inyecten mi semen a alguna mujer soltera, si he muerto o me ha pasado algo, se lo digan a mis padres. Quiero que sepan que pueden tener un nieto. Soy hijo único.

— Joder. Yo no quiero eso ¿Y si vives?

— Si vivo, no hay condición, no lo sabrá nadie y si se lo dan a una pareja tampoco lo sabrá nadie, solo en el caso de que sea a una mujer soltera. Así que si vivo, yo les daré nietos de verdad.

— Como si ese fuesen los otros de mentira.

— Ya sabes lo que quiero decir Arni.

— ¿Entonces qué?

— Vamos a informarnos.

Y fueron a una clínica de donación de semen, que habían visto en el periódico, nueva.

Llegaron allí y entraron ambos al despacho de la directora.

Arni Harris, medía uno ochenta, era de pelo oscuro y ojos marrones. Era un chico guapo, como Izan.

Izan tenía el pelo más claro y algo más largo, con algunos rizos al final por el cuello, unos ojos verdes bonitos y era algo más alto que Arni, uno ochenta y ocho. Era alto. Y guapo y sexy y entre los dos eran una bomba de relojería para las chicas, que anduvieron tras ellos durante todos los años de la universidad.

Y ellos, aparte de ser inteligentes y estudiantes, tuvieron muchas chicas. Se divertían y eran como dos hermanos. Aunque Arni sí tenía dos hermanas más, ambas enamoradas de su amigo, pero eran gemelas que nacieron más bien tarde y les llevaba diez años.

Eran adorables. Sin embargo, Izan era hijo único. Sus padres tenían en Brooklyn una floristería, porque su madre era una enamorada de las flores y les había ido bien. Pudieron pagar parte de la

carrera de informática de su hijo, porque obtenía beca también. Así, no tuvo que pedir préstamos para pagarse los estudios, ni Arni tampoco.

Ese año terminaron ambos un Máster en informática. Tenían veintitrés años y querían irse de vacaciones, porque su intención era montar una empresa entre los dos de móviles y juegos, informática y tenían muchas ideas. Pero no dinero. Pedirían un préstamo al banco presentando su proyecto, a la vuelta de las vacaciones. Y se les ocurrió donar el semen para pagarse las vacaciones. Menos mal que sus padres no se enteraban, que si no...

—Ustedes dirán —les dijo la directora de la clínica cuando los vio entrar en su despacho que resplandecía por los colores blancos que tenía.

—¿No son muy jóvenes?

—Sí, veintitrés años ambos, dijo Izan.

—Tenemos casi un overbooking de donaciones, el poner el anuncio en el periódico, ha sido un boom y tenemos ya listas de espera para recibirlas —Dijo la Directora —Pero como son jóvenes, los aceptaré. Serán de momento los últimos. Hasta necesitar más.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Izan.

—Mañana deben estar en esta dirección, es una clínica con la que trabajamos. Se harán estas pruebas y pasado mañana estarán aquí con los resultados. Si toda la analítica está bien, serán donantes, les daremos unos botes y congelaremos el semen, se les pondrá un número y se le irán signando, pero me temo tardarán unos años. O depende de la demanda que tengamos. Les daremos su cheque, tres mil dólares, firmarán el contrato de confidencialidad y terminamos. Aquí tienen los contratos, los traen firmados si están de acuerdo con los resultados.

¿Algo más? ¿Tienen alguna pregunta?

—¿Podemos poner alguna condición?

—Generalmente no, esto es privado, se sabe quién lo da y quien lo recibe, pero ninguno de ellos los sabe.

—Bueno verá, yo quería poner una condición —Se atrevió Izan.

—¿Y usted? —refiriéndose a Arni.

—No, yo no quiero, no quiero saberlo. Estoy de acuerdo con todas las condiciones.

—Veamos su condición —Dirigiéndose a Izan.

—Verá soy hijo único, me gustaría que mis padres supieran que tienen un nieto, caso de que me pase algo, me muera antes que ellos, tenga un accidente, o algo similar, claro solo pondría la condición si es una mujer soltera la que es inseminada con mi semen, si es una pareja no hace falta.

—Esto es muy inusual, la verdad. ¿Cómo vamos a saber si le ha pasado algo?

—Se pone la condición y yo lo dejaré en mi testamento escrito.

—Vamos a ver, no podemos a hacer eso si es un matrimonio, una pareja el que tiene su semen, pero lo podemos hacer si es una mujer soltera. Podría ser...

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Me gustaría que así fuera.

—Pues aceptamos esa condición. En ese caso hacemos una excepción. Lo pondremos en el contrato. Deme el suyo —y escribió la condición y le sacó un contrato nuevo y se lo dio a Izan.

—Perfecto.

Ni qué decir que los análisis salieron perfectamente, firmaron su contrato y recibieron su dinero.

Y con sus tres mil dólares, cinco días después, se fueron a California, olvidándose de todo lo demás. Por fin habían completado sus estudios, por fin, diversión, chicas, sol y playa.

A la vuelta, ya harían su proyecto de empresa para que el banco, le prestase dinero para montarla.

Eva llevaba ya cuatro años trabajando en Manhattan en la misma clínica veterinaria. Había hecho infinidad de cursos y se había convertido en esos tres años en una veterinaria de éxito.

Era reconocida por su trabajo y era más feliz que nunca con su vida. Había cumplido veintisiete años y su reloj biológico le estaba pitando. Era muy joven pero, así era. Cuando iba por la calle y veía con cochecito con un bebé, se le caía la baba, pero no tenía novio, ni marido, ni nada por el estilo.

Ni suerte en encontrarlo. Su amiga Marie Anne, se había casado, aunque tampoco quería hijos de momento, y tenía ya casi veintiocho años, pero ella si quería hijos, estaba sola, si tuviese un hijo...

No necesitaba un padre, podría ser madre soltera y ese pensamiento empezó a rondarle la cabeza durante un par de meses. Y un domingo compró el periódico y allí estaba la solución, había una clínica en la que había donantes de semen y usuarios que podían tener un hijo de padre desconocido.

Llamaría el lunes y concertaría una cita y se enteraría de cómo funcionaba y el precio, que era importante.

En esos tres años, había ahorrado algo de dinero, pero no podría pagar mucho. Tenía ahorrados más de trescientos treinta mil dólares, pero no pagaría una cantidad desorbitada. No sabía qué podría costar eso.

Por su parte Izan y Arni, años atrás, al volver de sus estupendas vacaciones californianas, realizaron un proyecto de empresa, pidieron un préstamo y montaron su empresa informática, de videojuegos, y esta creció tanto, que se habían convertido en una empresa informática de éxito siete años después. Apenas tenían treinta años y ya eran millonarios con una empresa puntera en el centro de Manhattan.

Arni se había casado, con una chica de Boston, Nani, hacía unos meses, y tenían una casa en las afueras de Nueva York.

Izan, aún permanecía soltero. Se habían convertido en ricos, de la noche a la mañana, pero con sus esfuerzo y trabajo tenían una empresa que ocupaba todo un edificio. Tenían más de cien trabajadores, tres abogados, y un conglomerado de fabricaciones, desde móviles, a ordenadores, pendrives, una sección de videojuegos, todo tipo de materiales. Fabricaban, diseñaban y vendían.

Y a veces, viajaban a exponer sus productos en ferias, en congresos... y venderlos.

Izan se había convertido en un hombre espectacular. El traje impecable, el reloj de oro, los zapatos de piel brillantes, el maletín... Todo un ejecutivo.

Un cuerpo de gimnasio y piscina, aunque mantenía el pelo un tanto largo por el cuello, se había dejado una barba corta, bien recortada. Era un hombre por las que las mujeres babeaban.

Tenía un apartamento en una de las zonas exclusivas de Manhattan, él no se había querido mudar a una casa en las afueras como su socio Arni.

Estaba enamorado de su apartamento en el centro, de trescientos metros cuadrados al que no le faltaba nada, hasta un gimnasio, la piscina la utilizaba en el sótano del edificio. Estaba en forma. No le faltaban mujeres, pero se había ido calmando con la edad, y con la boda de su amigo.

Ya le gustaría a él encontrar a una mujer como la que tenía Arni. Nani, era preciosa y una mujer buena, trabajaba de abogada en la empresa, y allí la conoció, Arni fue el que la contrató y de la que se enamoró en menos de dos minutos.

Siempre se reían de ello.

La empresa se había extendido sus alas de ventas, hasta Australia, Nueva Zelanda, de hecho, era uno de los países donde más vendían sus productos, así que Izan viajaba de vez en cuando.

Y tenía un viaje programado para la semana siguiente a Nueva Zelanda. Una reunión con distribuidores de casi todo el país.

Entró en la floristería de sus padres, una mañana de sábado, antes de irse de viaje. Siempre lo hacía antes de un viaje y de vez en cuando los invitaban a comer fuera.

—¡Hola hijo! ¿Cuánto hace que no vienes por la floristería?

—Un poco sí, mamá pero he estado ocupado, salgo de viaje la semana que viene a Nueva Zelanda y he estado preparando los productos para vender a los distribuidores, algunos prototipos nuevos, ya sabes. Tienes un hijo muy trabajador.

—Eso ya lo sé, por eso te va tan bien y estamos orgullosos de ti —Y lo abrazó fuerte.

—Mamá, ¿No quieres ampliar la floristería?

—No, ya lo sabes, tenemos nuestros clientes, si la amplio tengo que meter gente y tu padre, Fanny y yo la llevamos estupendamente y tenemos a tu padre que compra y se encarga de la trastienda.

—Tampoco quieres que te dé dinero.

—Ya nos renovaste la casa el año pasado.

—Eso no fue nada mamá.

—Fue más que suficiente, estuvimos casi un mes en un hotel mientras tanto y estábamos ya desesperados.

—Pero quedó preciosa.

—Eso sí, con todo nuevo hijo. Me encanta. Ha quedado tan bonita...

—¿Ves? Luego te gusta.

—Me gusta, pero lo que quiero son nietos y no me los das.

—¿Para qué quieres nietos?

—Pues me jubilaría y tu padre también, tenemos ya nuestro plan de jubilación y podemos criar a nuestro nieto. Aunque nos gusta el trabajo, pero podemos vendérselo a Fanny si ella quiere.

—Mamá, pero si no conozco a ninguna mujer para eso.

—Porque eres muy exigente y vas con chicas que no son para tener un hijo.

—Será eso, dame un abrazo anda.

—¡Qué besucón eres! Te quiero hijo.

—¿Y papá?

—En la trastienda cortando las flores. ¿Querías algo?

—Despedirme y comer con vosotros, cuando cierres la floristería.

—Vale, pero te vas tan lejos...

—Sí, mamá, tengo que ir, voy a vender.

—Si tienes ya mucho dinero ¿para qué quieres más?

—Para comprarme ropa —bromeo Izan.

—¡Qué guasón! Pero si tienes una habitación de vestidor, más los otros.

—Me faltan trajes.

—¡Ay mi niño! ¡Qué presumido que eres!

—Voy a ver a papá para decirle que vamos a comer y que me voy unos días.

—¿Cuánto estarás?

—Una semana o diez días nada más, cuando vuelva, vengo a verte de nuevo.

—Llámanos.

—Te llamaré alguna noche. No trabajes tanto, jubílate ya, no te hacen falta nietos, tienes a tu hijo y si te falta dinero...

—Nos gusta, cariño, si salimos a comer y no nos dejas pagar y nos traes siempre algo.

—No menos de lo que merecéis. ¿Cómo va la tienda?

—Va bien, nos da para pagar, los sueldos y ahorrar un poquito.

—¿Un poquito cuánto?

—Al menos seis mil dólares al mes.

—No está mal para ser pequeña.

—Estamos contentos, tenemos nuestro dinerito.

—Bueno, voy a hablar un rato con papá.

—Con lo guapo que eres y no tener novia —le decía mientras Izan entraba sonriendo a la trastienda.

—¡Mamá cómo eres!

Y la siguiente semana Izan salió de viaje con dos maletas, una con los prototipos que pensaba vender y otra con su ropa, y un maletín con su pc, rumbo a Nueva Zelanda, en primera clase.

Esa misma semana, Eva, había llamado a la clínica de fertilidad y le dieron cita por la tarde justo el mismo día en el Izan salía de viaje.

—Pase, siéntese —Le dijo la directora desde el otro lado de la mesa.

—Vamos a tomar nota de sus datos. Ya hablamos por teléfono de cómo funcionamos.

Y Eva fue dándoselos.

—¿Casada?

—No, soltera.

Y le preguntó por qué quería un hijo estando soltera y tan joven, qué trabajo tenía, sueldo, y un sinfín de preguntas.

—Primero ha de hacerse un reconocimiento ginecológico y una analítica, en esta clínica. Y una serie de pruebas que nos marquen que está en buen estado, puede hacerlo en un día entero.

—Bueno, la semana que viene me tomo vacaciones. Todo el mes de julio.

—La clínica estará abierta. No se preocupe, puede hacerse los exámenes la semana que viene y si todo está en regla, podemos hacerle la inseminación.

—¿Puedo quedarme en la primera vez?

—Depende de cada mujer.

—¿Y el precio?

—Si se queda a la primera, son cincuenta mil dólares con las pruebas y todo, y otros diez mil por cada vez que haya que inseminarle de nuevo, pero con tres veces, no inseminamos más, sería preferible otro método para concebir. Son nuestras normas.

—Lo entiendo.

—Entonces ¿qué decide, lo ha pensado bien?

—Sí lo he pensado. Vamos a hacerlo.

—Bien voy a darle una carpeta con información, el contrato, otra para la clínica, que debe hacer para cada prueba, y en cuanto tenga los exámenes listos, los trae y le damos cita.

—Perfecto, tiene que pagar la mitad ahora y la otra mitad antes de la inseminación. Y venir cada quince días a revisión, eso va incluido en el precio hasta el tercer mes de embarazo.

—Estupendo. Le hizo una transferencia y se fue contenta con toda la información.

La semana siguiente tomó sus vacaciones, se hizo todas las pruebas y en dos semanas, la estaban inseminando. Estaba nerviosa en la camilla, pero contenta. Había pagado el resto y debía estar tranquila y en reposo al menos tres días, así que se había hecho comida para hacer todo lo que le recomendaron y descansar lo más posible, no esforzarse y comer bien.

Y allí estaba ya en su casa, en reposo viendo la televisión y leyendo. Y tenía dos revisiones antes de entrar al trabajo de nuevo. Ese mes iba a pasarlo tranquila y andando despacio, sin hacer esfuerzos, relajada, al menos durante el mes indicado.

Izan, mientras tanto, hizo su presentación ante los distribuidores de sus Productos, hizo una buena venta. Y volvió al hotel. Llamó a Arni y le pasó todas las ventas para que las fueran enviando. Había trabajado duro y estaba cansado.

—¿Cuándo vienes? —Le preguntó Arni.

—En tres días tengo el vuelo. Descansaré un poco. Llegare el jueves sobre las ocho, pero me voy a casa directamente y nos vemos el lunes. Necesito descansar.

—Está bien descansa tío, lo mereces. Yo me encargo de los envíos.

Sin embargo, cuando bajó a recepción vio una excursión de un par de días al interior de Tasmania. Y por qué no. Había ido infinidad de veces a Nueva Zelanda y nunca había ido a Tasmania, aunque estaba a ocho horas de vuelo, le apeteció hacer esa excursión. Estaría de vuelta para tomar el vuelo a Nueva York. Dormiría en los aviones.

Siempre iba con prisas sin ver nada, salvo en vacaciones, pero tenía tres días. Eran ocho horas de ida temprano y ocho de vuelta, al menos tendría casi dos días para verla.

Se apuntó al viaje a la vuelta de la cena, después de pensarlo bien, y se compró una mochila en el hotel. Llevaría lo importante si hacían un viaje por el interior.

Pero pasaban los días y llegó el lunes y Arni lo llamó a casa, a su móvil, al hotel de Nueva Zelanda, donde le dijeron que había ido a Tasmania, pero no había regresado con el grupo de excursión, y Arni empezó a preocuparse, sobre todo porque no le había dicho que iba de excursión a Tasmania. Estaba a ocho horas de distancia.

Habría sido una ocurrencia de Izan de última hora. No tenía sentido, cuando era finales de julio y no había noticias de él, y todos estaban preocupados y sus padres impacientes, hizo las maletas y se fue a Nueva Zelanda desesperado porque no se tenían noticias ninguna de él.

Los padres de Izan y Nani, abogada también de Izan, estaban muy preocupados. Su madre llorando, su padre también se emocionaba, y ya más de quince días sin tener noticias de él, el móvil desconectado. Como si hubiese desaparecido del mapa.

—Tráemelo de vuelta hijo, no tengo más que ese hijo, Dios mío —Le dijo la madre a Arni.

Arni, recorrió nueva Zelanda, Tasmania, se puso en contacto con todos los que habían ido a la excursión. Un hombre tan grande no podía perderse, era impensable.

Pero nada, parecía que la tierra se lo había tragado. Y volvió de regreso sin pista alguna de Izan.

Era finales de agosto y se hicieron todos a la idea de que no volvería, ya, que estaba

desaparecido y Nani, lo dio por desaparecido a efectos legales como su abogada que era.

A sus padres les pasó el dinero que tenía en sus cuentas y la madre decía siempre que allí estaría, para cuando volviera y su casa y sus cosas. Nada se tocaría, sabía que volvería algún día.

Nani, sacó el testamento y había una nota de una clínica de fertilidad y se puso en contacto con la clínica como abogada de los padres de Izan.

—¿Puede darme cita para mañana? Es urgente —le dijo a la secretaria.

—¿A las diez y media le viene bien?

—Sí, perfecto —dijo Nani —Allí estaré.

—¿A quién llamas? —dijo Arni.

—A una clínica de fertilidad.

—¡Dios!... ya ni me acordaba —Y le conto las peripecias que habían hecho para ir de viaje a California.

—¿Tú también?

—Sí cielo, peo yo no quiero saber nada, ni puse condición alguna, pero Izan sí.

—¿Sabes la condición?

—Claro, sus padres sabían que tenían nieto o nietos solo si era inseminada con su semen una mujer soltera. Si era una pareja no. Así que tendremos que enterarnos antes de decirle nada a sus padres. Y sobre todo si es así, que sería acertar a la primera, conocer a esa mujer y hablar con ella y decirle el tema. Que acceda o no... ¿Se lo has dicho a sus padres?

—Aún no, tengo cita con la clínica mañana.

—Me gustaría ir, pero tengo reuniones y aún estoy con el investigador privado.

—¿No lo das por perdido no?

—Aunque tengas el documento, no lo doy, sé que algo le ha pasado, pero no está muerto.

—Está bien, su madre y tú solo estáis de acuerdo en eso.

CAPÍTULO TRES

El día siguiente, Nani, estaba esperando en la clínica de fertilidad.

—¡Hola, pase!

—¡Gracias!

—Usted dirá.

—Me han dicho que es abogada y representa a uno de nuestros donantes. Pero nuestros donantes son secretos.

—Miré hace unos nueve años, unos chicos vinieron a la clínica a donar su semen, uno es mi marido, pero el otro Izan White.

—¿Izan White de empresas Harris & White?

—Exacto, el mismo. Está dado por desaparecido —y le contó todo —Este es el documento. El caso es que por lo visto llegaron a un acuerdo en que si le pasaba algo y alguna mujer soltera había sido inseminada con su semen, debía decirlo a sus padres, y yo en representación de él y de ellos, sus padres, necesito esa información.

Y la señora estuvo mirando expediente.

—Aquí está, exacto, esa era la condición.

—¿Y?

—Una mujer ha sido inseminada de Izan hace menos de dos meses, está embarazada de él, no puedo creerlo. Está soltera... ¡Es una gran casualidad!

—¿En serio?

—Sí señora.

—Necesito toda la información, donde vive, quién es, todo.

—Esto es tan inusual, pero firmamos ese acuerdo, quien no lo sabes es la chica.

—¿Es una chica joven?

—Sí, tiene veintisiete años, es joven pero quería un hijo. Es una chica estupenda, veterinaria, excelente persona, vino de España hace casi cuatro años.

—¿Cómo se llama?

—Eva, y esta es su información, la clínica donde trabaja, la foto y la dirección.

—Es guapa...

—Sí, es muy guapa, amable y muy agradable.

—Está bien, gracias.

—Hemos cumplido. Y lo siento por Izan, espero que ella quiera conocerlos, ese es problema suyo.

—Gracias hablaré con ella.

Y claro que hablaría, esa misma tarde, antes de hablar con los padres de Izan. Quería conocerla y hablarle de Izan. Su historia, la vida de ellos, de sus padres y si estaba sola como ponía en el informe, seguro que estaría encantada de tener una familia.

Cuando Nani, llegó a la empresa, entró al despacho de Arni.

—¡Hola preciosa!, ¿Qué pasa?

—Adivina qué... Hay una chica embarazada de Izan de dos meses casi.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, es ésta.

—¡Qué guapa!

—Aquí tienes el informe, esta tarde iré a verla y hablaré con ella.

—Voy contigo.

—No, prefiero ir sola yo, si vas tú, a lo mejor se asusta, luego si lo consigo, concertamos una cita en algún sitio neutral con sus padres y nosotros, un restaurante, por ejemplo, imagino que querrán hacer los padres.

—¿Qué crees?

—Creo que querrán que se quede en la casa de Izan con su dinero. Es su nieto o nieta. Y que le demos su parte de las ganancias, eso es normal, pero debemos saber quién es antes de tomar ninguna decisión.

—Eso seguro.

—¿Pero es seguro que el pequeño es de Izan totalmente?

—Justo cuando se iba a Nueva Zelanda, ella se inseminaba.

—¡Dios! Rezo porque Izan vuelva desde donde leches esté.

—¿Crees cielo que está vivo?

—Estoy seguro, es un hombre fuerte, y si se desvió un segundo del grupo o cayó por algún barranco, y está en algún sitio incomunicado... Eso es lo que quiero creer, lo que me gustaría que hubiese pasado.

—Espero que tengas razón y vuelva, y todo este enjambre se resuelva.

Eva sintió la puerta y le pareció tan raro... Nadie llamaba a su puerta salvo su amiga y no le había dicho que pasaría por su casa. Miró por la mirilla y era una mujer que tenía unos años más que ella, con un maletín.

Abrió con la cadena.

—¿Sí?

—¡Hola Eva!

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Por la clínica de fertilidad. Me llamo Nani.

—¿Viene de parte de la clínica? —Se sorprendió Eva.

—No, pero necesito hablar con usted de un tema importante.

—¡Está bien!

Le abrió la puerta y la dejó pasar. Nina miró alrededor.

—Tiene un apartamento bonito y coqueto.

—Gracias, es pequeño, pero para mí sola, es suficiente ¿Quiere tomar algo?

—Un café si tiene, con leche.

—¿Azúcar?

—Una.

—Tengo tarta.

— ¡Ah, estupendo!

—Siéntese en el sofá. No suelo tener muchas visitas.

—¿Es española?

—Sí, ¿Cómo lo sabe? —dijo Eva sorprendida.

—De la clínica.

—Pero los datos son secretos...

—Este caso tenía una condición.

—¿Qué caso?

—El de su embarazo.

—Estoy anonadada, —y puso los cafés en la mesa del sofá.

—Voy a por la tarta. Tendrá que explicarme por qué sabe de mí y demás.

—A eso he venido Eva.

Se sentó con las tartas.

—Me llamo Nani, y soy abogada de la empresa Harris & White de informática.

—Sí, la he oído, es enorme.

—Sí, es enorme. Mi marido es uno de los socios Arni Harris. Yo soy abogada de la empresa.

—¿Estoy inseminada de su marido?

—No, por suerte. Si hay alguien, no queremos saberlo.

—¿Entonces?

—Empezaré por decirle que está embarazada de Izan White, el otro socio de la empresa —y le dejó una foto encima.

—¡Qué hombre más guapo!

—Sí, es el otro socio de la empresa junto con mi marido, como le he comentado y ambos la dirigen.

—¿Y?

—Pues cuando terminaron la carrera, no eran ricos, sino hijos de gente normal, los padres de Izan tienen una floristería en Brooklyn, los de mi marido, su madre trabaja en una residencia de mayores y el padre para una constructora, de albañil. Pero consiguieron beca de estudios, aunque les gustaban mucho las chicas.

—No me extraña, si es tan guapo y tan alto...

—Pues quisieron antes de empezar a montar la empresa, ir a California, ya sabe, viaje de estudios, chicas, sol, playa, rubias —y se reían.

A Eva, le cayó muy bien Nina.

—Y no tenían dinero, lo más fácil para conseguir dinero fue que vieron en un periódico: la clínica de donación de semen. Les hicieron pruebas y les dieron tres mil dólares por su semen.

—¿Tres mil dólares? Yo he pagado cincuenta mil.

—Sí, suele pasar. El tema es que Izan puso una condición.

—Pero no se puede...

—En ese caso se la admitieron. La clínica era nueva, estaba empezando y les pareció lógico lo que Izan les pidió.

—¿Qué condiciones?

—Izan es hijo único, y si moría o le pasaba algo, y su semen era inseminado a una chica soltera, quería que su hijo o hija tuviera a sus abuelos y lo que era suyo. No así, si eran una pareja. Solo en el caso de una madre soltera.

—Pero eso es inaudito. ¿Ha muerto?

—No, desaparecido —Y Nani le contó la historia.

—¡Qué historia!

—Sí, aún lo estamos buscando, no cejamos en el empeño.

—Yo soy madre soltera y mi hijo es de Izan...

—Exacto. Lleva en su vientre al hijo de Izan.

—¿En serio mi hijo es de este hombre?

—Sí, con total seguridad.

—¿Pero y si vuelve?

—Si vuelve que él decida qué quiere, pero sus padres merecen conocerla y conocer a su nieto o nieta. Están desolados y tienen ya más de sesenta años, su hijo era bueno con ellos, les renovó la casa, querían que dejarán de trabajar, pero ellos no querían. Era su vida, un hijo estupendo y creo Eva, que no podría hacerles eso.

—¿Y qué pretende que haga?

—Quiero que me cuente cómo llegó aquí, conocerla un poco y quiero contarles a ellos quien es usted y quedamos con mi marido a comer el domingo y conocernos. Aún estamos buscando a Izan en Tasmania.

—Está bien. Le contare mi vida, quien soy y no me importará que sus padres conozcan a su nieto, pero no quiero dinero, ni nada, tengo el mío, de hecho puedo mantenerlo.

—No sé si eso podrá ser. Ya veremos ese tema ya hablaremos más adelante.

Y Eva, le contó desde que nació y vivió con su padre, cómo murió su madre y de quedó de pequeña huérfana, la debilidad de su padre al que tanto amó con su otra mujer de que no quería recordar el nombre, que murió justo cuando ella terminó de estudiar y que la echó su madrastra y tuvo que irse a vivir con una amiga, hasta que pudo recibir la herencia de sus padres aunque no esperaba recibir nada, fue una gran sorpresa que agradecía a su padre y a su madre.

Y se le ocurrió venirse a Nueva York, su padre siempre quiso venir, que llevaba ya cuatro años trabajando y haciendo cursos y aprendiendo, y un master que estaba realizando, que no conocía hombres o que era muy exigente para conocerlos, hacía amigos de una noche, pero no iban a su casa ni se acostaba con ellos, que era una chica normal, hacía ejercicio y se llevaba bien con sus compañeras.

Y que había estado muy sola, tuvo una amiga, pero se casó y ella quería tener a alguien a quien amar y ya que no encontraba un hombre, vio el anuncio de la clínica en el periódico y ahora estaba de dos meses. Quería un hijo a quien amar.

—Y no sé qué contarte más, mi vida es muy fácil y sencilla. No bebo, no fumo. No hay nada extraño en mi vida salvo lo que te he contado.

—Eres una buena chica.

—Bueno, no me considero mala persona, no hago mal a nadie, pero estoy encantada con mi bebé, estoy ya de dos meses, aunque aún no se me nota nada, tengo ganas de verlo.

—¿Y qué harás cuando lo tengas? ¿Cambiarás de apartamento?

—Quizá sí, si no me cuesta demasiado, preguntaré por uno con una habitación más en este edificio, me gusta el sitio.

—¿Y si te cambias a la casa de Izan?

—¿Por qué?

—Porque es de su hijo ahora, Eva, y la tiene pagada, tendrás más espacio para tu hijo, ahorrarás para la Universidad, todo, hay que pensar, seguro de salud, todo eso.

—¿Dónde vive?

—Es una zona exclusiva.

—Pero si está muy lejos del trabajo...

—Solo a treinta minutos. En la otra avenida. No es mucho. Un paseo a tu trabajo.

—No, no es mucho, está bien.

—¿Tienes coche?

—No lo he necesitado.

—Te sacas el carnet mujer —le dijo Nani.

—Si me lo he sacado.

—Entonces no hay problema, tienes dos coches en el garaje.

—Pero si no he aceptado nada aún...

—Pero conoce a sus padres Eva. Será un aliciente para ellos, te querrán, son unas personas estupendas, tendrás una familia, unos padres, un hijo, amigos. Te ayudaremos.

—Pero...

—¡Anímate! Sé que es una historia rocambolesca, pero es la historia que hay.

—Lo que me da miedo es que aparezca.

—¿Qué pasa?

—Si aparece tengo que irme.

—Ya veremos, y en ese caso, él te ayudará y nosotros. Ahora no pienses en ello.

—Toma, el domingo quedamos en este restaurante. Aquí tienes la dirección. ¿A la una te viene bien?

—Sí.

—Allí quedaremos los cinco.

—¡Madre mía!

—Y no te enfades con la clínica, fue una condición que Izan puso.

—Está bien. Si en el fondo estoy contenta por los padres de Izan.

—Te encantarán. Y les gustará mucho. Yo hablaré antes con ellos.

El sábado, Nani y Arni fueron a casa de los padres de Izan por la tarde.

—¿Cómo están? —les abrazó Nani, cuando el padre de Izan abrió la puerta.

Y la madre de Izan lloraba.

—Vamos —le dijo Nani. Tenemos que decirles algo. Una noticia que les va a alegrar.

—¿Lo han encontrado?

—No, señora Madison, no es eso. Verá —tengo que contarles una historia... Y les contó todo lo que había ocurrido en los últimos días.

—¿Y has encontrado a la chica?

—Sí, esta semana. Estuve hablando con ella.

—¿Y cómo es?

—Es española, de pelo largo y claro, tiene ojos azules. Es preciosa. Su padre era irlandés. Ya sabe la historia. Creo que es muy buena persona, está embarazada e Izan de dos meses. Veterinaria, gana un buen sueldo y tiene un apartamento de alquiler en Manhattan, a un cuarto de hora más o menos del de Izan, pero en la otra avenida.

Su apartamento es coqueto y limpio, bonito. Solo que tiene dos dormitorios y uno lo tiene como despacho, y estaba pensando en alquilar uno con un dormitorio más para el bebé.

Está sola aquí, solo tiene a sus compañeros de trabajo, y una de ellas es amiga, pero está casada.

—¿Y ya sabe todo? —Preguntó el padre de Izan.

—Lo sabe

—¿Y quiere conocernos?

—Va a conocerlos mañana.

—¿Mañana?

—Sí, hemos quedado en el restaurante Manhattan Sol, a las una.

—¡Dios mío Alfred! ¡Vamos a ser abuelos!

—Siento que hiciéramos aquello por dinero para el viaje. Dijo Arni que había permanecido callado.

—Ahora me alegro, no te preocupes hijo —dijo la madre. —Sé que mi hijo no está muerto, pero si lo está, tendremos a nuestro nieto de todas formas.

—O nieta —Dijo el padre —Tú siempre has querido una hija.

—Lo que sea, será nuestro y esa chica será nuestra hija —Apuntó Madison.

Y Arni los vio animados y al menos tenían en qué pensar.

—Ya le he dicho que tiene que ocupar la casa de Izan, si no les importa, porque es de su hijo y el dinero, al menos la mitad de lo que tiene, la otra mitad será para ustedes, cambiaremos la mitad de su cuenta a la de ella y de las ganancias de la empresa lo mismo. Haremos dos partes, una para ustedes y otra para ellos. Se quedará de piedra cuando vea el apartamento. Y la cuenta.

—Cuando quieras y tenga la cuenta te pasamos la mitad —dijo Madison.

—Gracias Madison. Creo que si se va, ya tenemos todo solucionado. Dejaremos a Rita como está, que siga limpiando la casa y haciendo la cena, que se paguen de su cuenta los impuestos, comunidad y demás y ella que se ocupe solo de la comida, porque va a querer pagar algo.

—Me parece bien, espero que acepte.

—Le acondicionaremos el apartamento. Dejaremos el gimnasio de Izan como está, las dos de invitados que tiene a continuación, las dejamos tal cual, luego utilizamos la que está frente a la principal para el bebé y en la otra parte dejamos la de Izan que es la principal para ella y la que tiene a continuación como vestidor, le metemos la ropa de su habitación. Creo que le cabrá. Y le acondicionamos un despacho para ella. En el que tiene Izan. Movemos un poco los muebles y ya.

—Me parece bien Nani, menos mal que estás tú y organizas todo bien.

—Y ya tenemos todo.

—Podemos irnos los fines de semana a dormir allí.

—Estaría bien. Y así la van conociendo.

—Estoy entusiasmada —Dijo Madison.

—Es... me encanta. Si viniera Izan, seguro se enamoraba de ella.

—¿Tú crees? —preguntó la madre de Izan —Ya tengo ganas de conocerla.

—Seguro. Una mujer como esa necesitaría. Aunque no es su tipo, su tipo son las mujeres muy altas.

—Su tipo será de la que se enamore —dijo el padre.

Al día siguiente. A las una de la tarde, todos la esperaban. Llegó cinco minutos tarde. Todos estaban sentados en una mesa y Nani la vio y la saludó con la mano. Eva se acercó a la mesa un tanto nerviosa.

—¡Hola! —saludó a todos y Nani la presentó.

—Os presento a Eva Williams, aunque es española su padre era irlandés, de ahí el apellido. Y Eva sonrió.

—Mira este es mi marido Arni, y los padres de Izan, Alfred y Madison White.

—Encantada, —y les dio dos besos a todos —Se llama usted como mi padre se llamaba Alfred.

—¿Sí?, ¡Qué casualidad!...

—Siéntate hija —le dijo la madre de Izan, —¿Cómo te encuentras?, ¿Llevas bien el embarazo? —Sí señora, está todo perfecto, ya estoy de dos meses. Pero no tengo síntoma ninguno. Se está portando bien,

—Teníamos muchas ganas de conocerte. Sabemos todo de ti por Nani.

—Sí, por ella sé de ustedes también, me estuvo contando el otro día el caso de su hijo. ¿Saben algo de Izan?

—Nada hija, pero no dejamos el empeño de buscarlo. Dos meses ya... Pero hemos pensado tantas cosas...

—Bueno —dijo Arni, vamos a pedir la comida. Luego hablamos.

Y pidieron y hablaron de cosas sin importancia, de la floristería que tenían los padres de Izan en Brooklyn.

La madre de Izan le llevó un álbum de fotos de su hijo para que las viera.

—Algunas son de cuando era pequeño, quiero que las tengas. Y las veas, por si su hijo se parece.

Cuando tomaban café...

—Bueno, ya sabes que te proponemos lo que Nani te ha dicho, vamos a recomponer el apartamento de Izan para que puedas irte allí, nos gustaría mucho —dijo Madison

Izan tiene un gran apartamento y está un poco más lejos de tu trabajo, peor si te cansas puedes utilizar uno de sus dos coches, iremos contigo y te enseñaremos el garaje. Tiene piscina en el sótano y el apartamento tiene 300 metros cuadrados. Rita te atenderá. Está por la mañana y te dejará cena hecha y limpiará, de eso no tienes que preocuparte.

—Pero...

—Espera que terminemos.

—Esa es tu casa ahora, Eva, de tu hijo, no queremos que se quede vacía. Ahora vamos a verla y te enseñamos todo. Además, Nani me ha dicho que ibas a buscar un apartamento de un dormitorio más, pero queremos que nuestro nieto esté en casa de su padre. Además, nos iremos a dormir algunos fines de semana, para que no estés sola.

—Gracias. Y así hablamos de todas las cosas.

—Y ahora hablemos del dinero.

—Pero yo tengo para cuidar a mi hijo. Ya te dije que no quería dinero.

—A ver Eva, de momento no sabemos si Izan volverá, así que vamos a hacer una cosa si quieres.

—¿Qué cosa?

—Como no pagarás apartamento, para que no te sientas mal, pagarás la comida que era lo que Izan le dejaba a Rita en metálico, el resto lo tiene por el banco. En la cuenta que tiene Izan hemos sacado la mitad, y la hemos puesto en una parte con sus padres.

—Que no tocaremos, porque tenemos nuestro negocio y nuestro dinero ahorrado y sé que mi hijo volverá y se lo daremos.

—La otra mitad, te pondremos a ti y a tu hijo cuando nazca, en esa se carga el trabajo de Rita, los impuestos, la comunidad, los seguros, etc.

—Yo tengo seguro de salud con mi trabajo.

—Estupendo, pero le haremos uno al pequeño si Izan no ha vuelto para ese tiempo y de ahí comprarás las cosas para el bebé.

—No puedo hacer eso. No tocaré su dinero, con lo que está domiciliado es suficiente.

—Bien, como quieras.

—Quiero, el resto, y ya me ahorro bastante, lo pongo yo, las cosas del pequeño, y la comida y el seguro para mi hijo.

—Te ayudaremos, es nuestro nieto.

—Y cogerás los coches, se estropean si no se usan.

—Bueno, eso puedo hacerlo.

—Está bien, tomamos café y vamos a casa de Izan, la ves, recolocamos y te ayudamos a cambiar tus cosas, cancelas el contrato y te vienes lo antes posible.

La casa de Izan, el apartamento más bien, era de lujo, era espléndido, pero enorme, la pobre Rita, pensó ella, tenía trabajo que hacer.

El salón era enorme, con tres sofás, un fuego eléctrico, una mesa larga en el centro y dos entre los otros sofás. Una estantería a cada lado y una televisión en el frontal, encima del fuego.

Así como la cocina y no faltaba un detalle, se notaba la mano de una decoradora y los colores eran azules y grises y le encantó, tenía de todo, hasta enfriador de botellas, una despensa, un comedor con seis sillones super cómodos, la casa parecía estar frente al mar, las vistas eran excelentes, era un piso veintidós, algo alto pero con bonitas vistas, claro y con preciosas vistas a la calle además, un aseo, un despacho inmenso en el que pondría el suyo recolocando, quedaría bien. Y tendrían los dos un lado a la ventana. Si volvía claro, o no, si volvía tendría que buscarse otro lugar donde vivir.

Una lavandería grande, con zona de planchado, y un gran aseo.

En el pasillo empezaron por el final con una habitación grande, un gimnasio con vestidor donde tenía la ropa de gimnasio y baño, enorme y un gran espejo.

En ese mismo lado dos habitaciones de invitados.

En la otra pared, al fondo, frente al gimnasio, había otra habitación con vestidor y baño, pero la tenía adecuada como vestidor, enorme con una cantidad de ropa increíble. Nunca había visto nada igual.

Y cerca del salón a continuación de esta, la principal, enorme con una gran cómoda, dos mesitas de noche un sillón y dos vestidores y dos baños. Él ocupaba uno, el de la izquierda, pues ella ocuparía el otro baño.

Pero este apartamento es una barbaridad. Todo era amplio, precioso, de calidad, y luminoso. Se iba a perder ella sola allí.

—Esto es asombrosamente grande —Dijo Eva.

—Sí, vamos a quitarle la ropa de la habitación principal y la recolocamos en la que tiene como vestidor, que además tiene un vestidor para colmo. Te dejamos la principal y si no te molesta de momento la de enfrente, que es de invitados, la dejamos para el bebé cuando nazca.

—Cuando sepamos el sexo, la decoramos y donamos los muebles o se los llevamos a casa de los padres.

—Es una locura. Gimnasio y dos dormitorios y toda esta parte de vestidor y principal.

—Tiene una cantidad de ropa enorme.

—Sí. Le gusta la ropa —dijo Nani.

—Sí mi hijo es un presumido, si cuentas, tiene más de cien trajes, relojes de oro, corbatas y camisas y ropa de gimnasio y casual. Es una locura.

—Entonces qué ¿te vas a venir? —Le preguntó el padre de Izan suplicando casi.

—Me vendré, es su nieto y el suyo, o su nieta, hasta que venga Izan.

—Nos da igual, aunque yo prefiero una niña.

—Claro no has tenido y siempre quisiste una.

—¿Cuándo te cumple el contrato de tu apartamento? —Le preguntó Arni.

—Puedo cancelarlo cuando quiera.

—Pues quedamos el sábado Arni tú y yo y nos traemos todas tus cosas, ¿las tendrás preparadas?

—Sí, pediré mi fianza y cancelo el contrato.

—Perfecto firma aquí para que te deje la cuenta y una tarjeta.

—No la utilizaré.

—Bueno, pero soy su abogada, será para el bebé, firma mujer.
—¡Está bien!
—Sus padres ya tienen la mitad en una cuenta.
—Que tampoco tocaremos.
—Pues el sábado estarás en casa, cambia la dirección en el trabajo, es esta. Las llaves, y las de los coches las tienes aquí.
—Vale, me llevo las del portal y las de la casa. Y la de los coches.
—Te dejaremos el espacio listo y hablaremos con Rita, para que venga el sábado y te conozca. Y así hablamos.
—¿Cuándo viene?
—De lunes a viernes. De nueve a una, ella se marca la limpieza, no te preocupes.
—¡Está bien!
—No sabes cuánto me alegra haberte conocido. ¿Podemos venir el sábado por la tarde y quedarnos contigo? —Preguntó la madre.
—Claro que sí.
—Nos quedaremos en la de invitados del centro.
—Por supuesto, es la casa de su hijo, tuya y del tuyo.
—Gracias.
—Nos vamos, es tarde —y la abrazaron.
—Nosotros la dejamos en su casa, no se preocupen, dijo Nani.
Y cuando iban de camino, Nani, le dijo...
—¿Que tal Eva? ¿Vas bien?
—Una locura, pero ellos son tan agradables...
—Lo son, te querrán, ya verás.
—El sábado te doy la tarjeta y la cuenta, para que operes.
—Si sabes algo de Izan me lo dirás — Le dijo a Arni
—Por supuesto Eva. Ocupate de dejar el apartamento cerrado y tener todo listo para el sábado por la mañana, te llamo desayunamos y luego nos llevamos todo —Le respondió
—Gracias Arni, gracias Nani.
—Cuídate, te llamaré de todas formas esta semana.

La semana pasó rápido y el día siete de septiembre estaba en casa de Izan colocando sus cosas en la habitación de él. Le habían preparado un despacho y colocó sus cosas de despacho. Se lo habían hecho todo fácil.

—Gracias.
—Ya lo tienes todo, ahora a vivir.
—Esta tarde vendrán los padres de Izan, pedid algo de cena.
—Haré algo, no nos preocupéis.
—Bien como quieras, te visitaremos de vez en cuando, ya estás lista. Este es el número de la alarma cuando te acuestes y cuando te vayas.
—Bien.
—Rita, tiene una llave, ella entra y te deja todo listo, te hará de cena, lo que tengas, te dejará un menú, si quieres lo cambias.
—Yo haré la compra, me gusta.
—Hay un supermercado abajo, que te suban la compra, no cargues.
—Vale. Gracias.

—Nos vamos.

Y ella se dio una ducha cansada y tomó una ensalada de pollo que encontró en la nevera y una cerveza sin alcohol. Cuando vinieran los padres de Izan tomarían café, ella descafeinado y un trozo de tarta, ya que ella bajó antes de ducharse y compró algunas cosas, entre ellas una tarta.

Se tumbó en el sofá y se quedó dormida. Síntomas no tenía, pero el embarazo le daba sueño.

Su vida a partir de ese momento fue maravillosa, sus suegros por así decir, dormían con ella los fines de semana, salían a pasear, a veces comían fuera, otras la madre de Izan hacía de comer, otras entre las dos cocinaban, el padre que era más antiguo veía la televisión y hablaban tanto que ellos le tomaron cariño. Eran como una familia y ella, la hija que les faltaba.

El vientre de Eva iba aumentando y a final de octubre se enteró de que iba a tener una niña. La madre de Izan no podía ser más feliz, decía que pronto había que preparar la habitación e ir comprando cosas para la niña.

Ella la veía tan ilusionada que les dijo que iba a ponerle Madison como ella, y se emocionó tanto que estuvo llorando un buen rato. Ella la abrazaba como a su suegro, porque era una hija para ellos en esos dos meses que habían pasado.

No gastó un dólar del dinero de Izan, ni quiso mirar qué había en su cuenta, solo sabía que se pagaba la comunidad, impuestos domiciliados y a Rita, que tampoco le preguntó nunca que cobraba, ella hacía la compra el viernes cuando salía del trabajo y algunos productos que le dejaba anotado Rita que faltaban, y era feliz.

A veces el sábado por la mañana se levantaba y como estaba sola, desayunaba y cogía el coche de Izan e iba a la floristería de los padres del mismo y echaba una mano allí, porque abrían por la mañana los sábados hasta la tarde, así luego se iban los tres a tomar algo y a casa, a veces tomaban café fuera también. Y el resto de la semana y los ratos del fin de semana estudiaba su Master.

—No quiero que vengas Eva. Trabajas toda la semana y nos apañamos bien los tres en la floristería.

—Es que me gustan tanto las flores...

—Bueno, pero cuando te canses te sientas en la trastienda.

—Está bien, voy cortando un rato y se sentaba con su suegro en la trastienda mientras preparaban centros y ramos y hablaban de todo, de su hijo cuando era pequeño, de lo que había logrado con Arni, de lo bueno que era, que siempre quería darles dinero y que no les faltara nada.

—¡Ojalá lo hubieses conocido!

—Sí, era muy guapo.

—Su hijo no se hubiese fijado en mí nunca. Era todo un tipazo —y el padre se reía.

—Sí se fijaría, eres muy guapa, graciosa, y buena. ¿Tú crees que volverá Eva?

—No lo sé Alfred, ¡ojalá! aunque yo tuviese que irme de nuevo a otro apartamento, podría conocer a su hija y estaría con ustedes.

—¿Y si tuvo un accidente y está en algún lugar?

—Lo he pensado a veces.

—Dentro de unas semanas es Acción de Gracias y sería la primera vez que no lo celebramos juntos y su madre está triste, si no fuese por ti, estaría en cama, la conozco. Lo que la mueve es su nieta Madi.

—Me alegro de que en algo colabore con ustedes. Y de haberlos conocido.

—Eres nuestra hija, Eva, Si Madison alguna vez quiso tener una hija, sería como tú.

—No me diga esas cosas que soy yo la que voy a emocionarme.

—Te queremos, lo sabes.

—Y yo a ustedes.

CAPÍTULO CUATRO

Cuatro meses antes...

Izan iba con un grupo numeroso de turistas, a la excursión que se había apuntado dos días antes en Nueva Zelanda. Se adentraban en una ruta selvática de Tasmania. La excursión duraba cuatro horas, dos de ida a ver unas ruinas y dos de vuelta, más un descanso de una hora. Les habían dicho que no se salieran del sendero que llevaban, la selva era espesa.

Iba el último porque aunque llevaba todo en su mochila, documentación y móvil incluida, sacó el móvil de la mochila para llamar a Arni y decirle que estaba en Tasmania, por si tardaba una par de días y mandarle algunas fotos.

Al sacar el móvil de la mochila, se dio cuenta de que no tenía cobertura y al alzar la mano con el móvil para comprobarlo, este se le cayó de las manos y rodó ladera abajo, llena de plantas altas y él fue tras el móvil, y al cogerlo, tuvo tan mala fortuna que tropezó en una piedra, se dio un gran golpe en la cabeza y rodó ladera abajo sin control.

El grupo no se dio cuenta de nada, ni él pudo pedir auxilio, porque el golpe en la cabeza era fuerte y perdió el conocimiento. Bajó tanto rodando por la ladera pendiente y frondosa hasta parar al lado de un riachuelo, justo rodeado de piedras.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, ni dónde estaba cuando despertó.

Sí que veía a gente como una nebulosa, sombras y se volvía a desmayar, le daba algo para tomar y lo limpiaban y volvía a desmayarse. Algo tenía en el tobillo izquierdo que le apretaba, pero no conseguía despertarse y en esos duermevelas, en los que sentía pero no podía hablar o si hablaba no sabía si sus palabras salían de su boca, pensaba en sus padres, en Arni, en Nani y en su empresa,

Tuvo sueños de cuando Arni y él eran jóvenes y se fueron a California. Los viajes que había hecho, su casa y echaba de menos su cama. Se sentía algo sucio y soñaba darse una buena ducha. Tenía el pelo húmedo y pegajoso y sudaba.

El tiempo se le hizo eterno y una mañana despertó y por fin pudo abrir los ojos, y allí había un hombre, indio.

Se hallaba como en un catre hecho de ramales de sogas y una especie de colchón fino.

—Qué... ¿Dónde estoy? mis cosas, ¿Qué día es? Y el hombre lo calmaba, porque se levantó de golpe y lo ayudó a tumbarlo de nuevo.

—¿Habla mi idioma?

—Sí. Solo yo —decía, pero se notaba que hablaba poco.

De pronto la especie de tienda se llenó de gente a su alrededor, mujeres, más hombres y niños riendo. El hombre le dijo.

—Ha caído hasta el río, ¿no recuerda?

—Sí, iba en una excursión —se tocó la cabeza donde sabía que había recibido un golpe y aún tenía un chichón del tamaño de una pelota de golf.

—¡Dios!

—No tocar —Y el hombre le quitaba la mano.

—Dado golpes en la cabeza, y se miró y estaba desnudo excepto que le habían puesto unos slíps tapado con una especie de sábana y se vio una gran cantidad de arañazos. No quería saber la espalda cómo la tenía porque le dolía a rabiar.

—Solo pie.

—¿Solo pie? —Y se miró los pies.

Le habían entablillado el tobillo.

—Andará, solo daño, no partido.

—¡Menos mal! —y se echó en la cama. Estaba tan cansado...

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres meses.

—¿Tres meses? Tengo que volver a casa.

—No puede, uno más y listo.

—No puedo quedarme un mes más, mi familia creerá que he muerto.

—No puede, un mes más, pie no puede andar.

—Dios mí tomó su mochila: el 20 de octubre. Era cierto, llevaba allí casi tres meses. Tendría que ir al médico hacerse un reconocimiento cuando volviera. Y tenía todo, la documentación, hasta el móvil, ya son carga, claro. El pie era lo que le preocupaba.

—¿Cómo irme?

—Yo llevo, un mes.

—Por Dios —Se desesperaba Izan. No podía comunicarse, ni andar aún bien.

Y después de mucho discutir con ellos, se dio por vencido.

—Si tenía que quedarse un mes más lo haría, quería estar en casa por Acción de Gracias. Solo pensaba en cómo estarían sus padres y sus amigos, su empresa. Bueno, la empresa podía llevarla bien Arni.

Estuvo desesperado ese mes, pero consiguió salir de la tienda un día. Estaba en un poblado, no sabía si eran maories o qué tipo de civilización estaba escondida en esa selva. Le daban caldos y carne de caza, los niños se acercaban a jugar con él y el hombre que lo atendía que debía ser el jefe, lo animó a andar.

Al cabo de 15 días de despertar, le quitaron las tablas y las hojas con las que ataban las tablas y se las cambiaban. Y en cinco días andaba perfectamente.

No sabía qué tipo de medicina natural le habían dado, pero desde luego estaba perfectamente y debía irse, y se lo dijo al jefe.

—Semana que viene, llevo.

—¿Vamos andando?

—Camioneta.

—¿Dónde está la camioneta?

Y le enseñó una camioneta que había visto días mejores.

La semana se le hizo eterna, pero una mañana le dijo:

—Vamos.

Y él se vistió aunque vestirse era decir algo, porque los pantalones estaban tiesos y la camiseta más sucia que en toda su vida. Nunca jamás había ido tan sucio a ninguna parte. El jefe de la tribu le dijo que tenía que ponerse un trapo en los ojos y se extrañó Izan, pero se lo puso.

Pensó que no querían que la civilización los encontrara. Y cuando la camioneta trasteando se alejaba, él sintió a la pequeña tribu de unas cien personas más o menos calculó correr tras la camioneta chillando. Era despidiéndole y sonrió y les dijo adiós con las manos y con los ojos

vendados.

Calculó como una hora de camino en la camioneta. Cuando paró, el jefe, le quitó la venda de los ojos y tardó un rato en ver bien. Izan cogió su mochila y lo abrazó. El hombre se sorprendió con el abrazo.

—Gracias por todo.

Y el hombre le señaló un camino a seguir, dio la vuelta a la camioneta y desapareció.

Se quedó un momento allí parado, pensando en el tiempo y en cuanto le había ocurrido y siguió el sendero. Al cuarto de hora de andar, apareció antes sus ojos el hotel donde había estado registrado.

Les contó que le había pasado y lo conocieron, le ofrecieron gratis una habitación y compró ropa en la tienda del hotel.

—No quiero que nadie sepa nada.

—Está bien. —Le dijo el recepcionista.

Llegó a la habitación, se dio una ducha caliente de una hora al menos y se puso ropa limpia, al menos no se le notara arañazos no nada, estaba bien, algo más delgado, solo la barba demasiado larga y el pelo. Pero eso lo iba a arreglar bajando a la peluquería antes de comer.

Sacó para esa misma noche un billete a Nueva Zelanda y de madrugada estaba en el mismo hotel donde estaban sus maletas y sus cosas.

También quiso que mantuvieran su anonimato. Le dieron su maleta y sus cosas, cargó su móvil y reservó para la noche el vuelo a Nueva York.

Apenas tuvo tiempo de descansar entre un lugar y otro, pero cuando se sentó en el avión que lo llevaba de vuelta a casa en primera, durmió todo el camino casi, estaba muerto de cansancio. Estaba desenhado llegar a su casa. Seguro que para las tres y media de la madrugada del jueves, estaría en casa, contando incluso con el taxi.

Debía recuperar músculo y fuerzas y comer bien. Volver a ponerse en forma.

Iba muerto y dormitando todo el camino, y casi rezó por la suerte que había tenido. Sus padres pensarían que había muerto y sus amigos, todo el mundo. Quizá los periódicos financieros de habrían hecho eco, pero no quería hablar nada con ellos, quería llegar a casa, ducharse, al día siguiente, comer un buen plato de Rita y ver a sus amigos y a su padres. Así que iba a ser una sorpresa.

No iba a llamar a nadie. Hasta estar como siempre. Porque parecía un naufrago, los horarios de los aviones no le había dado tregua y estaba deseando llegar.

Cuando abrió la puerta de su casa, y quitó la alarma, y la puso de nuevo, no se lo creía. Era la madrugada del veinte de noviembre, las tres cuarenta. Había fallado poco al calcular el horario.

Encendió la luz del salón y la del pasillo, apagó la del salón porque iba a echarse en la cama a plomo, el día siguiente se bañaría y lo demás.

Iba a entrar en su habitación cuando vio que había un bulto en la cama. Se acercó... una mujer ocupando su casa y su cama. ¿La habrían vendido?

Miro el resto de la casa pero no, allí estaban sus trajes, en el otro cuarto, su gimnasio y al otro lado los dos dormitorios de invitados. Le daba igual, dejó las maletas en el dormitorio frente al principal porque sus padres cuando venían se acostaban en el del centro y ya averiguaría quién era la mujer al día siguiente cuando viniera Rita.

Dejó todo en el suelo, fue al baño y se metió en la cama. No tenía fuerzas ni para pensar.

El viernes, Eva se levantó y se hizo el desayuno, cogió sus cosas y cerró la puerta para irse al trabajo. No vio nada raro, ni notó nada. Hizo la cama como siempre, aunque Rita le reñía, pero

ella solo la dejaba sin hacer los lunes cuando Rita cambiaba las sábanas.

Cuando Rita llegó, empezó a limpiar cada habitación y entró en el cuarto de invitados del centro y dio un chillido que despertó a Izan de un salto.

—¿Qué pasa Rita?

—¿Cómo que qué pasa, cómo que qué pasa? Estoy temblando. Ha desaparecido meses.

—Sí lo sé, llegué ayer de madrugada, estaba sin cobertura y fracturado y perdido en mitad de la selva.

—¡Dios mío! ¿Está bien? Más delgado.

—Sí Rita, tengo ganas de probar tu comida. Siento haberte asustado. Menudo grito que has pegado, ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana.

—Prepárame un buen desayuno, y deshaz la maleta, todo está para lavar, llévanos el resto al despacho, voy darme una buena ducha, puedes cambiar las sábanas, venía sucio y no me he duchado, estaba muerto. Voy a darme una buena ducha mientras.

—Primero le preparo el desayuno y mientras desayuna, hago el resto. No sabe la alegría que me da tenerlo de vuelta.

—Gracias Rita, la misma que tenía de volver.

—Está bien, ya me contará la odisea.

—¿No lo saben sus padres?

—Nadie, iré a verlos y a la empresa voy hoy, pero primero iré a ver a mis padres, pero va a ser una sorpresa.

—A ver si a su madre le va a dar un ataque... Está preparando Acción de Gracias para el jueves que viene, ya no vengo hasta el lunes.

—No pasa nada Rita.

—Recogeré hoy casi todo, Eva y su madre van a hacer la comida y vendrán Arni y Nani a cenar.

—Eso quiero saber quién es la mujer que había en mi habitación. Esa habitación es mía.

—Se llama Eva.

—Sí ya me lo has dicho, Eva y ¿Quién es Eva?

—Está embarazada.

—¿Está embarazada?

—De cinco meses.

—¿Y qué hace una embarazada en mi cama? ¿Está de acogida?

—No, está embarazada de su hija, Madison. Le va a poner el nombre de su madre.

—¿De mi qué? No conozco a ninguna Eva, ni me he acostado con ninguna mujer con ese nombre. ¡Maldita sea!

—De su hija. Sus padres están contentísimos.

—Pero qué es esto, una locura. No me he acostado con ninguna mujer que se llame Eva, por Dios. Esa mujer está engañando a todo el mundo.

—Es española y muy buena, encantadora, amable y muy guapa —mirándolo pícaramente.

—Rita, no te rías, esto es serio. ¿No vivirá aquí?

—Sí aquí vive hace tres meses.

—Esa es una lista, han engañado a mis padres, no es mi hija. Eso lo averiguaré. Me voy a la ducha y mientras, entraba enfadado a la ducha dijo más alto de lo normal:

—Esa es una busca fortunas. Seguro Rita.

—Creo que le inyectaron su semen en una clínica —E Izan se quedó parado en la ducha.

—¿Cómo, qué?, pero... ¡Dios mío! —y entonces recordó todo. Y la condición. Y entonces... era soltera. Iba a tener una hija. Podía ser eso, ¡¡Era eso!!!

¿Cómo se había podido emborrar todo por un puto móvil y una caída? Él estaba solo en su casa, encantado de la vida, era joven, tenía treinta años, no quería hijos. No... joder, maldita sea —dio con el puño en el baño.

—Rita, lo oyó desde la cocina y se reía.

Cuando estuvo listo, como siempre con un traje impecable, su cartera y su móvil que había dejado cargando por la noche, se fue a la cocina.

—¡Dios mío qué hambre tengo!, si supieras lo que he comido estos meses...

—Pues ve con cuidado, el estómago puede jugarte una mala pasada.

—¿Qué edad tiene esa Eva?

—Veintisiete y es veterinaria. Trabaja en una de las mejores clínicas de Manhattan a treinta y cinco minutos de aquí, andando se va.

—¿A qué hora vuelve?

—Sale a las cuatro. Un poco después de las cuatro y media si no se entretiene en algo. Hoy quizá un poco más tarde, el viernes se trae comida.

—¿En algo cómo en qué se entretiene además?

—Como comprar comida o dar un paseo más tranquila, comprar algún libro, aunque ahora está haciendo un Master y viene a estudiar. Está de cinco meses, Izan.

—Ya. Bueno, me dejas el maletín en el despacho. Estaba todo buenísimo. Rita. Voy a salir, nos vemos entonces el lunes.

—Izan...

—Dime Rita...

Y se fue hacia a él y lo abrazó.

—Me alegro de que estés en casa a salvo y vivo.

—Gracias cariño, ¿Qué iba a hacer yo sin tus cenas?

—¡Qué malo eres!

—¡Adiós guapa!

Bajó al aparcamiento y cogió el coche.

—Este lo ha cogido esa veterinaria, —dijo en voz alta, y echó el asiento hacia atrás porque ella lo había echado hacía adelante y él que era más alto no podía poner las piernas.

—Espero que lo haya tratado bien, al menos ha cogido el más barato.

Cuando llegó a la floristería de sus padres... Su madre lo vio entrar y casi de desmaya.

—¡Dios mío mi hijo! Sabía que estabas vivo, Oh Dios. Alfred ven —y lo abrazó con fuerza llorando.

Y el padre salió de la trastienda. Y se echó a sus brazos también.

—Hijo mío. ¡Estás vivo!

—Lo sabía Alfred, te lo decía y ni me creías.

—Vamos vamos..., Sin llorar más. ¡Claro que estoy vivo! ¡Vamos a tomar un café!

—Sí, vayan —dijo Fanny abrazando también a Izan, yo me ocupo de todo.

—Me alegro de verte de vuelta, tus padres han sufrido mucho.

—Gracias por todo, Fanny, y por cuidarlos.

—Venga que tenemos mucho que hablar.

Se los llevó a una cafetería cercana y les contó todo.

—Hijo mío y, ¿Si te hubiesen hecho algo, matarte, comerte? Estás más delgado.

—Mamá, no seas trágica, las tribus caníbales están en el Amazonas.

—No sé dónde está eso. Me da igual. – E Izan se reía.
—¡Estás guapo cariño!
—He pasado por la peluquería en el hotel de Tasmania, parecía un náufrago.
—¡Dios mío hijo!, ¡qué alegría!
El padre sacó una cuenta.
—Toma tu cuenta. Quítanos a nosotros.
—¿Por qué?
—Porque Nani, que es tu abogada, repartió la cuenta, dejó esta tuya y nos puso a nosotros pero quiero que nos quites, es tuya, has vuelto.
—Pero papá, no es necesario.
—Sí lo es.
—Está bien, venga, hazlo.
—Como quieras, os elimino de la cuenta.
—Falta la mitad —Dijo el padre.
—Sí, la tiene Eva a su nombre y cuando nazca la niña iba a ponerla a nombre de la niña.
—De eso quiero hablar con vosotros.
—No ha gastado nada, ella paga la comida, solo has pagado a Rita, la comunidad y los impuestos, ella tiene su dinero. No quiere el tuyo.
—¿Qué pasa, es rica?
—No, es una muchacha normal, pero tiene para mantener a la pequeña. No quería el dinero, pero Nani la convenció. Te lo dará esta noche, la conozco.
—Ya veremos —Dijo con un tono que no le gustó al padre.
—No seas tonto. Es la mujer más buena que hemos conocido.
—Y no sabíamos que habías hecho para irte de vacaciones a California al terminar la carrera.
—Sí, eso fue un error.
—Pues estamos contentos, cuando Nani abrió el testamento fue a la clínica y justo dos meses antes Eva había sido inseminada de ti.
—¿Seguro?
—Seguro hijo, ¿es que dudas?
—Haré la prueba de todas formas cuando nazca.
—La insultarás.
—No porque ella no lo sabe tampoco con seguridad. ¿Dónde vivía?
—En un apartamento de dos dormitorios, alquilado, en la avenida, más abajo, iba a cambiarse a uno de tres dormitorios para tener una habitación para su hija.
—¿Y por qué no lo hizo?
—La convencimos, si hubieses muerto, esa casa era para tu hija. Y porque aún tenía poco de embarazo. No pensaba cambiarse hasta cumplir los siete meses o así.
—Y para ella, qué conveniente mi casa.
—Hijo, no seas así, es muy buena, es como una hija para nosotros, no le mueve el dinero.
—No, pero ha visto la cuenta.
—Si la ha visto no la ha tocado, Nani está al tanto.
—¿Qué te pasa? —dijo su madre.
—Que quiero volver a mi vida mamá, no quiero a nadie en mi casa, es una desconocida para mí, no estaré tranquilo, ni bien, ni libre.
—Pero el apartamento es grande, no te molestará.
—¿No?, ha puesto un despacho en el mío y tiene mi habitación.

—Sí. ¿Y qué pasa?

—Y ha llevado algunas cosas tuyas. Quiero que se vaya, si tengo que pagarle un apartamento, lo haré, pero no lo haré hasta que sepa que es mi hija. No quiero que nadie se aproveche de nosotros. ¿Y si llevo a alguna mujer a mi casa?

—¿Serás capaz con ella embarazada de tu hija?

—Necesito sexo papá.

—No te reconozco.

—¿Cómo que no? soy el mismo, no he cambiado.

—Por Dios hijo, no quiero que hagas eso.

—Es mi vida. Le buscaré un apartamento junto al mío y lo pagaré hasta la prueba.

—¿Y si es tu hija?

—Le seguiré pagando. Y le pasaré una manutención para mi hija.

—Piénsalo bien —Dijo el padre.

—Creo que será ella la que te proponga irse, si la conozco te dará tu dinero y no querrá nada tuyo —Dijo su madre.

—Bueno, si es así insistiré en que se quede cerca y pagarle eso. Pero quiero mi casa para mí.

—Con lo que nos gusta Eva...

—Tendréis a vuestra nieta al lado, buscaré un apartamento en el edificio o en de al lado si es posible. Ahora voy a ver a Arni y le busco un apartamento.

—Está bien, como quieras, pero cerca, por favor, no tenemos tiempo de ir de un lado a otro.

—No te preocupes papá.

—Pero comemos en tu casa en Acción de Gracias el jueves, está programado ya.

—Si no hay más remedio...

—No lo hay, y no hagas que me enfade, —dijo su madre.

—Está bien mamá no te enfades. Soy tu hijo.

—Te quiero, pero sé bueno con ella.

—Lo seré, una cosa no quita la otra.

—Está bien, nos vemos.

Y de despidió de ellos con un gran abrazo.

—Os quiero y estoy de vuelta. Eso es lo importante.

Estaba montado en el coche cuando llamó al portero de su edificio.

—¿Norman? Soy Izan.

—Izan muchacho qué pasa, ¿Necesitas algo? Estás vivo por lo que veo. Te has perdido unos meses hijo.

—Sí, dime si hay apartamentos para alquilar en mi planta o en el edificio.

—Espera que mire.

—Sí, justo a tu izquierda, uno solo. Nada más.

—¿De cuántos dormitorios?

—De cuatro y un despacho.

—¿No hay de tres?

—No, los de tres están a tu derecha, pero nada de nada, eso es lo único que hay en todo el edificio, lo estuvieron reformando el mes pasado.

—¿Cuánto piden, lo llevas tú?

—Sí, yo me pongo en contacto con la inmobiliaria, si lo quieres ver.

—¿Lo puedo ver luego?

—Claro que sí.

—¿Amueblado?

—Sí, amueblado, cuatro mil quinientos con comunidad.

—Es mío. Voy a pasar a verlo antes de ir a la empresa, prepárame todo, quiero al agente allí en cuanto pueda, que no me haga esperar mucho. Y que se traiga el contrato y las llaves.

—Ahora mismo, Izan.

—Voy para allá.

El portero le dio la llave y subió a su planta, no llegó a su casa, abrió el apartamento y era precioso. El portero le dijo que tenía unos doscientos metros cuadrados, más pequeño que el suyo, pero era grande y barato.

Salón cocina con isla. Tenía la misma estructura que el suyo, salvo, un despacho, amueblado, una principal con un baño y dos vestidores a los lados, y tres de invitados.

En esas estaba cuando, llegó el agente.

—¡Hola!

—Hola. ¿Qué le parece?

—Cuatro mil con comunidad.

—Eso son quinientos menos de lo que vale.

—Hable con quien deba hablar y quiero esa habitación frente a la principal, un cambio

—¿Qué cambio?

—Un dormitorio para un bebé. Todo el mobiliario. Sin ropa claro, para decorar. Los colores en gris y rosas fucsias, seguro le gustará. Y hacemos ahora mismo el trato, además no tiene alarma.

—Deme unos minutos.

—Está bien, es suyo.

—Prepare el contrato, ¿trae los documentos?

—Sí, como me han dicho.

—Pues firmemos y quiero el dormitorio esta tarde para las siete.

—Está bien, lo haremos.

Cuando acabó, llevaba sus llaves.

—Norman, —le dijo al portero.

—Dime Izan.

—Llama a los de la alarma y pon dos cerraduras nuevas de seguridad a la puerta, que me llamen y me pasen la cuenta y les hago el ingreso de todo.

Y cuando vengán a cambiar las habitaciones, me dejás las nuevas llaves, abajo sobre las siete. Vendré a por ellas.

—Está bien.

—Hasta luego Norman y gracias. Te daré una buena propina en cuanto saque del cajero.

—Lo importante es que estás vivo.

—Gracias amigo.

Cuando llegó a la empresa Arni casi se desmaya y Nani y todo el personal. Hubo una revolución y él dijo de broma a todo el mundo después de los saludos: vamos al trabajo, que tenemos cuatro días de descanso, pero gracias a todos, de verdad.

Estuvo con Nani y Arni comiendo fuera, en un restaurante y contándole todo por lo que había pasado.

—Nada hemos cambiado, tu despacho está intacto, como estaban todas tus cosas.

—Me pondré al día, al menos cerré el acuerdo ¿no?

—Sí, vendimos todo lo que firmaste.

—Menos mal estaba preocupado. Ya el miércoles me pondré manos a la obra, nos pondremos juntos y en unos días nos ponemos al día. También tendré que hacerme un reconocimiento médico. Bueno eso está todo solucionado, pero hay en mi casa un problemilla. —Y ambos se miraron.

—Eva.

—Sí, Eva. Le he alquilado un apartamento al lado del mío.

—¿Por qué has hecho eso? —Le preguntó Arni.

—Porque me gusta estar solo en mi casa.

—¿Lo saben tus padres?

—Les dije que iba a alquilarlo, pero ya lo he hecho y tiene una habitación de bebé para decorar y meter ropa, aun así, me haré la prueba, de ADN cuando nazca. Le pagaré de momento el apartamento.

—No va a querer, Izan.

—Querrá.

—Con lo persuasivo que eres...

—Luego, cuando nazca hago la prueba, y si es mía, le daré una mensualidad de tres mil dólares. Creo que siete mil dólares está bien, ¿no?

—Está bien, es generoso, ella gana casi nueve mil. Tendrá solo los gastos.

—¿Eso gana?

—Un poco menos, pero no es pobre, Trabaja en una de las mejores clínicas de animales de Manhattan, y además es ahorrativa, y no le conocemos varón, como dice la biblia —Apuntó Nani.

—¿Y si te gusta Izan? —Le preguntó Arni.

—Eso es otro cantar, pero quiero estar solo en mi casa.

—Es comprensible y ella lo entenderá. Seguro.

—La tendré al lado por si necesita algo. Es un apartamento nuevo y precioso de cuatro dormitorios, no había de tres. Era el único en el edificio y justo a mi lado, no puede pedir más.

—No creo que se queje Izan.

—Le ayudaré mañana a llevar las cosas, le estoy poniendo una alarma que le pagaré también y dos cerraduras nuevas.

—Bueno, entonces todo arreglado.

—Me voy a casa. Voy a echar una buena siesta, me alegro tanto de volver a la civilización... El próximo viaje va tu marido —Le dijo a Nani.

—¡Qué malo eres! —y lo abrazó.

—Gracias amigos, por todo.

Después de tomarse un café se fue a casa y parecía que había movimiento en el apartamento de al lado, se asomó y estaban poniendo la alarma, las cerraduras, y habían cambiado la habitación. Les dijeron que les quedaba media hora.

Eran las tres de la tarde.

A las cuatro, bajó a por las llaves del apartamento y le dejó una generosa propina a Norman, porque había sacado dinero del cajero antes de ir a casa. Cogió el número de las cuentas y les hizo las transferencias por las cerraduras y la alarma.

Ya estaba todo listo, ella debía comprar la comida, la luz y nada más. Le ayudaría a llevar sus cosas al día siguiente y hablar con ella, sobre todo esto último.

Se tumbó en el sofá y se sintió tan nervioso esperando que ella viniera, que no pudo sino cerrar los ojos. Le quedaba la conversación pendiente con ella, pero sería agradable y sincero.

A las cinco menos cuarto oyó las cerraduras de las puertas. Eva llevaba unas cuantas bolsas de la compra y vio a un hombre grande y alto tumbado en el sofá.

Y se quedó dudando en la puerta.

—¿Quién eres?

—Izan —y se incorporó, entonces sí que lo reconoció.

—Dios mío, pero estabas....

—Cierra la puerta Eva, no te quedes ahí. Deja las bolsas en la cocina —Y ella soltó las bolsas y fue colocando la comida.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí, anoche ocupaste mi cama. Tuve que dormir en la habitación de invitados.

—Lo siento, pero es que... Bueno debes saber ya casi todo si sabes mi nombre.

El la miró, era preciosa, tenía unos ojos azules grandes y el pelo claro con un flequillo que la hacía parecer más joven, llevaba unas mallas con botas altas de tacón bajo y un jersey y rebeca azul gruesa como el color de sus ojos, y una barriga prominente.

Cuando colocó las cosas de la cocina y de limpieza, dejó el bolso en el sofá y se sentó a su lado.

—Lo siento Izan, si estoy aquí no es porque yo lo haya pedido.

—Bueno, tranquila, hablaremos.

—Cómo, es decir, ¿dónde estabas? —Y él le contó la peripecia vivida.

—Me alegro de tu vuelta, de verdad.

—Estás gordita, bueno, tienes la barriga gordita.

—Sí, yo nunca hubiese imaginado esto, Nani fue a buscarme porque por lo visto dejaste una condición cuando donaste el semen, es una casualidad, podía haber sido un pareja.

—Sí, son cosas que hicimos de jóvenes. Locuras que cometemos. Cuéntame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—De dónde eres, un poco de tu vida, —Y Eva —le contó lo que todos sabían.

—¿No has tenido novios?

—No, no encontraba un hombre que me gustara y al final decidí tener un hijo como madre soltera, que nadie pudiera reclamar. Quería tener una familia, algo mío. Estoy sola, pero no me quejo, no es por eso.

—Ya, imagino.

—¡Ah! tengo que hacerte la transferencia de tu dinero, ni siquiera he visto qué tenías, me daba miedo mirar, ahora tendré que hacerlo. No he gastado nada, he pagado la comida pero Nani dijo que Rita y la comunidad y los impuestos estaban domiciliados en esa cuenta, puedes comprobarlo.

—Está bien.

—Dame tu número y te paso el dinero a tu cuenta y la cierro. Yo, tengo la mía.

Y lo hicieron. Y ella se quedó con su cuenta, como siempre.

—Es un descanso para mí, no creas.

—Nos queda otro tema, Eva.

—Lo sé, la casa. Me iré mañana si quieres.

—¿Y dónde irías?

—A un apartamento vacacional hasta que encuentre uno para vivir. Ya lo hice cuando vine de España.

—Bueno, verás estoy acostumbrado a vivir solo, a hacer lo que quiera y me sería incómodo tener a alguien, aunque seas tú, que vas a tener a mi hija, se supone.

—Lo entiendo. Tenía pensado irme si volvías, es normal.

—Ya está buscado, yo te lo pagaré. Tú solo pagas la luz y la comida y si quieres meter a una chica, es también cosa tuya, pero tienes apartamento con comunidad pagada y una alarma.

—No puedo aceptar eso —mirándolo. Era tan guapo...

—Ya está hecho, es aquí al lado.

—¿Lo has buscado hoy?

—Sí, y con suerte. Si la hija es mía, quiero estar cerca, no voy a desentenderme de ella, aunque no vivamos juntos, porque no nos conocemos de nada y tenemos nuestra vida, pero están mis padres y yo, y quiero tenerla cerca, si no te importa.

—No, si es lo que quieres, me gusta este sitio, pero si no es muy caro, puedo pagarlo yo Izan.

—Yo te pagaré le apartamento, es para mi hija y cuando nazca la pequeña quiero hacer una prueba de ADN, para estar seguro.

—Me parece bien, no me opongo, es lo mejor para los dos saberlo. Yo la pagaré.

—La pagaré yo, y si es mía te pasaré tres mil dólares mensuales. Y no voy a desentenderme de ella, quiero verla.

—No puedo aceptar todo eso, me refiero al dinero Izan, pero podrás verla siempre que quieras, y tus padres también.

—Tu hija, nuestra hija, si lo es, tiene un padre rico y aceptarás eso.

—Eso no me importa.

—Pero a mí, sí. El apartamento es para que ella viva, contigo claro y el dinero para su manutención y sus gastos. Cuando llegue la universidad ya veremos. Para eso queda aún.

Estando cerca podemos tratar los temas con respecto a ella. Porque me gustaría opinar.

—Si eso es lo que quieres...

—Eso es lo que quiero, y ahora vamos a ver el apartamento.

—Está bien.

—Si no te importa, mañana te ayudo a cambiar tus cosas, para que te instales y no cojas peso. Comida no tiene.

—No te preocupes, haré una compra. De todas formas, gracias Izan, pero ya te digo que puedo mantenerme, esto lo hice sin saber que tú eras el padre.

—Lo sé.

—Comprendo que quieras tener tu vida. Me cambiaré mañana.

—Gracias Eva. Eres una chica comprensiva. Venga, podemos ser amigos. Vamos a ver ese apartamento para nuestra hija.

Y abrió la puerta y salieron a ver el apartamento de al lado.

—Mi madre me ha dicho que vas a ponerle Madison como ella.

—Sí —mientras Izan cerraba su apartamento y se acercaban a la puerta de al lado.

—Por lo visto tu madre se quedó con ganas de tener una niña y me dio pena por ella porque creía haberte perdido.

—Gracias por eso, es todo un detalle. Venga, entra. Y abrió la puerta.

—Tú pones los números de la alarma que quieras, y ya está,

—Sí, eso lo sé.

Eva, se quedó mirando el apartamento...

—Pero esto es enorme Izan, no necesito todo este espacio.

—Tiene doscientos metros, es cien más pequeño que el mío, pero no había otro, y quiero que estés al lado.

—Es maravilloso, me encantan los colores.

—Tiene de todo igual que el mío, pero un poco más pequeño y un dormitorio menos.

—Dos de invitados, puedes cambiarlos si quieres.
—No está bien, así, quizá cuando sea grandecita, le deje uno para hacer los deberes y jugar
—Sí, una buena idea.
—Y esta es la de ella.
—Es preciosa.
—Tiene todo el mobiliario, hasta cochito para el coche.
—Me compraré uno, ¿tengo plaza de garaje?
—Sí, el portero te la dirá.
—Bien. Gracias.
—Faltan algunas cosas y la ropa, pero eso te lo dejo a tu gusto.
—Yo lo compraré no te preocupes. Gracias por todo Izan. La casa es maravillosa.
—Es para nuestra niña, puedes disfrutarla.
—Si no es hija tuya...
—Si no es hija mía puedes quedarte si quieres, la he conseguido barata y tú ibas a buscar un apartamento. Entonces te diría qué cuesta y si te interesa, te podrías quedar o irte, ya tú decides.
—¿Cuánto? Dímelo ahora.
—Cuatro mil con comunidad.
—Sabes regatear. E Izan sonrió satisfecho.
—Sí, soy bueno en los negocios —y se rieron ambos.
—Me quedaría con él en todo caso, está muy bien de precio y la zona es buena.
—Pues toma tus llaves, mañana te ayudo. Ahora vamos a cenar algo, esta noche puedes dormir en mi habitación, te dejo.
—Puedo dormir en otra.
—No hace falta, mujer. Es solo una noche. Estoy muerto. Vamos a descansar un rato y luego vemos que ha dejado Rita para cenar.
—Es temprano.
—Me echaré una siesta mientras, aún tengo que recuperarme.
—Yo tengo que salir a comprar.
—Está bien, te espero para la cena, si ves que tardo en despertarme me llamas, llévate mis llaves.
—Vale.

Y Eva, salió a la calle no sin antes preguntarle al portero qué plaza de garaje le correspondía, allí la piscina era gratis, se lo dijo Norman, iba con la comunidad, y ella no la pagaba. Mejor. La piscina le encantaba.

Ese hombre la había puesto nerviosa. Era guapísimo, alto y removió en su interior sensaciones desconocidas para ella, era seguro, decidido, e imponente.

Pero Izan no estaba a su alcance, de hecho quería estar solo, era normal, pero también muy generoso y amable. Ella en su lugar hubiese hecho lo mismo. Se sentó en la cafetería de enfrente y se tomó un trozo de tarta y un descafeinado.

El apartamento era precioso. Si luego la niña no era suya, se quedaría con él. Tenía buen precio y estaba en un buen sitio, más alejado del otro pero iba andando y no le importaba.

Miró su cuenta. Tenía casi cuatrocientos veinte mil dólares, había ahorrado mucho, esos años, menos los gastos que tuvo al principio. Y lo que recibió de su padre. Era una buena cantidad para mantener a su hija.

Y fue a comprarse un coche. Un Kia un poco más grande de lo que pensaba. Le gustaban ese tipo de coches entre coche y todo terreno, elegantes, blanco y le costó quince mil dólares, que

restó a su cuenta.

Lo metió en el garaje. Ya era tarde, las ocho. Tendría que dejar la compra de comida para el día siguiente, porque necesitaba hacer una lista.

Su coche nuevo era maravilloso. Lo compro matriculado, y se ahorró tres mil dólares, pero no había sido usado por nadie. Lo necesitaría para cuando tuviese a su hija.

Cuando pasaran un par de meses compraría la ropa y cuanto necesitara ya, y dejaría todo listo.

Y se fue a casa, aún estaba Izan dormido, era guapo, le encantaba ese hombre desde que lo vio por primera vez en la foto que le enseñó Nina. Pero ese hombre encantaba a todas. Y una cosa era cómo lo veían sus padres y amigos y otra cómo era. Ya lo sabía por experiencia.

Y ella también era una mujer independiente. En otras circunstancias no habría aceptado nada de Izan, pero la convenció, por su hija.

Izan, no estaba dormido, se hizo el dormido en cuanto Eva entró por la puerta. Había estado fuera unas horas y no traía nada. ¡Qué raro! la oyó ducharse y trastear en la cómoda.

Y la vio con los ojos entrecerrados con un pijama tumbarse un rato en el sofá de al lado y cerrar los ojos. Se había hecho una cola alta, era preciosa, la verdad. Se tumbó de lado y se acarició el vientre y la vio sonreír.

Joder esas cosas a él, le causaban sentimientos que no quería, no era alta, como las chicas con las que salía, pero era una muñeca. Se había tomado todo con normalidad, le había devuelto todo el dinero, no se había gastado un dólar, era cierto. Tenía principios.

¿Pero había tenido muchos hombres?

¿Y eso qué le importaba a él? Quería saberlo. En un movimiento a ella se le vieron un poco el asomo de sus senos henchidos y llenos. Eran preciosos y se sintió excitado.

Hacía tiempo que no tenía sexo, al menos, cinco meses que recordara. Joder y se excitaba con una chica que no era su tipo, embarazada, en pijama porque se le veía un poco el pecho.

Debía estar delirando, o muy necesitado de sexo. Esto último, pero se sentía a gusto allí con ella.

Demasiado familiar el cuadro.

Sus padres estaban enamorados de esa chica. Si por ellos fueran, lo casarían al día siguiente con Eva. La verdad es que lo había pasado mal en su infancia y juventud y se vino sola y salió sola adelante. Eva evitó contarle lo malo, pero lo sabía por sus padres. Era valiente, sin depender de un hombre ni de nadie con veintitrés años.

Hasta a Arni y a Nani les gustaba, esto era una locura, tener una hija, ¿quién le mandaría a él irse a California? y sobre todo, poner condiciones. Si no la hubiese puesto, no tendría ahora este problema.

No por el dinero, tenía de sobra y siete mil al mes no significaban nada para él, lo ganaba en cinco minutos, pero era una unión para toda la vida con esa mujer que estaba tumbada en el sofá de su casa, por eso no la necesitaba allí, al lado podía ser, pero no en su casa. Sería demasiado intenso.

Y después de esos meses, quería libertad absoluta, trabajo y sexo sin problemas, como siempre.

CAPÍTULO CINCO

—Eva. Despierta...

—¿Qué? —se levantó deprisa y desorientada.

—Tranquila, mujer, venga que tenemos que cenar, ya he puesto la mesa.

—¿Sí?

—Sí, venga, tenemos que cenar algo.

—Gracias.

Y estuvieron cenando...

—Me he quedado frita, perdona si tenías hambre, el embarazo me da sueño. Y echo la siesta todas las tardes.

—¿Qué te has comprado? —se interesó él.

—Un coche, precioso, de esos que parecen un todoterreno y un coche. No de los grandes.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Por si me hace falta. Era matriculado. Me ha costado barato.

—Podía haberte acompañado.

—No pasa nada, cogí un taxi y me vine con mi coche.

—¿Qué te has comprado?

—Un Kia Sportage blanco con todos los extras.

—Son bonitos y prácticos.

—Me gusta porque es más alto que un coche normal. Y si salgo fuera de Nueva York con la niña... Es un poco grande para aparcar, pero es que me gusta tanto... Quizá lo estrene el fin de semana que viene. Me voy a Boston un par de días y me llevo para estudiar un poco. Iba a comprar comida pero ya he venido tarde. Mañana.

—No te canses tanto, tienes tiempo mañana.

—Sí, la verdad. Tengo que comprar algo para el Jueves Acción de Gracias.

—¿Echas de menos España?

—Echo de menos a mi padre, pero mi padre fue débil con esa mujer. No quería que me dejara mi padre nada y echarme a la calle sin dinero, sin nada.

—¡Qué cosas!

—Menos mal que me dejó el seguro de vida de mi madre y parte del suyo, si había algo en la cuenta, se lo quedó y la viudedad también. Y la casa comprada con el dinero que mi padre vendió la nuestra.

—Bueno no pienses en eso. Ahora has tenido suerte.

—Sí, la verdad me alegro de haber tomado esa decisión. Por eso no me casaré nunca.

—¿Por qué?

—Porque soy su madre y su padre y nadie le hará daño a mi niña, ningún padrastro, no pienso tener más hijos.

—¿Piensas permanecer soltera?

—Sí.

—¿Ni tener relaciones?

—Eso sí, pero no entrarán en mi casa. Deberá ser muy especial para ello.

—Me parece perfecto. Pero, aunque hayas tenido una mala experiencia, no quiere decir que un hombre no quiera a tu hija.

—Nunca como su padre... Perdona. No lo decía por ti.

—No pasa nada. ¿Has tenido muchas relaciones?

—¿Te interesa?

—Bueno, por sacar algún tema.

—No, no he tenido relaciones.

—¿Ninguna?

—No, nunca.

—No puedo creerlo.

—He conocido a chicos, amigos, he salido a tomar algo, pero nada más.

—Pero, cómo, vamos a ver... Tienes veintisiete años.

—Sí. Para cuando tenga a Madi.

—¿Eso quiere decir que nunca te has acostado con ningún hombre?

—Pues no. ¿Es imprescindible?

—No mujer, pero...

—Bueno cuando estaba en la universidad salí con un chico, nos besamos, pero me aterraba tener intimidad, la verdad. Y lo dejamos.

—¿Y aquí en Nueva York?

—Salí con una compañera del trabajo e íbamos a tomar copas los fines de semana, ella conoció a su marido y yo me quedé sola. A veces no salía. No tenía necesidad, tampoco me gustaba ninguno para ello y no me gustan las relaciones de una noche.

—¿Por qué? Son muy satisfactorias. El sexo es satisfactorio Eva.

—No lo sé, no puedo opinar.

—Eva, por Dios, mujer.

—¿Son satisfactorias para ti?

—Sí, mucho. Al contrario de ti, tengo amigas, con las que me acuesto y tengo rollos de una noche, lo que no tengo son relaciones largas. Esas que te gustan a ti.

—Yo no he dicho eso, pero si las tuviera, sí, pero no hay un hombre en mi vida para esa aventura. Y ahora con mi niña, no tendré tiempo. Hay cosas que pueden satisfacer más que el sexo.

—¿Cómo lo sabes si no lo has probado?

—Porque me hacen feliz, supongo.

—¿Por qué te da miedo, has tenido una mala experiencia?

—No, nada malo que imagines. Es que me pongo nerviosa, descontrolada, lo pienso y creo que voy a desmayarme.

Izan se reía.

—Mujer ¡qué rara eres!

—Sí, debo ser el bicho raro de Nueva York.

—¿Quieres probarlo?

—¿Probar qué?

—Sexo.

—Y Eva, se atragantó.

—Vamos respira.

—Estabas bromeando para ponerme mal.

—No. Te lo decía en serio, no he tenido sexo en cinco meses.

—¿Y qué?

—Que podíamos probar esta noche, soy el padre de tu hija.

—No lo sabes.

—Seguro que lo soy. Somos casi amigos, conocidos y es como si hiciésemos un hijo de forma natural. Yo necesito sexo y tú necesitas conocerlo. Y nada más. Esta noche solamente. Sin compromisos, aunque no te guste el rollo de una noche. Luego seremos vecinos y padres y de una hija en común y cada uno tendrá su vida.

—¿A los cinco meses vamos a hacer un hijo? —y Eva se reía.

—¿Por qué no? Nadie lo sabrá, me encantaría ser el primero, soy el padre. Te trataría bien y así podrías comprobar lo satisfactorio del sexo a la edad de... veintisiete años, una jovencita.

—Muy gracioso. Pero me das más miedo que cualquier hombre que haya conocido.

—¿Y eso, por qué?

—Porque eres muy guapo.

—Eres de lo que no hay, ¿mejor, no? hacerlo con un guapo que con un feo es un plus. Venga, esta noche tendremos sexo, un secreto entre nosotros.

—Izan, no creo que sea buena idea.

—Solo si quieres.

—Tengo un miedo atroz. Pero me atraes.

—Al menos eres sincera.

—¿Te gusto yo?

—Eres una mujer muy guapa y...

—Embarazada de cinco meses.

—Embarazada de cinco meses.

—¿Sin protección?

—Para qué, no lo necesitamos, me hice unos análisis antes de irme de viaje, estoy bien, no he tenido más relaciones y tú ninguna.

—Madre mía —Y se tocó la cara con las manos.

—Te has puesto colorada.

—No, roja como un tomate, alterada, ya no puedo comer más.

—Eso no es rápido mujer, nos tomaremos nuestro tiempo.

—¿Me estás usando porque te falta sexo?

—No, no uso a nadie, será algo que queramos y probarás el sexo, así cuando tengas chicos, sabrás qué hacer.

—Madre mía, me voy a desmayar.

—Anda vete al sofá, yo quito la mesa, ahora voy.

Y ella fue al baño a lavarse los dientes.

—Eva ¿quieres café?

—No, nada más.

—Está bien, voy a ducharme, ahora vengo, yo tampoco quiero.

Y ella se echó un rato con el cojín en la espalda y puso la televisión. Al cabo de un cuarto de hora salió Izan con un pijama y un olor que se le metió en la sangre.

—¡Qué bien hueles!

Y él se sentó a su lado casi sin dejar espacio y le acercó el cuello.

—¿Te gusta?

—Sí, ¿no estás muy cerca?

—Sí. ¿Puedo tocar? —Señalándole el vientre.

—Sí, —y tocó su vientre.

—Es suave y precioso —y subió la mano a sus pechos y ella dio un respingo.

—Izan...

Y él posó sus labios en los suyos —y Eva se echó a temblar descontroladamente y él sonrió porque parecía un pajarillo asustado.

—Échame las manos al cuello, nena —y ella lo hizo e Izan siguió besándola y ahondó el beso y metió la lengua en la boca de Eva, y recorrió con su lengua buscando la suya, y Eva, le respondía de la manera que sabía, lo seguía y él tocaba sus pechos y pellizcaba sus pezones y ella se sintió húmeda y en otro planeta.

Porque Izan besaba como un ángel. Seguía temblando y él salió de su boca, le besó el cuello y Eva echó la cabeza atrás, se sentía flotar.

Sin poder pronunciar palabra, Izan se sentía un Dios porque era verdad que esa pequeña no sabía nada de sexo, pero lo tocaba, el pelo, el cuello e Izan sentía escalofríos y estaba excitado y su miembro se estaba engrandeciendo. Tomó la mano de Eva y se la llevó a su pene y ella se resistía.

—Vamos preciosa, tienes que tocarme y le metió la mano por el pijama y ella tocó su longitud como seda y terciopelo y supo que ese hombre era grande en todos los sentidos y lo tocó.

—Ufff, nena, espera, que hace tiempo que no...

Metió la mano en el sexo de Eva, y estaba húmeda y ella seguía tocándolo y él tocó su sexo desnudo, que sorprendió a Izan y lo movió como sabía hacerle disfrutar a una mujer y ella gemía y gemía y se sorprendió del calor que bajó hasta su sexo derramándose entre los dedos de Izan.

—¡Oh Dios! —agitada.

Y él sonrió. Le quitó el pijama y se quitó el suyo.

—No te tapes, quiero verte. Estás preciosa y me encantan tus pezones grandes y tus pechos y tu sexo. Eres bonita.

—Tú también eres grande —refiriéndose a su miembro.

—No tengas miedo, abre tus piernas nena y ella abrió sus piernas para que encontrara el camino hacia la felicidad. La sintió como una virgen estrecha y su miembro rozando sus contornos y Eva, se aferró a él.

—¡Estás estrecha!, iremos despacio. ¿Te duele?

—No precisamente —decía gimiendo como eco.

Y la besó de nuevo y entró en ella despacio y Eva intentaba gemir y pegó sus pechos al pecho de Izan y éste intentando no hacerle daño, la penetraba despacio y lento y era agónico para ella, que le pedía más y más. Izan, avivó la marcha hasta conseguir derramarse en ella como un desesperado.

—¡Dios nena! ¡Ha sido genial!

Y la siguió besando en los labios mientras recobraban las respiraciones.

Se puso a un lado de ella y la abrazó por los pechos y el vientre.

Lo que había sentido, con esa mujer virgen no lo había sentido con nadie. Quiso darle placer, que Eva conociera el sexo y él se había sido sorprendido también.

Cerró los ojos, abrazado a ella y descansando.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí, muy bien, ha sido muy, muy satisfactorio, tenías razón —y él sonrió con los ojos cerrados. Ahora ya puedo salir al mundo del sexo.

—No corras tanto preciosa, que tienes mucho que aprender.

—¿Sí? —y le besaba la barba.

—Estate quieta.

—¿Por qué? me gusta.

—Porque nos vamos a ir a la cama antes de tiempo.

—No veo el problema ¿no?

—Dormirás conmigo esta noche.

—Me aprovecharé de tu cuerpo esta noche, no tendré una oportunidad mejor con ningún hombre tan guapo.

—Pues a la cama. Ve delante y apago las luces.

Y lo esperó desnuda en la cama y él se metió con ella.

—Voy a hacerte una cosa nueva encanto —y fue bajando a su sexo y metió la cabeza entre sus muslos.

—¡Oh Dios Izan!, eso es, ¡ay!...

—Disfruta preciosa. Relájate.

—Ay dios Izan, —y gemía, eso es...

—Lo sé guapa.

—Me gusta. —Y se corrió como un río de lava en su boca.

—¡Oh por Dios!, ¿cómo has hecho eso? Ha sido tan rápido...

—Umm... Este será más lento y entró en ella de nuevo.

La cogió por las caderas y mordisqueó sus pezones.

—Izan, vas a acabar conmigo.

—Sí, así tendrás para un mes y yo necesito esto y llegaron a un clímax potente y sexual.

Y si Izan pensaba que la primera vez había sido porque estaba falto de sexo, se dio cuenta de que eso no era, de que era distinto con Eva.

O no.

Estaba aturdido y confundido y más satisfecho que en toda su vida, pero ella al cabo de un rato lo sorprendió haciéndole lo mismo que Izan había hecho momentos atrás, bajó a su sexo y le hizo el amor con su boca, y sus manos y él se estremecía como un cóndor alado y gimió y gritó su nombre cuando su miembro explotó de placer.

—Por Dios nena. Para ser virgen, aprendes rápido.

—No es tan difícil, ¿de verdad te ha gustado?

—¿Tú, qué crees?

—Que sí.

—Pues ven aquí a mi lado. Vamos a descansar, la niña no va a dormir, pequeña.

—Mañana me voy Izan, no quiero que pienses que porque hemos tenido sexo quiero que cambies, no voy a cambiar tu vida, no me debes nada, demasiado generoso eres pagando el apartamento y me cuesta aceptarlo.

—No seas tonta. Es para mi hija.

—Quiero que hagamos la prueba, si quieres, yo la pago.

—Tú ya tienes bastante con pagar la ropita y además me vas a dejar la comida.

—Sí, y se reía. No pensaba quitártela. Cuando me levante mañana, desayuno fuera y hago una gran compra, mientras me la traen voy cambiando las cosas.

—Te ayudare. Desayunamos juntos, y mientras compras, te cambio el despacho, que pesa más.

—Vale.

—Intentaré ponerte las estanterías y la mesa en algún rincón.

—Ya veremos porque tengo un despacho.

—Ahora lo tendrás doble, pero te servirá.

—Sí, bueno, mejor, ajustaré el espacio, ya tengo una idea. Y el resto es la ropa, libros y mis plantas, pero si las quieres y lo de decoración te lo dejo.

—No, que se me secarán, te llevas todo lo tuyo, yo suelo trabajar mucho cuando vengo y no tengo tiempo de cuidar plantas.

—Yo estoy terminando un master. También tengo que estudiar cuando vengo del trabajo.

—¿En serio?

—Sí, espero terminarlo en un par de meses, tengo exámenes y las prácticas me las convalidan con el trabajo.

—Eres una chica lista,

—Hago lo que puedo. En cuanto acabe ya me lio con la ropita y preparo todo y descanso hasta que dé a luz. Un poquito de piscina y paseos.

—Yo tengo que ponerme al día. Han sido meses sin estar en la empresa.

—¿Y con las chicas?

—¡Que mala! con todo, también con las chicas.

—¿Te proteges?

—Siempre, menos contigo.

—Quiero darte las gracias por esta noche.

—Mujer qué cosas tienes. Seremos amigos.

—Sí, eso sí, además de vecinos.

—Gracias por ser comprensiva Eva.

—De nada Izan. Y se fueron quedando dormidos.

Izan, se despertó en mitad de la noche desorientado. Había tenido una pesadilla y encendió la luz de su mesita. Y comprobó que era una pesadilla, fue a la cocina a por agua. Y al volver, la vio tan guapa, con los pechos hermosos y se sintió de nuevo excitado, pero no iba a despertarla.

Se acercó a su lado y se pegó a ella y la cogió por los pechos abrazándola.

—¿Qué te pasa?

—Estoy bien, solo ha sido una pesadilla.

—¿Estás bien ya?

—Contigo sí, ha sido horrible.

—Ya estás en casa.

—Sí, ummm... ¡Qué bien hueles nena! Sigue durmiendo, no quería despertarte.

—Pues algo abajo está despierto.

—Eres demasiado inteligente —y ella pegó su trasero e Izan no desaprovechó la ocasión que le ofrecía, levantó una de las piernas de Eva y entro en ella de lado.

Y terminaron por hacer de nuevo el amor lentamente.

—¡Por dios mujer, déjame ya! —y se reía.

—¡Qué tonto! Ya te voy a dejar, mañana estarás solito y tranquilo y descansarás.

Cuando se despertó, tenía los brazos de Izan entre sus pechos, se separó y se dio una ducha. Cuando se estaba duchando en el baño que no era de Izan, sintió sus brazos detrás de ella y gritó.

—¡Dios mío Izan! ¡Qué susto me has dado!

—Te ayudo.

—¿Pero no terminamos anoche?

—Terminemos esta mañana.

—Eres un guapo incansable con un miembro bonito y bien dotado.

—Eres una descarada...
—¿Por qué? Tú me hablas de mis pechos.
—Tienes razón son impresionantes —dándole un bocadito.
—Loco...

—Venga vamos a desayunar.
—Espera que coja la llave de mi apartamento, luego te doy las tuyas. Cuando acabemos.
—Date prisa mujer que me has dejado muerto de hambre esta noche.
—Sí claro, yo soy doble y tengo más hambre que tú.

Aprendieron a bromear y se rieron mucho en el desayuno, contándose anécdotas de la universidad y del trabajo. Cuando acabaron, ella le dijo que iba al supermercado.

—Yo te voy cambiando el despacho, lo dejo en el salón y me dices donde lo pongo, al menos te llevo lo que hay de peso, las maletas y eso, la ropa la puedes llevar e ir colocándola.

—Sí, no pienso meter y sacar maletas, está al lado. Pero tardaré en la compra. Bueno si tardas me meto en mi despacho a hacer cosas, pero intentaré ayudarte a llevar y tú colocas

—Gracias Izan.

A la una y media tenía toda su casa colocada, ropa incluida y la comida colocada.

—¡Ah, qué cansada estoy! Gracias por ayudarme y dejarme el despacho colocado, creo que ya no queda nada en tu casa. Si ves algo lo traes, pero hemos dado dos vueltas.

—Ha quedado bonita.

—Sí, el despacho me gusta, tengo espacio para salir y para colocar libros.

—Voy a hacer la cama y pongo toallas y salgo a comer algo, luego me tomo el café en casa. Esta tarde voy a descansar y a ver la tele, mañana me pongo a estudiar el master, el jueves voy a tu casa cuando vengan tus padres, le ayudaré a tu madre a hacer la comida, llevaré algo.

—No lles nada. Ella viene al mediodía.

—Bueno, toma tus llaves. Y gracias Izan por todo.

—¿No comemos juntos?

—¿Quieres? —Le preguntó ella.

—Claro, pero no tengo nada hecho. Te invito yo, ya que me has ayudado toda la mañana...

—Está bien, ¿qué comemos?

—Me apetece un plato combinado, un filete y verduras.

—Pues vamos, ¿en coche? —dijo Izan.

—No demos un paseo, hay sitios aquí cerca. En cuanto llegue me voy a dar un baño y estaré dormida toda la tarde.

—Vamos. Entonces cerca, venga. Creo que haré lo mismo. Aún no me he recuperado de dormir en un catre. Empezaré el trabajo mañana y después de Acción de Gracias.

—Debes descansar, también has hecho dos viajes largos y no has parado.

Estuvieron comiendo como dos amigos y a la vuelta, él quería quedarse con ella echando la siesta. Pero sabía que no podía hacerle eso, si iba a salir con otras mujeres, quizá se diera una vuelta por la noche, pero no, no iba a buscar una mujer al día siguiente de tener sexo con Eva. Sería una falta de respeto, Se quedaría descansando ese fin de semana.

Toda la tarde pensó en ella, la echó de menos, se echó una siesta y pensó en invitarla a un café, pero cada vez que hacía un intento de ir a su casa, se echaba atrás, por ella. No quería hacerle daño. Habían tenido una noche de sexo y se acabó. Si no iba a salir con ella, lo mejor era dejarla tranquila y que todo pasara.

Tardó en dormirse esa noche, estaba inquieto, pensar en la noche anterior, le hacía desearla, recordarla, su olor en las sábanas, el calor de su piel, las manos en su vientre donde estaba su hija, en su sexo.

Estaba confuso y confundido, pero tenía una vida. Pero ella estaba al lado. Ahora no se trataba solo de su hija, sino de Eva.

Haber sido su primer hombre, haber tenido sus primeros orgasmos con él y la forma en que se excitaba cuando la tocaba...

Debía de dejar de pensar o se iba a volver loco, lo que primaba ahora era ponerse al día en el trabajo. El tema Eva, ya lo tenía solucionado. Y la tenía al lado.

Y no iba a hacer nada que la hiriera. Como pensaba, tenía su vida. Lo de Eva, era cosa aparte, un paréntesis que no volvería a repetir.

Por su parte Eva, sabía que lo que había compartido con Izan ese día y esa noche era lo último que iban a compartir íntimamente.

Con Izan, había sido maravilloso, le había abierto un mundo desconocido, sensual y sexual y al menos con él había perdido el miedo a esa intimidad con los hombres.

De momento no quería hombres, había hecho el amor con Izan porque era el padre de su hija, pero estando embarazada, no lo haría con ningún hombre.

Cuando pasara tiempo, después de dar a luz, se daría la oportunidad de conocer a otros hombres, no tener miedo a tener una relación sin saber si era corta o larga.

Izan no estaba a su altura. Era demasiado inteligente, rico, guapo, divertido, alto y sexy para ella, una chica normal y solitaria que atiende a animales.

De todas formas Izan había sido muy generoso con pagarle el apartamento. Aunque era demasiado grande y entre el master y un poco de ejercicio y el trabajo, iba a contratar a una chica para que le limpiara y le hiciera la colada un día a la semana, con eso tendría ella, el jueves, hacía la compra de camino a casa y se hacía la comida, pero al menos se quitaría ese peso. Y cuando tuviera a la pequeña, tendría al menos dos meses una chica interna que le ayudara,

Hablaría con Rita cuando volviese el miércoles, la llamaría y que le recomendara una mujer. Y pensando de nuevo en el cuerpo cálido y caliente de Izan, se quedó dormida.

El domingo se levantó y bajó a la piscina. El sábado con tanto ajetreo de cambio de piso, no había podido nadar y le encantaba, disfrutaba en el agua, así que bajó y después de pasar una hora allí, se ducho y se vistió para irse al parque.

Sabía que estaba lejos una hora de ida y otra de vuelta, pero ella iba los domingos paseando, desayunaba fuera, y se iba, allí se llevaba un tema del master y cuando lo terminaba, sentía el sol en la cara. Y después volvía tomaba algo por el camino y se echaba una siesta, tomaba un café y estudiaba otro tema y hacía su cena para llevarse para el día siguiente al trabajo la comida, salvo que no tenía que ir hasta el miércoles al trabajo, así que podía aprovechar y estudiar, pasear y hacer ejercicio.

Cuando se vistió, calentita para estar en el parque, se maquilló un poco y se perfumó y al salir la pasillo, se encontró a los padres de Izan llamando a su puerta.

—¡Hola cariño! —le dijo el padre de Izan yendo a su encuentro mientras Eva, cerraba la puerta.

—Hola Alfred, —dándole un abrazo que no pasó desapercibido a Izan, y a su madre le hizo lo mismo.

—¡Hola Izan! —y le dio un beso en la cara.

—¿Cómo estás hija? —Le preguntó Madison.

—Muy bien, he estado en la piscina y ahora me voy a desayunar fuera y al parque.
—Pero está lejos.
—Sí, una hora de ida y otra de vuelta, pero estudio un tema del master y a la vuelta tomo algo.

Luego descanso.

—Así estás en forma, solo tienes barriga.
—Intento mantenerme y comer sano, es lo que me aconseja el ginecólogo.
—¿Cuándo tienes que ir otra vez?
—El viernes que viene.
—¿A qué hora? —Dijo Izan, y ella se lo dijo.
—A las siete. —Y le dijo el hospital.
—Quiero ir contigo.
—Pues te aviso entonces.
—Sí, deberías ir a ver a tu hija
—Iré contigo, ¿vale?
—Bueno el jueves vengo, traigo el postre y le ayudo con la comida Madison.
—Nada nada, vente para el café y me ayudas a poner la mesa si quieres, pero yo hago la comida, tú estudia, si me traigo todo casi acabado, la haré en casa.
—¿De verdad o me lo dice para que no le ayude?
—De verdad hija.
—Está bien, vengo para el café, pero traigo postre.
—Como quieras.
—Bueno me voy dando un paseo.
Y los abrazó de nuevo
—Hasta mañana.
—Ten cuidado hija.
—Lo tendré.

Y se fue camino del ascensor. Izan tuvo la sensación de querer irse con ella. Y lo hubiese hecho de no estar sus padres en casa.

—Entrad venga.
—¿A que es guapa, Izan?
—Ya sé por dónde vas papá. Pero yo me buscaré mis mujeres.
—¡Ah qué tontos sois los jóvenes!, no encontrarás a una como ella, es tan buena, cariñosa, la queremos y nos quiere. Si te gustara al menos. Es la madre de tu hija.
—Papá, dejemos el tema.
—Está bien.
—¿Habéis desayunado?
—Sí ¿Y tú?
—No, iba a hacerlo ahora
—Yo te lo hago hijo, dijo la madre.
—Mamá, sé hacerme el desayuno.
—Pero me encanta hacértelo, anda vete con tu padre al salón.

La charla con su padre pasó de hablar de nuevo de los valores de Eva, a su paso por Tasmania, a cómo iba la floristería y a que estaba poniéndose al día con la empresa.

Eva estuvo desayunando y en el parque, estudiando un tema del master en su banco favorito del

principio del parque. No se adentraba demasiado porque después de una hora y la piscina se dormiría. Y tenía que estudiar.

Cuando acabó el tema, cerró la carpeta que llevaba y cerró los ojos agarrándose el vientre, absorbiendo el sol del invierno que se acercaba apresuradamente. Se sentía feliz y sonrió.

—¡Hola guapa! —dijo la cabo de un rato, una voz familiar —¿estas dormida?

—Por Dios Izan, me matarás de un susto, ¿qué haces aquí?

—Buscándote

—¿Cómo me has encontrado?

—He pensado que después de andar una hora y la piscina, no te irías muy lejos.

—Qué listo eres...

—Se está bien aquí, ¿qué has hecho nena?

—Estudiar un tema del master y estaba tomando el solecito.

—Se está bien aquí.

—Por eso.

—¿Has comido ya?

—No, no sé ni qué hora es —y él miró su reloj.

—La una y media.

—Aún es pronto. Es buena hora, me quedará un ratito más.

—Está bien, comemos juntos.

—Si quieres...

—Claro a eso he venido, a comer contigo y estar un rato con mi hija y le tocó el vientre.

—Tomaré un plato combinado de camino a casa.

—Me viene bien.

—¿Qué haces después?

—Después me echo una siesta con los pies en alto, me despierto y meriendo, estudio otro tema y hago la cena.

—Qué vas a hacer de cena.

—Patatas con carne.

—Te invito a la comida y me invitas a cenar

—No sé si te gustará mi comida, pero estás invitado.

—Después de comer meses lo que me pusieron, todo me parecerá buenísimo, ¿a qué hora voy?

—¿A las ocho te parece bien?

—Sí, está bien, así a provecho para trabajar en el despacho.

Izan se acercó y la besó en los labios.

—¡Qué guapa estás!

—Izan...

—Dime nena.

—No quiero que lo que hemos hecho, te confunda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero salir herida, tienes una vida, con trabajo y mujeres distintas a mí, lo sé, imagino como te gustan y estás en tu derecho, pero, no quiero que me confundas, ya sabes que me..., a ver cómo te lo explico, si salgo alguna vez en serio con un hombre, será que me enamore. Ahora con el embarazo no estoy por la labor, solo pienso en mi hija, pero he descubierto algo maravilloso contigo y tengo que explorarlo sin miedo cuando pase tiempo y tenga a Madison.

—¿Qué me quiere decir?, ¿Dónde vas a llegar?

—Es que me gustas, me excitas, pero sé que tú vas a tener tu vida y prefiero que seamos

amigos por nuestra hija.

—Si es lo que quieres...

—Es lo que tú quieres, y yo no quiero salir ni herida ni ser un comodín. ¿O acaso quieres salir conmigo como una pareja?

—No- dijo rápido y con rotundidad, y eso le dolió.

—Entonces Izan, pórtate como un amigo, nada más, ¿vale?

—Está bien, lo haré.

—Olvidemos lo que pasó, y empecemos de nuevo. Y te agradezco lo del apartamento. Si no es tu hija, sabes que me iré. Así que tengo muchas cosas y no quiero pensar en nada más por ahora.

—Te entiendo, perdona, tienes toda la razón.

—No me gustan los juegos.

—No fue un juego Eva, eso te lo prometo.

—Lo sé, pero no podemos seguir jugando. No quiero pensar que te acuestes conmigo los miércoles y salgas el sábado con otra. No es que me importe lo que hagas con otras, pero sí conmigo.

—Lo entiendo.

—Por eso es mejor que pienses.

—Pero es que me atraes mucho y me gustas y pienso en ti a todas horas.

—Pues date un tiempo, Izan, aclárate.

—Vale, como quieras. Anda vamos a comer.

—Como amigos —Dijo Eva.

Por la noche apareció en su puerta y cenaron.

—Esto está de lujo.

—Bueno, no soy mala coimera, no quiero más, que me he pasado, pero así tengo para el martes.

Tomaron café y hablaron de la empresa de Izan, de cómo la montaron, de lo difícil que fue conseguir el primer préstamo, de Arni y Nani.

—Ya es tarde

—Sí, estoy cansada.

—Bueno, te esperamos el jueves para el café.

—Sí, y ella le dijo adiós y cerró la puerta.

Así era mejor, como amigo, lo otro era demasiado peligroso para su corazón. Pero iba a ser difícil verlo a diario. Quería que pasaran esos días festivos y no verlo a diario. Recuperar su vida y su rutina diaria. Porque era muy fácil enamorarse de Izan y ella era frágil en esos momentos y empezaba a sentir cosas por él y debían aproximarse al amor y no quería sufrir. Porque tendría que ver a mujeres salir y entrar del apartamento de Izan y le dolería.

CAPÍTULO SEIS

El jueves, bajó de nuevo a la piscina, y desayunó en casa. Estuvo estudiando casi toda la mañana. A última hora bajo a comprar un par de tartas para llevar a casa de Izan.

Tomó un poco de la cena del día anterior, una fruta y se echó un rato en el sofá, puso la alarma del móvil a las cinco y media, para arreglarse.

Cuando fue a casa de Izan, llevaba unas botas altas y un vestido estrecho de lana por encima de la rodilla de color azul oscuro de manga larga.

Llamó y les dejó una tarta y fue a por la otra y cerró su puerta.

—Ya está.

—Creo que te has pasado, dos tartas es mucho para el postre.

—Bueno, nos repartimos lo que sobre y tenemos para mañana.

—Anda toma un café. Izan hazle un café —le dijo su madre, Arni y Nani vienen a la hora de la cena.

—¿Ponemos la mesa, Madison?

—Ahora más tarde, a las siete, tómate el café tranquila.

—Izan descafeinado —le dijo Eva.

—Lo sé.

—Ven hija. Le dijo el padre, siéntate a mi lado.

—¿Cómo, va la floristería?

—Preciosa. Ahora tenemos flores de invierno.

—Iré el sábado por la mañana y les echaré una mano.

—No hace falta, tienes que estudiar.

—Ya casi lo tengo todo listo. Pero así les llevo la ecografía de Madison y la ven.

—Si es por eso, te esperamos.

—Ya sabe que me encanta ayudarle a hacer los centros en la trastienda.

Izan los escuchaba. Esa mujer iba a la floristería y ayudaba a sus padres y charlaba más con él de lo que él lo hacía en meses.

—He visto por internet los centros nuevos, y vamos a hacerlos —Dijo Eva.

—¿Crees que saldrán bien?

—Lo probaremos Alfred son preciosos, espere y los vemos.

—Los buscó y se los enseñó.

—¡Qué bonitos! Y mire cómo se venden, creo que sería una buena idea ir metiendo novedades al menos cada dos semanas.

—Tendremos que contratarte —se reía el padre de Izan.

—Bueno, puedo poner una clínica al lado y escaparme cuando no tenga perrillos. —Y se reían

—Me encantan las flores, la verdad, pero mis perritos...

—No sé cómo no tienes uno.

—Porque no me gustan los perros en los apartamentos, si tuviera un perro tendría que tener una casa, y estoy sola, no te puedes ir a ningún sitio y tengo todo el día a mis mascotas.

—Eso sí.

—Lo que deben hacer es jubilarse, dijo Izan, tengo dinero para que viajen y estén tranquilos.

—Mientras daba un sorbo a su café.

—Pero les gusta la floristería y dan trabajo a una persona Izan. Pueden viajar si quieren, en vacaciones, son jóvenes para jubilarse, tienen sesenta años.

—¡Menos mal que alguien nos comprende! —Dijo la madre desde la cocina.

—Claro como lo dice Eva... Y Eva miró a la madre de Izan.

—¡Está celoso!

—¡No estoy celoso!

—Es un niño mimado desde siempre.

—No lo soy mamá, tengo ya treinta años y quiero vuestro bienestar, si tengo para que mis padres disfruten sin trabajar...

—Pero les encanta su negocio Izan. También tú tienes mucho dinero para no tener que trabajar en dos vidas y no te jubilas por ello.

Izan se quedó con la boca abierta.

—Ahí lo tienes. Le dijo el padre de Izan, Alfred.

—De pronto, hay una más en la familia.

—Solo he dado mi opinión.

—Pues parece que cuenta más que la mía.

—Vamos Izan, tus padres son jóvenes, no te enfades.

—Tienes razón. Gracias y ella se atrevió a darle un beso en la cara que lo sorprendió

—Vale, has ganado.

—Bienmn sí, —Y Alfred se reía.

La cena fue muy amena y familiar y había comida por todas partes, tanto que la madre de Izan repartía para que todos se llevaran.

La primera que se fue a su casa fue Eva, estaba cansada. Y abrazó a todos.

—Izan ayúdame a llevar sus platos —y le ayudó a dejarlos en la cocina.

—Gracias.

—Tenemos que darnos los teléfonos. —Y se los intercambiaron.

—Ya lo tengo anotado. —Dijo Eva.

—Eva...

—Dime...

—No me gusta que des opiniones cuando hablo con mis padres, ni me contradigas. —Y ella se quedó de piedra.

—¿Te refieres a lo de la floristería?

—Y a cualquier cosa.

—Está bien, no lo haré —dijo emocionada y con las lágrimas a punto de salir, —estoy cansada. —Buenas noches, Eva.

—Adiós Izan.

—¿Te has enfadado?

—Adiós y —lo echó de la casa.

¡Maldita sea! con lo bien que había transcurrido el día y lo había estropeado. Y lo peor es que Eva tenía razón. Lo había dicho educadamente y él había sido demasiado duro, sin motivo. Había parecido un ser autoritario y no lo era.

¡Joder!

—Eva cerró la puerta y puso la alarma y se acostó, estaba muerta y ese niño mimado que eso es lo que era, mimado y celoso, le había hecho daño, la había herido. Lloró un poco, porque le dolió que le dijera que se metiera en sus asuntos.

Podía hacerlo, pero le dolía. Pero si creía que no iba a hablar con su padre o su madre de lo que le diese la gana cuando fuese a ayudarles a la floristería, estaba equivocado. Y por primera vez Izan, no le gustó nada.

El lunes llamó a Rita por lo de la chica y le dijo que su hermana estaba buscando algunas casas, que tenía un par de ellas y le iba a dar el teléfono.

Al momento la llamó. Marta que así se llamaba quedó en que iba a limpiarle el viernes cuatro horas. No tenía que hacer comida ni compra. Ella compraba el jueves de camino del trabajo y hacía su comida por la noche.

Quedaron en que recogía la llave en la portería y allí la dejaba, y ella le dejaba los cuarenta dólares en la mesa de la entrada.

Y así le quitaba ese trabajo que ya le costaba, y como no tenía pagos de casa, le venía bien para tener todo limpio. Con una vez a la semana tenía.

No vio a Izan ese día ni los días posteriores.

El jueves, un compañero de trabajo, Adam, se acercó a su casa por la tarde a dejarle los exámenes del master de los cinco años anteriores que había conseguido y le hizo el favor de llevárselos.

Estuvieron fotocopiándolos y ella le invitó a un café mientras miraban las preguntas.

—Algunas se repiten cada año y otras cada dos, ¿lo ves Eva?

—Sí, deberíamos estudiarnos esas preguntas. Ya solo me queda repasar este fin de semana y me estudiaré las preguntas de los exámenes.

—Haré lo mismo —dijo Adam.

—Gracias por habérmelas acercado.

—Estaba de paso por tu barrio, tienes una casa preciosa.

—Sí, es alquilada, no creas. Pero es una zona buena —La paga el padre de mi hija.

—¿No vives con él?

—Vive en la casa de al lado.

—¡Vaya! —Y le contó la historia.

—Mujer puedes escribir un libro.

—A lo mejor gano más dinero que cuidando perros.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Quizá sea él, porque mañana vamos a la ecografía y al ginecólogo.

Y efectivamente era él cuando abrió la puerta.

—Pasa Izan.

—¿Tienes visita?

—Sí, es un compañero de trabajo que hace el master también y me ha traído unos exámenes. Pasa y te lo presento.

—No quiero interrumpílos.

—No seas tonto —y pasó y le presentó a Adam y se saludaron.

—¿Quieres un café?

—Lo he tomado ya gracias —mintió.

—Bueno, dime ¿qué querías?

—Es por lo del ginecólogo.

—Lo imaginaba.
—Nos vamos desde aquí.
—Si quieres...
—Sí, estoy a las seis y nos vamos.
—Perfecto. —Dijo Eva.
—Bueno, os dejo.
—Bien, como quieras, hasta mañana Izan.

Y salió de casa de Eva, celoso hasta la medula, Adams era un chico de uno ochenta rubio y guapo, de gimnasio y tuvo celos. No había podido ni querido molestarla los días anteriores, porque había trabajado esa semana hasta muy tarde para ponerse al día y, ¡maldita sea!,

Quería darle a algo.

Pero así estaban las cosas, ella decía que era un compañero de trabajo, a lo mejor no era tan ingenua como parecía. No debía pensar mal de ella, no tenía nada, ni motivos, pero pensar que se acostara con otro embarazada de su hija...

La tarde siguiente fueron al ginecólogo en el coche de Izan.

—¿Estás enfadado?
—No. Tengo mucho trabajo pendiente.
—Tómalo con calma Izan, ¿has pedido cita para la revisión?
—Sí, la tengo el lunes.
—Bien.

Y el ginecólogo la revisó, Izan vio a su hija moverse y se emocionó.

—¡Qué bonita!

—Está grande. Todo va bien Eva, le dijo el ginecólogo, ahora no comas demasiada grasa, los últimos meses, que se pone más peso.

—Hago mucho ejercicio, ando y piscina.

—Eso está bien, si no te pasas demasiado y descansa con las piernas en alto. Esta crema es para darte un masaje por las noches.

—Vale.

—Aunque no estén hinchadas ni te duela te la das.

—Está bien.

—Nos vemos el veintisiete de diciembre... ¿Por ejemplo a las siete?

—Sí, perfecto.

—Pues cuídate.

—Adiós doctor.

—Toma la foto.

—Sí, que los abuelos quieren verla.

Al salir de la clínica, Izan le quitó la foto de las manos y la observó...

—Es en color.

—Sí ahora las hacen en color, ¿a que es bonita?

—Es tan pequeña...

—Claro hombre, estoy de cinco meses.

Cuando llegaron al apartamento él se despidió de ella con un beso en la cara y entró en su casa

—No sé qué le pasa, pero tampoco voy a averiguarlo —Dijo Eva al entrar en la suya. Es un mandón.

Al día siguiente fue a la floristería de los padres de Izan tras pasar por la piscina y desayunar y

allí estuvo toda la mañana hasta que cerraron.

Luego volvió a casa, tomó algo y se tumbó en el salón. Repasaría los exámenes más tarde.

El domingo hizo su excursión al parque, y durante toda la semana siguiente solo hablaba por teléfono con los padres de Izan que la llamaban al menos, dos veces para ver cómo estaban, pero ni vio a Izan siquiera, ni este llamó a su casa, ni siquiera para preguntar cómo estaba.

El sábado siguiente por la tarde oyó ruido en casa de Izan. Quizá habían ido sus padres a verlo, pero oyó la puerta abrirse y miró por la mirilla, iba con una chica alta y guapa en lo que pudo ver.

Se había quedado el viernes y salían fuera....

Y se sintió triste. No pudo evitarlo. Esa tarde, menos mal que ya había estudiado, se tumbó en el sofá y se tomó algo de fruta y un yogurt, no tenía ganas de comer. La invadió una cierta melancolía.

Tenía que olvidarlo. En los sentimientos, no podía mandar, pero sí recomponer esa tonta boba adolescente en que se convertía cada vez que lo veía, pero eso se acabó. Siempre le pasaba igual con los hombres.

La mañana del domingo, hizo un esfuerzo para ir a la piscina aunque no le apetecía. Tomó su toalla, y el bolso y abrió la puerta. En ese momento salía la chica de la casa de Izan y se miraron los dos.

—Buenos días. —Le dijo ella como si tal cosa.

—Buenos días Eva. —La saludó él.

Y bajó con la chica en el ascensor, sin hablarle. Con los tacones debía ser tan alta como Izan. Era tan guapa que tuvo ganas de llorar un mes seguido. La chica se bajó en la planta baja y ella siguió al sótano, y se bañó en la piscina.

Había un par de mujeres y dos o tres hombres. Aún era temprano. Los saludó y se dio unas cuantas vueltas.

Cuando subió, se duchó y como todos los domingos hizo un esfuerzo por salir al parque. Iría viendo los adornos navideños. La semana siguiente, en cuanto terminara el examen, iría de compras, adornaría y compraría regalos.

Tomó su bolso y su carpeta con los exámenes que estaba revisando y se fue a desayunar y al parque caminando. Ya iba haciendo más frío y dentro de poco nevaría. Se abrigó, se puso gorro y guantes y botas calentitas de agua.

Se sentó en su banco, como siempre y estudió con los rayos de sol que penetraban entre las nubes. Cuando se cansó, había terminado el 2º de los exámenes. Aún le quedaban 3 y esa semana quería terminar todo porque el sábado tenían el examen. Y quería dar un repaso rápido a los apuntes.

—¡Hola Eva!

—¡Hola! —le dijo con los ojos cerrados como siempre. No lo esperaba, pero sabía quién era

—¿Hoy no te he asustado?

—No, no me has asustado.

—Eva lo que has visto...

—Izan, no necesito explicaciones, ni te las he pedido ni tienes por que dárme las, somos amigos, nada más, y soy la madre de tu hijo. Lo que hagas con tu miembro no es de mi incumbencia.

—¡Vaya, qué clara eres!

—Qué quieres que te responda.

—Nada, quería verte celosa. Yo también soy claro.

—Pues no estoy celosa. Estoy triste y es diferente, y no sé por qué quieres verme celosa. ¿Pretendes hacerme daño y ver el resultado?

—¡Joder Eva!, ¿sabes?, no sé qué hacer contigo.

—Ya me has alquilado un apartamento, si te molesto me voy, no tengo inconveniente. No tienes nada que hacer conmigo más.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Que por qué? te acuestas con otras. ¿Quién te crees que soy?

—Sabes Eva, no eres lo que yo esperaba.

—Mejor para ti ¿no?

—No lo decía en ese sentido, sino en el contrario.

—¿Y que esperabas?

—Que fueses, menos...

—Más liberal, pues no, soy como dicen en mi tierra, soy decente.

—Eso es una tontería.

—Es mi opción, tú eres liberal y no te crítico.

—Pero estás triste.

—Se me pasará. Ten en cuenta que hace poco que lo hicimos, es normal.

—¿Eres psicóloga?

—No, pero no me des ideas para empezar una nueva carrera cuando termine el master.

—Abre los ojos y mírame, Eva.

—No quiero. Últimamente estás muy mandón y autoritario y a mí no me gustan los hombres autoritarios. Siempre he sido libre desde que me liberé de Paquita. No quiero en mi vida otra Paquita.

—Está bien, comamos juntos.

—Hoy voy a comer en casa, tengo comida hecha.

—¿Me invitas?

—Tengo solo para mí y no me apetece ponerme en la cocina.

—Llevamos de paso.

—Tengo que estudiar. ¿Qué pasa, que no te conformas con una? Date una tregua Izan, no creas que porque vengas a mi casa vamos a hacer algo habiéndolo hecho la noche anterior con otra.

—Pero qué... ¡Maldita sea!, ¿qué tipo de mujer eres?

—Una que le encantan los animales, pero no ese tipo de animales, ya sabes.

—No voy a salir más con ella.

—Eso es normal en ti, según me has contado.

—¡Joder no hay!...

—Mira Izan, puede que me sienta triste por verte con una tan pronto, cuando lleves doce, me habré acostumbrado. No soy de piedra. Y te veré como uno más del que tengo una hija.

—Te echo de menos, Eva.

—¿Cuándo anoche?

—No estoy de broma.

—Ni yo tampoco.

—No eras tú, Eva —le decía intentando cogerle la mano, pero ella la soltó.

—Lo siento por ella. Pero seguro que no te entraría una eyaculación precoz o algo por el estilo. Si terminaste, importa. Otra cuestión es que no hubieses podido, pero la he visto esta mañana.

—Sí, lo sé, por eso estoy aquí.

—¿Para qué?

—Para pedirte perdón, joder Eva.
—Perdón por qué...
—Porque me siento culpable.
—No te sientas. ¿Por qué has cambiado? ¿Por una vez que lo hiciste conmigo, una chica normal y embarazada?
—Por qué, ni yo mismo lo sé...
—Anda vamos a comer, guardaré la comida.
—Sí, mejor porque me estás poniendo nervioso.
—No hubieses venido, no soy un cura que te salve de tus pecados.
—Eres graciosa ¿lo sabes?
—No, nunca me lo han dicho, pero contigo me sale la vena irónica, sobre todo cuando te pones en ese plan tonto.
—¿Qué plan tonto?
—El de sentirte culpable por lo que haces. Prueba con otra a ver si te va mejor que con la de anoche y antes de anoche.
—Como sabes...
—La vi, Izan, ahora, eso sí, te advierto que es escultural, preciosa y con esos taconazos y esas piernas, es tan alta como tú y guapa que no veas. No sé por qué no te gusta, casi me gusta hasta a mí.
—Eres tonta ¿no?
—Sí, tengo ese defecto, uno de tantos.
—Estás distinta y contestona.
—Desde que descubrí el sexo contigo, las hormonas se me han revolucionado.
—¿Eso qué quiere decir?
—Que me gusta el sexo, como a ti.
—¿Te has acostado con James? —Y ella se echó a reír.
—¿Tú que crees?
—No lo sé, te lo pregunto —irritado.
—No te irrites.
—Dímelo.
—Es un compañero de trabajo, ¿crees que me iba a acostar con un compañero o cualquiera embarazada de tu hijo a la semana de acostarme contigo? Es inaudito que me lo preguntes.
Me acostaré con hombres, no lo dudes, pero tendrán que esperar a que nazca mi niña y este en plenas condiciones, ahí empezaré a satisfacer a mi cuerpo.
—¿No está satisfecho?
—No lo pienso. Pero contigo lo estuvo, sube ese ego.
—¿Comemos aquí?
—Este es caro, el de al lado.
—Da igual.
—No me da igual.
—Desesperante mujer.
Y ella entró y se sentó justo al lado de la ventana.
—Va a nevar ya dentro de poco —Dijo Eva.
—¿Cuándo te examinas?
—El sábado acabó por fin, luego voy a poner mi árbol de Navidad, iré de compras, necesito ropa y unas botas de nieve para no caerme por la calle y darme un panzazo.

—No digas eso.

—Es broma, pero la semana que viene, voy de compras. Iré al examen por la mañana y por la tarde compro y luego que no me llame nadie salvo mi ducha.

—Eres una mujer valiente y me gustas.

—Gracias, tú eres inteligente y también me gusta esa faceta, salvo la de la bragueta fácil.

—No soy así. —le dijo serio mientras miraban la carta.

—¿Entonces cómo eres?

—Soy un hombre que me gusta el sexo.

—Pues eso. ¿Y por qué te arrepientes luego?

—Por tu culpa.

—¿Por mi culpa? No te he hecho nada.

—Sí, me has hecho algo, eres una bruja. ¿Qué quieres comer?

—Una escoba de chocolate —e Izan tuvo que reírse porque no podía con ella.

—Anda pide.

Y cuando le trajeron los platos...

—A ver si lo he entendido Izan, ¿no te gusta ya el sexo con otras porque lo has hecho con este pedazo de mujer que tienes delante?

—Exacto, lo has definido bien.

—¡Qué bien, me encanta!

—¿Ah sí?

—Sí. Me siento importante y guapa, sobre todo viniendo de ti todo eso.

—Hablemos en serio Eva, por favor.

—Si quieres...

—Quiero.

—Está bien, dime, te escucho.

—Quiero que salgamos juntos.

—¿Cuándo?

—Desde ya —dijo con la rotundidad con la que hablaba.

—Desde ya no, ayer te acostaste con otra. Tengo escrúpulos.

—Salimos, pero prometo que no haremos nada si no quieres.

—No, por supuesto que no quiero hacer nada contigo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Al menos un par de meses. O hasta que se me pase.

—¿Un par de meses?

—Se me tiene que olvidar Izan.

—Vamos Eva, por Dios, me he protegido.

—Te digo que no.

—No soy un adolescente al que se le castigue. Soy un hombre, un adulto y tengo ya treinta años.

—Mejor lo dejamos. Prefiero seguir siendo amiga tuya. Piénsatelo, no me vas a besar ni a tocar ni a acostarte conmigo hasta finales de enero.

—¿Estás loca?

—Te lo digo muy en serio, Izan.

—Estás castigándome Eva y por ahí, no paso.

—No te castigo, tengo que recomponerme. Por eso es mejor que sigas con tu vida. Creo que me gustas demasiado, pero soy realista y quiero estar tranquila, no inquieta con un hombre que le gusta mucho el sexo con otras mujeres.

—Solo ha sido con esa solo, no me ha dado más tiempo de nada.

—Mira Izan, creo que no soy la mujer que crees. A mí, me tienes que ofrecer un compromiso serio. Tú no lo has pensado bien, solo hemos tenido una noche de sexo y creo que no te compensaré en tus necesidades. Y por mi parte quiero un hombre que me quiera, que se case conmigo cuando decidamos y que se me fiel y me ame como yo a él y me cuide y yo a él y quiera a mi hija, eso es lo primero. De otro modo prefiero ser madre soltera.

Izan, se quedó mirándola. Ella lo estaba retando y a él nadie le hacía eso. Retiraba su palabra. Que se olvidara, ya le daba demasiado y aún no sabía si era su hija.

—Sabes Eva, olvídate de que salgamos juntos.

—Lo imaginaba. No te preocupes, esa es la razón por la que no salgo con nadie y por la que quise tener un hijo soltera. Contigo sufriría mucho, en serio Izan. Eres un modelo, eres guapo, inteligente, algo mandón. El tipo que cualquier mujer quisiera tener en su vida y en su cama. Pero yo... No es que me subestime, es que soy realista.

—Está bien, tú misma.

Cómo que ella misma, pensó Eva, ¿quién leches se creía que era? Si era una amenaza, iba listo, si se creía un Dios, porque las mujeres lo perseguían y estaba acostumbrado a ello, no se perdía nada.

Como no era suyo, nada se perdía y si quería decirle con ello que iba a salir con todas las que quisiera, hacía bien. Ella no iba a aceptar menos de lo que pedía.

Definitivamente, era un niño mimado. A pesar de su generosidad, estaba acostumbrado a que todo el mundo le bailara el agua y hacer su santa voluntad, pero ella no se dejaba amilanar por nadie. No iba a hacer lo que él quisiera, sino lo que ella quisiera.

Si de verdad le gustaba a ese hombre, como a ella le gustaba, estaría por ella, pero no como un capricho pasajero. Ella, no era de esas.

Y se temía que la olvidaría en menos que canta un gallo. Y ella no iba a ser su entretenimiento pasajero hasta que se cansara. Ya vería cómo marchaban las cosas, Eva sabía que si le gustaba un hombre lucharía por ella.

Así se lo dijo su padre que luchó por su madre, y así lo entendió ella. De otra forma, no era el hombre de su vida, por mucho que le gustase Izan, por muy bueno que estuviese. Ella no lo estaba retando, le exponía cómo quería que fuesen sus relaciones y sabía a ciencia cierta que Izan y ella era distintos y no tenían futuro.

CAPÍTULO SIETE

El sábado hizo su examen y salió contenta, le daban los resultados antes de Navidad. Izan desapareció como por arte de magia. Trabajaba mucho y por fin se puso al día con el trabajo.

Si salió con algunas chicas, ella no oyó nada. Se enteró por sus padres de todo eso, y también de que le surgió un viaje corto de cinco días antes de Navidad a Florida.

Ella se quedó más tranquila tras acabar su master, poner su árbol y hacer las compras navideñas y tal como estaban las cosas, los padres de Izan, la habían invitado a pasar la Nochebuena a su casa de Brooklyn, pero ella daría cualquier excusa. Les llevaría los regalos a la floristería y se haría alguna comida especial en casa.

Le resultaba incomodo estar junto a Izan. Era mejor poner distancia de por medio. Si se veían, bien, si no, mejor. Quería olvidarse de él, aunque le costaba.

Se dijo que una vez acabado el master y las compras, no leería salvo el periódico y alguna novela, así, que empezó a descansar más.

Y dar algún paseo por las avenidas como ejercicio, aunque ya hacía para ir y volver al trabajo. Se bañaba los fines de semana en la piscina algunas tardes también. Y los fines de semana por las mañanas y luego se iba de paseo. Le encantaba el invierno frío, la nieve, y se compraba algún detalle, ofertas que encontraba...

Los días que Izan pasó fuera tuvo tiempo de pensar en todo, y tenía la total seguridad de haber tomado la opción adecuada. Se enteró de que se había ido con una chica a Florida, cuando al salir a pasear una tarde de viernes, ellos volvían con maletas.

¡Qué poca vergüenza tenían los hombres!, o al menos ese. No era la misma chica que la vez anterior, pero se le parecía. Era del mismo estilo.

Ella saludó correctamente y salió a darse su paseo. Era viernes y a pesar de venir andando del trabajo, cuando descansó y tomó el café, quiso bajar a ver unos libros, algunas revistas.

Pensaba pasar sus Navidades sola y tranquila, viendo películas, dado paseos, y tumbada en el sofá. Ya estaba de casi seis meses y se le notaba.

Al día siguiente, iba a ir a la floristería y les dejaría a los padres de Izan el regalo y darles una excusa. El lunes era veinticuatro de Diciembre y se quedaría en casa los dos días.

Cuando llegó por la mañana a la floristería, los padres se quedaron un poco desangelados porque esperaban que fuera a cenar.

Iban a cenar los cuatro, pero ella, le dijo que últimamente estaba algo rara y que el médico le aconsejó descansar, que lo sentía y les dio sus regalos y como siempre se quedó con el padre de Izan en la trastienda ayudándole y charlando de sus cosas. No daban abasto a hacer centros y ramos y la tienda estaba llena. Y por fin, a las dos de la tarde cerraron.

Ella iba despedirse de ellos con un abrazo, cuando entró Izan en la tienda, solo.

—¡Hola Eva! ¿Cómo estás? —la saludó con dos besos.

— Bien. ¿Y tú qué tal?

—Bien, acabo de venir de viaje.

—Me alegro, bueno, me voy. —Y les dio un abrazo a los padres de Izan.

—¿No comes con nosotros? —le dijo Izan

—Venga, ámate, —le dijo el padre. Has trabajado mucho, qué menos que te invitemos a comer y ya es tarde.

—No importa, gracias, se lo agradezco, pero tengo comida en casa y así descanso después, e Izan, sabía que era por él. Y le hubiese gustado comer con ella.

Cuando se fue Eva, en su coche...

—No viene a comer en Navidad a casa, qué pena, me hubiese gustado que viniera.

—¿Por qué? —Preguntó Izan.

—Parece que está más cansada y el médico le ha recomendado descansar.

—Luego me paso y le pregunto.

—Sí, nos preocupa un poco, solo está de seis meses. Y ahora con las fiestas no podemos pasar por su casa.

—Tranquilos. Yo me paso, estoy al lado.

Eva, no tenía comida, pero tomó un menú en una cafetería cercana. Iba a darse una ducha y tumbarse en el sofá. Luego se tomaría un café.

En cuanto termino de secarse el pelo, llamaron a la puerta. Sabía quién era.

—¡Hola Eva!

—¿Qué pasa Izan?, nos hemos visto hace apenas hora y media.

—Quería saber cómo estás.

—Estoy perfectamente. Relajada ahora que he terminado el master.

—¿Te han dado la nota?

—Sí, sobresaliente. Pasa, ¿Quieres café?

—Sí, si me invitas...

—Claro, pero no mucho rato, quiero dormir después.

—Está bien. ¿Cuándo tienes el ginecólogo?

—El veintisiete a las siete.

—Iremos como la otra vez.

—No hace falta que me acompañes, puedo decirte cómo estoy.

—Quiero ir contigo.

—No lo discuto entonces. No tengo ganas de discutir.

—No te he visto en estas semanas.

—Creo que has estado fuera, te vi con las maletas.

—Sí, he estado en Florida, ¿Por qué no vienes a cenar en Nochebuena?, sé que no es porque no puedas, Eva. ¿Es por mí, verdad?

—Eres muy inteligente. Sí, no voy por ti y por mí, quiero pasarlas a solas, tranquila, relajada, ver una peli. Ya les he dado los regalos a tus padres. —Y se acercó al árbol y le dio el suyo.

—Este es para ti.

—Gracias, pero aún no he comprado nada.

—No importa, quiero darte también los de Arni y Nani y se los das el lunes.

—Está bien. —Abrió el suyo y era una corbata gris de seda, preciosa.

—¡Me encanta! Gracias.

—De nada.

—¿Cómo estas de verdad?

—Bien, en serio —¿Quieres tarta?

—No, solo el café.

—Vale.

—No quiero mentirte, la viste.

—¿A quién, a la chica? Claro, venía contigo con las maletas puestas. Me alegro por ti Izan, son todas muy guapas.

Eva...

—Qué...

—No te alegras.

—No empieces, si lo que haces para decirme que no me alegro, te equivocas, no voy a dar mi brazo a torcer, y me alegra de que hagas la vida que quieras. Te gustan las mujeres así. Es maravilloso, en serio Izan, no vas a conseguir nada conmigo si sales por darme celos.

—¡Maldita sea Eva!

—Hazlo porque es lo que quieres.

—¿Y tú qué quieres?

—Lo sabes perfectamente.

—No soy ese tipo de hombre.

—Lo sé, por eso no estoy contigo.

—¡Joder! No puedo contigo. Gracias por el café —se levantó y se fue, dando un portazo.

—Adiós Izan —dijo al viento, triste y lloró un rato, porque le dolía, porque le gustaba ese hombre demasiado y ella misma sabía que ella misma, era la que se hacía daño.

No sé qué pretendía, que la dejara en paz era lo mejor. Sin embargo, sus arrebatos iban y venían y todo porque ella no accedía a tener sexo cuando a él le apeteciera sin compromiso ninguno.

Fue a verla el veinticinco a llevarle un regalo, los de sus padres y los de Arni y Nani.

—Gracias, son todos preciosos, y el de Madison es muy bonito. Le gustará el osito. Me gusta el libro Izan, es de un poeta español que me encanta y además escrito en castellano.

Es andaluz, de Granada. En especial me gustan sus sonetos. García Lorca, era gay, ¿lo sabías?

—No, solo pedí un poeta español escrito en castellano.

—Pues gracias. Me encanta, tendré que rebuscar más libros en castellano.

—Bueno, me voy, tengo visita.

—Pues no la hagas esperar. Feliz Navidad Izan.

—Feliz Navidad Eva. —Le dio dos besos y se marchó.

En los tres meses siguientes, solo se veían en la visita al ginecólogo, pero lo veía, al menos le vio cuatro chicas distintas, pero lo le parecía nada feliz y cuando coincidían, le bajaba la mirada como si estuviese haciendo algo que no está bien hecho.

Compró lo que le quedaba para la pequeña y terminó de decorar la habitación. Tenía ya una chica, Dona, preparada interna, para al menos los dos primeros meses que le ayudara con su pequeña. Luego pasaría a dormir fuera o ya vería si ella podía sola.

Despunto la primavera y la última vez que fue al ginecólogo le dijo que se preparara que tenía algo de dilatación. Era cuestión de días.

Y fue entonces, cuando llamó a la chica y le preparó la habitación. Se preocuparía de ella y el pequeño y la cena y Marta, seguiría con la casa una vez a la semana.

Todo lo tenía preparado y Dona ya dormía en casa con ella.

Y una noche de abril, el diez a las cinco de la mañana, se levantó al baño y rompió aguas.

Llamó a Dona, limpiaron y se duchó y prepararon el bolso para el hospital, bajaron a por el

coche que condujo Dona y que tenía ya el cochecito preparado para su niña.

—Eva, estás tardando mucho. —le dijo Dona apresurándola.

—Aún estaré allí horas esperando, ya verás.

—¿A quién llamo?

—Llama en cuanto lleguemos y me metan en el paritorio, a Izan, nada más, a sus padres, ya los llamará él.

—Está bien, en cuanto te deje con la matrona, lo llamo.

Izan oyó el teléfono demasiado temprano. Dona le dijo que Eva estaba en el hospital, dando a luz.

Se vistió en menos de un segundo y salió listo para el hospital. Cuando llegó, aún pudo entrar en el paritorio. Eva estaba casi lista para traer al mundo a su hija.

—Eva.

—¿Qué haces aquí?

—Soy el padre, quiero verla nacer.

—Está bien, pero no me gusta que me veas dolorida.

—Déjate de tonterías ahora mujer...

La niña nació en menos de media hora de llegar Izan y él casi se desmaya, pero se la dieron en brazos y fue el primero que la cogió.

—Es preciosa Eva y se la puso a ella en el pecho.

—Mi niña, ¡Qué bonita es! Y empezó a llorar.

—Vamos no llores es preciosa y no le falta ni un dedo.

—Tiene que salir —le dijeron a Izan. Espere en la habitación, la llevaremos enseguida.

—Vale, le dijo a las enfermeras.

—Luego la ve en la habitación.

Y aprovecho con Dona para desayunar antes de ir a la habitación. Aún tuvieron que esperar un poco.

Primero llegó Eva y a la niña le estaban haciendo pruebas.

—¿Dónde está?

—Le están haciendo pruebas, ahora la traen. Dona, ¿nos puedes dejar solos un momento? Tenemos que hablar —y Dona salió de la habitación.

—Izan...

—Dime, ¿cómo te encuentras?

—Cansada, pero quiero que aproveches que estamos en el hospital para hacer la prueba de ADN. Yo la pagaré.

—¿Es imprescindible ahora?

—Sí, para mí lo es.

—Eres terca, ¿lo sabes?

—Sí, pero quiero hacerla antes de ir a casa.

—Está bien, hablaré con los médicos del laboratorio.

—Gracias.

—¡Estás guapa!

—Seguro que sí —dijo ironizando.

Y enseguida trajeron a la pequeña y le dijo que entrara Dona.

—Es tan bonita, y se sentó con ella en un sillón —y ella los miraba.

—Creo que tiene los ojos verdes como yo y el pelo igual.

—Aún no se sabe Izan.

—Es mía, lo sé.

—Probabilidad tiene.

Los padres de Izan llegaron más tarde y no dejaban de coger a la pequeña, que si era como su hijo cuando era pequeño y parecía que la pequeña era de los tres. Al fin vino la enfermera con los biberones y le dio de comer, luego la cogió la abuela para que echara el aire y la dejaran dormir el cucú del hospital a su lado y ella se quedó dormida. Un buen rato del cansancio que tenía y el agotamiento del parto.

Cuando despertó, solo estaba Izan en la habitación mirando a la pequeña.

—Me he quedado dormida.

—Es normal. Madison también duerme.

—¿Has ido a preguntar eso?

—Sí, y ahora he mandado a Dona a comer.

—Bien, la pobre se asustó, debe estar cansada.

—Me quedaré esta noche y ella que se vaya a dormir.

—No hace falta Izan, de verdad.

—Me quedaré.

—Ni lo discuto.

—Ya me conoces. Mañana que se quede ella.

—Está bien. ¿Cuándo hacen la prueba?

—Está hecha ya.

—¿Ya?, ni me he enterado.

—Es solo un bastoncito en la boca.

—¿Y cuándo sabremos algo?

—En dos semanas, vendré a recogerla.

—Quiero pagarla yo. —Dijo Eva.

—Yo la pagaré.

—¿Puedo discutirlo?

—No tiene caso.

—Cada día me gustas menos Izan.

—Lo sé, lo hago adrede.

—Eso parece. Y cerró de nuevo los ojos.

Ya llevaba una semana en casa con la pequeña. Dona era una chica eficiente y le ayudó sobre todo los primeros días que estaba incómoda con los puntos. Se encargaba de todo lo de la pequeña. Incluso si tenía que bajar a la farmacia, a la compra provechaba por la tarde cuando venía Izan, que todos los días pasaba por allí al volver del trabajo. Y la cogió en brazos hasta que se iba. Al menos estaba una hora u hora y media, luego se iba a su casa porque decía que tenía trabajo.

—La vas a mal acostumbrar Izan, si luego no es tuya...

—Calla, lo es. Es mi princesa, ¿verdad Madi? —Le decía a la pequeña como si se enterase de algo.

Recibía visitas de sus abuelos, de Arni y Nani y la llevaban a las revisiones y a ella también.

A las dos semanas vino Izan con un sobre y le dijeron a Dona que podía salir a dar una vuelta, ya que la pequeña estaba dormida.

Cuando se quedaron solos, Izan se sentó a su lado en el sofá...

—¿Estás bien?

—Sí, ya no tengo los puntos, pero aún estoy dolorida.
—Yo lo estaría, pero fue fabuloso verte tener a una pequeña.
—Sí claro como tú no la tuviste... —E Izan reía.
—¿Lo abrimos?
—Sí, ábrelo ya, me tienes en ascuas.
Y él como no, lo leyó primero.
—Sabes que eres un machista, podías leerlo en alto, siempre tienes que llevar el mando
—Tienes razón, perdona, es la costumbre del trabajo.
—Lo sé, pero léelo en alto.
—Es mi hija en un 99%.
—Léelo Izan.
—No chilles que vas a despertarla.
—Es que me pones de los nervios.
—Es mi hija Eva.
—Si te lo dijeron en la clínica.
—Mis padres-...
—Tus padres nunca han dudado.
—¿Ves cómo tiene los ojos verdes y es como yo?
—Sí, desafortunadamente.
—¡Malvada! Es como yo, como su padre.
—Sí, toda una suerte la tuya.
—Venga ámate.
—¿A qué? ¿Quieres que haga un maratón?, ando como puedo y me duele.
—Pobre, quieres un café. Te lo hago.
—Sí descafeinado.
—Venga. Hoy tengo que irme antes. Tengo trabajo.
—¿Es rubia?
—No, es trabajo, además a ti no te importa, ¿no?
—Para nada.
—Nunca te ha importado.
—Nunca.

Pasaron dos meses y ella se sentía bien. Se había tomado cinco meses, con las vacaciones incorporadas, así que hasta el 11 de septiembre no se incorporaba al trabajo en la clínica, e iba a recuperar para esa fecha su figura.

El ginecólogo le recetó pastillas anticonceptivas que ella le pidió.

Y le dijo a Dona que solo la necesitaba de lunes a viernes hasta después del almuerzo, si le dejaba la cena hecha, o ella la hacía si no daba tiempo.

Podía ocuparse ya de su pequeña, pero dejaría a Dona hasta que la pequeña entrara a una guardería. Así, ella podía ir de nuevo a la piscina y andar una hora, hacer la compra y sacar a su hija después del almuerzo a dar un paseo al sol.

Una de las tardes de paseo, entraron en una guardería que le cogía de camino al trabajo, se enteró del precio y le encantaron las instalaciones.

Cuando la niña entrara ya tendría cinco meses, y despediría a Dona, ella la dejaría y la recogería y se ocuparía de ella.

Izan no estaba de acuerdo en eso. Iba a suponer mucho trabajo para ella. Pero él tenía la parte

fácil, quería poner las normas, pero se pasaba un ratito por las tardes a ver a su hija, una hora y luego se iba a su casa.

Eso era muy fácil, aunque Eva nunca le había pedido nada. Los fines de semana, pasaba por allí los sábados y domingos un rato, pero a veces tenía chicas en su casa. De momento y aunque llevaba su apellido, ella se ocupaba todo el tiempo de la niña, con ayuda claro, pero más adelante, le pediría que se quedara algún fin de semana para salir fuera de la ciudad, sola, a despejarse. Su hija no le molestaba, al contrario, pero su padre debía saber que era ser padre, si eso era lo que quería.

—No me supones trabajo, te amo mi pequeña y tengo los fines de semana para estar con contigo a solas, mi amor —le decía a la pequeña, —pero tu padre, debe aprender a tener tiempo para ti.

Una de las tardes fueron a su casa los compañeros de trabajo, a regalarle a la pequeña juguetes y a verla. El que más a menudo iba era James, que eran muy amigos y quería mucho a la pequeña.

Y estuvieron por la tarde tomando café y una tarta que había comprado.

Izan oyó ruido en la casa de Eva y quiso saber qué pasaba, además era la hora en que él iba a ver a su hija.

Se acercó a casa de Eva y ella le abrió la puerta.

—¡Hola Izan! ¿Qué tal?, pasa, están mis compañeros de trabajo. Han venido a ver a la pequeña, pasa y te los presento y tomas un café.

—Solo he venido a ver a la pequeña.

—¿Quieres entrar y que no te los presente?

Y él entró. James tenía a la pequeña en brazos y apretó la mandíbula, por alguna razón tenía celos de ese hombre y verlo con su hija en brazos, no le gustó nada.

Eva se los fue presentando y al final, él le pidió la niña a James y se sentó con ella en brazos.

—¿Quieres café?

—No gracias, acabo de tomarlo.

Y estuvo al menos una hora con la pequeña, pero no se relacionó con los compañeros de Eva. Se metió en el cuarto de la pequeña con ella y allí la meció en el balancín y la estuvo observando y hablando con ella. Al final se quedó dormida y la acostó.

Se despidió de todos y se fue.

—¿Ese es el padre de tu hija? —le preguntó una compañera de trabajo.

—Sí, ese es.

—Es guapo, pero no ha querido relacionarse.

—Es algo raro. Tiene días —le dijo Eva, para terminar la cuestión.

Siguieron la velada hasta casi las siete de la tarde en que todos se fueron.

Había quedado con James al día siguiente, para ir al parque con la niña. Eran muy buenos amigos. Después de que su compañera Marie Anne se casara, y fuese su mejor compañera y amiga, aunque ya no salían juntas, James, que trabajan los tres juntos, era su mejor amigo. Y lo quería. No pensaba en él de esa manera romántica, porque por desgracia pensaba en el padre de su hija aunque no lo mereciera. Pero a veces habían quedado a la salida del trabajo a tomar un café y charlar.

Cuando todo quedó en silencio, Izan volvió a su casa.

—¡Hola Izan!, la niña sigue durmiendo.

—No quiero hablar de la niña.

—Entonces, ¿no tienes visita?

—Sí, tengo visita para el fin de semana.

—¿Pues qué necesitas?

—Quiero decirte una cosa Eva.

—Dime...

—Esta casa era para mi hija y para ti, por descontado, pero no para que traigas a todo el que quieras a molestar a la pequeña.

A Eva, le dio tanta rabia que se quedó en la puerta y no lo dejó entrar. Sabía que era un impulso de los que tenía.

—La pequeña no se va a molestar porque vengan mis amigos a traerles su regalo.

—¿Y James?

—¿Qué pasa con James?

—No quiero verlo con mi hija en mi casa, o en casa de mi hija.

—¿Cómo dices? Esta es mi casa.

—Te equivocas Eva. Es mi casa, la pago yo, para mi hija. —Y ella sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Está bien, ahora tengo cosas que hacer, —y le cerró la puerta en las narices.

¡Maldito hijo de puta!...

No volvieron a hablar más ese fin de semana ni él paso el domingo ni se disculpó.

¿Pero quién se creía que era? ¿Que porque le pagara la casa iba a decir quien se quedaba entraba o salía, mientras él se acostaba con todo bicho viviente todos los fines de semana?

No le gustaba cómo iba la cosa, y el lunes mismo, por la mañana llamó a la agencia y dejó a Dona con la pequeña, aprovechó para desayunar tranquila y sola.

Fue a la agencia inmobiliaria, y cambió la cuenta y el nombre de quien pagaba el apartamento, de hecho, era 30 de abril y ella empezaría a pagar al día siguiente su casa. Sería suya y ella decidiría quién entraba o salía sin pedir permiso ni a Izan ni a nadie. Y por supuesto, no le diría a los padres de Izan nada. No quería problemas familiares entre ellos.

Ganaba más de ocho mil quinientos dólares, podía pagar cuatro mil de casa con comunidad y si Izan, no quería darle a su hija los tres mil que se los quedara, pero ahora la casa era suya y metería a quien quisiera. Ella podía pagarlo todo. Era ahorrativa y además tenía dinero ahorrado, pero aun así, con el sueldo, le daba para todo.

A final de mayo, lo sentiría por Dona, pero ahorraría ese dinero y se quedaría sola con su hija, ya no la necesitaría y tenía que administrarse bien, y luego iría a la guardería.

Para finales de mayo estaría bien del todo y no tenía mucho que hacer. Solo estar pendiente de su pequeña, que dormía mucho, era una niña muy buena y podía salir, hacer la compra con ella y pasear ahora que empezaba a hacer buen tiempo. No necesitaba a nadie.

Como esperaba, al día siguiente lunes por la tarde, Izan pasó por su casa y entró a ver a la pequeña. Mientras él estaba con ella, se tomaba un café.

Cuando estuvo una hora con ella, Izan, le dijo:

—Ven a mi casa, tenemos que hablar.

—Está bien, como quieras.

Y le dijo a Dona:

—Dona, voy a casa de Izan, ten cuidado con la pequeña.

—Vale Eva. No te preocupes.

—Ahora vengo, no tardo.

Cundo llegaron a la casa de Izan, este le dijo:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa de qué?

—Has cambiado el apartamento de cuenta.

—Sí, ahora lo pago yo, es mío. Así, tú tendrás tu apartamento, en el que pueda ir tu hija y yo tendré el mío en el que viva. Y no tendrás derecho a decirme quien entra o sale o con quien me acuesto o no, porque en tu casa te acuestas con quien quieres ¿Te parece bien?

—Eva, yo no...

—Sí, quieres mandar en mí, pero en mí no manda nadie, por si no te ha quedado claro. Así que esa cuestión está solucionada. Puedo pagar mi propio apartamento, desde siempre, tú te empeñaste en pagarlo, pero si eso significa ponerme normas, no quiero que lo pagues.

Y otra cosa, si no quieres pagar los tres mil dólares, tampoco te los he pedido.

—Son para mi hija. Esos te los ingresaré.

—Está bien, Sin normas.

—¿Qué normas Eva?, necesita, ropa y comida y luego la guardaría.

—Está bien Izan. Ya está todo solucionado. Ahora tu hija tiene dos casas, una de su padre pagada y otra de alquiler que la paga su madre. Tengo que irme.

—Eva...

—¿Qué quieres?

—Lo siento, lo siento de verdad.

—No, no lo sientes, eres impulsivo y controlador y cada cosa que haces con respecto a mí, me molesta porque lo haces para hacerme daño. Nadie te pidió ser padre. Yo al menos no. Si no te interesa serlo, me lo dices y me voy a otro lugar a vivir.

—Es mi hija y la quiero.

—Está bien. Pero no voy a aguantarte ni una más. Estoy siendo bastante comprensiva, con tus padres, contigo, con todo el mundo, pero no me jodas, Izan, porque no me lo merezco.

Y salió de su casa y entró en la suya.

—¡Joder, joder, joder! —Dijo Izan, que maldita mujer., ¡Qué voy a hacer con ella! Dios.

Pasaron los meses y llegó julio, Dona, ya no estaba con ella y la niña crecía a pasos agigantados.

Izan, pasaba como siempre a diario, a veces estaba James y le molestaba infinitamente. No quería que su pequeña quisiera a ese hombre más que a él si crecía. Seguro que al final saldría con él, estaba siempre con Eva en casa. Y eso también le jodía porque tenía una lucha interna con ella.

El jueves, Eva, le dijo:

—Izan...

—Dime.

—¿Podrías quedarte este fin de semana con la pequeña?

—¿Por qué?

—Quiero ir a Boston a pasar el fin de semana.

—¿Con quién? —se puso en alerta.

—No te importa, pero voy a ir sola. A no ser que estés acompañado. Si quieres puedes llamar a tus padres, y se quedarían con ella, les encanta, y saben ya qué come, de todas formas te dejaré todo anotado.

—Me quedaré.

—El viernes por la tarde. Vengo el domingo por la noche, gracias. Voy a preparar las cosas y a reservar hotel.

—Puedo ir contigo.

—Prefiero ir sola. Necesito estar sola, al menos un par de días. Tengo que pensar algunas cosas.

—Como quieras —Y no le sonó nada bien.

Y el viernes, le dejó a la pequeña y con una maleta para pasar el fin de semana, salió en su coche sola camino de Boston, lo necesitaba.

Izan la agotaba, sufría con cada mujer que llevaba los fines de semana y con cada reproche que le hacía si veía a James. Y tenía que tomar decisiones. No podía seguir así, y debía tomarlas antes de entrar al trabajo. Quería paz.

Boston, le gustó, pasear por la ciudad y esa soledad la renovó, llamaba a Izan para ver cómo estaba la pequeña, pero se sentía bien, y ese viaje fue crucial en su vida, porque por la tarde del sábado bajó a tomar un café a la cafetería del hotel.

Se acercó a ella un hombre joven y le pidió sentarse con ella. Era alto, tanto como Izan, llevaba un traje impecable, el pelo claro como ella y los ojos azules.

—¿Puedo invitarte al café?

—Puedes.

—Me siento entonces.

—Si quieres.

—Me llamo Mat, encantado de conocerte.

—Eva, lo mismo digo, —y se estrecharon las manos.

—¿Estás en la convención?

—No, si había alguna convención en el hotel no me he enterado, he venido a pasar el fin de semana.

—¿Sola?

—Sí, sola, un respiro, lo necesitaba.

—¿De dónde vienes?

—De Nueva York.

—Yo también vengo de allí.

—Y has venido a la convención.

—Sí, exacto, por eso te lo preguntaba.

—¿De qué era?

—De Marketing y publicidad.

—¿Trabajas en ello?

—Tengo una empresa ¿y tú?

—Soy veterinaria, trabajo en una, en Manhattan. No tengo empresas, soy una simple trabajadora. —Y Mat, sonrió.

—¿Casada?

—No, pero tengo una hija de casi cuatro meses.

—¿Sin padre?

—Es una larga historia.

—Ya he terminado la convención y no me voy hasta mañana por la tarde, tenía pensado quedarme a ver la ciudad y desconectar un poco.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta ¿Y tú?

—Veintisiete ¿Y tú estás casado?

—No, separado.

—¿Tan pronto?

—Me casé muy joven, al salir del instituto, duramos dos años, locuras de juventud. Luego estude en la universidad.

—¿No tienes hijos?

—No, afortunadamente no tuvimos. ¿Damos un paseo y me cuentas esa larga historia?

—¿Por qué no?

Y mientras paseaban ella le conto la historia de su vida, debía escribir un libro porque todo el mundo se quedaba alucinado.

—¿Y te dijo eso?

—Sí, no sé, a mí no me importaba pagar mi apartamento. Es más, lo prefiero, no sé qué quiere.

—Me parece que está enamorado de ti, pero te quiere sin compromiso, como las chicas que tiene todos los fines de semana, los hombres somos así.

—¿Tú también?

—Bueno, no soy de cambiar cada fin de semana. Tengo una relación y si no va bien, se acaba. Las relaciones largas como se entendían antes, son muy difíciles de encontrar.

—Lo sé, ¿por qué crees que opté por la inseminación? Lo que no me esperaba es encontrarme lo que me he encontrado.

—Bueno, pero si no tienes nada salvo tu hija en común, no pasa nada Eva. Es hora de salir, porque te acostaras con él una noche, no dejes que condicione tu vida. Él vive la suya, si te quisiera de verdad habría luchado por ti y te hubiera ofrecido un compromiso como el que quieres.

—Eso decía mi padre.

—Pues hazle caso a tu padre. Ese hombre te está haciendo daño. Creo que si hubiese sido tú, no me quedaría a su lado en el mismo edificio.

—¿Por qué?

—Por la simple razón de que no le importa lo que haces y por la razón de no verlo.

Si quiere ver a su hija, le das el carro y la niña y que le dé un paseo o se la lleve a su casa unas horas, cuando lo desee. Meterlo en tu casa es un error, si tiene ese comportamiento sobre todo.

—No lo había pensado así.

—Pues piénsalo, es un consejo de amigo. No dejes que te controle. Vete de allí. Si te gusta mucho, habla claro, dile que te gusta, pero que si no va a comprometerse nunca contigo, dile que te vas de allí. Así comprobarás si te quiere o no, y deja de dar vueltas. Eres una mujer guapa, e inteligente. Y si te dice que no, ya sabes qué camino tomar, salir, vivir y buscarte una canguro para tu hija. Ni le pidas el favor que le has pedido. Que sea él el que quiera llevársela. Eso te dará opciones a conocer a otras personas.

—Tienes mucha razón.

—¿Dejarás que te llame algún día?

—Sí, —y se intercambiaron los teléfonos.

—Si no sales con él, me gustaría a invitarte a cenar algún día en Nueva York.

—¿Dónde vives?

—En Manhattan, donde tengo la empresa.

—Yo también vivo allí.

Y cuando se dijeron donde vivían estaban relativamente cerca.

—Es que es una buena zona, casi todos los ejecutivos, buscamos por esa zona.

—Es cierto.

—Bueno. Vamos a cenar ¿quieres?

—Vale.

Él le contó cosas de su vida, que era de Alabama y cuando se separó se fue a estudiar a Nueva York, y allí se estableció después, ya no volvía porque sus padres murieron cuando era pequeño, su abuela lo había cuidado, pero hacía un par de años que murió también. Así que no tenía sentido volver allí, ya que era hijo único, como ella.

—¿Y la ves?

—No, se fue a California, creo que se casó de nuevo por lo que sé.

Pasaron el día siguiente juntos y se dio cuenta de que existían otros hombres educados y aunque no eran como Izan, el tiempo pasaba rápido con ellos. Le gustó mucho Mat.

Y quedó en llamarla.

A Mat, le había gustado mucho Eva, pero no la llamaría hasta pasado al menos un mes y vería si había solucionado sus problemas. No era un hombre al que le gustase estar en medio de las relaciones y sabía que a Eva le gustaba ese hombre aún.

Además solo la había conocido de un día. Esperaría. O en última instancia se olvidaría y nunca la llamaría.

CAPÍTULO OCHO

Cuando volvió eran las siete de la tarde. Llegó a su casa y dejó la maleta. Se dirigió al apartamento de Izan.

Este le abrió la puerta con la pequeña en brazos y ella la cogió y le dio mil besos y abrazos.

—Acabo de bañarla y darle la cena y mis padres se han ido ya. Pasa.

—Gracias.

—No me las des, es mi hija también. ¿Cómo lo has pasado?

—Estupendamente.

—¿Has conocido a alguien?

—Sí, a alguien interesante, no lo puedo negar. Y ha sido un viaje fabuloso.

—Y qué has pensado. Si te fuiste a pensar...

—Sí, me fui —y se sentó en el sofá con la pequeña que se estaba quedando dormida. Y quiero hablar contigo muy seriamente.

—Siempre hablamos en serio, Eva.

—Esta vez, lo es de verdad.

—Te escucho.

—Mira Izan, me gustaste desde el momento en que Nani me enseñó tu fotografía, y tus padres también. Me pareciste guapo.

—Eva...

—Déjame acabar, apenas empiezo. Fuiste mi primer hombre, lo sabes. La niña fue una casualidad maravillosa, pero siempre pensé estar sola con ella. Conocer a alguien algún día que me quisiera como yo quiero, amarlo y enamorarme locamente de él, que quisiera a mi hija y en este viaje me he dado cuenta de que no puedo renunciar a mi sueño y no voy a hacerlo. Tú has sido mi primer hombre. Te conozco desde hace ya ocho meses y he sufrido mucho, muchísimo viéndote con otras. Y no puedo seguir así, quiero que me comprendas. Si no te viera, sería más fácil para mí. No quiero sufrir teniendo una hija tan hermosa. La tuve para ser feliz y hacerla feliz, si yo, no lo soy, le estaría fallando a ella. No me importa si me quieres pasar dinero o no. O si no me quieres como yo te quiero. Me he dado cuenta de que al menos hay un hombre maravilloso y como ese, habrá más aunque antes no lo haya encontrado.

—¿Dónde quieres llegar con todo esto Eva?

—Quiero que me digas si quieres un compromiso serio conmigo. Si no es así, me voy de este edificio, más lejos, de dónde vine o algunas manzanas más cerca de mi trabajo y la guardería. Por supuesto puedes llevarte a la pequeña cuando quieras o sacarla de paseo, pero de momento no entrarás a mi casa. No puedo verte. Quiero olvidarme de ti, lo siento, sé que tienes una lucha interna, pero yo, no la tengo. Si quieres seguir libre como ahora, me lo dices. Tienes hasta mañana lunes por la tarde para pensarlo. Ahora me voy, estoy cansada. Creo que te he dejado claro mis sentimientos por ti, pero bajo ningún concepto voy a ver a mujeres y yo en medio cuando te parezca. Ya te dije que no soy de esas. Soy para toda la vida. Puede que las cosas salgan mal, no hay garantías, pero... Bueno me voy. Ya lo sabes. Mañana me das tu respuesta y si es que no, empiezo a buscar casa.

Y cogió las cosas y el coche de la pequeña y se fue de allí sin que Izan se levantara del sofá siquiera.

—Perfecto Izan, pero al menos me he quedado a gusto. Es lo que debería hacer. Ya está hecho, la pelota está en tu tejado. No te permitiré nada más. —Dijo hablando sola.

Y esa noche cuando acostó a su hija, se duchó y puso una colada. Se tumbó en el sofá y se hizo una ensalada viendo la televisión.

Tenía paz. No sabía cómo estaba Izan, pero ella estaba bien por primera vez en su vida. Todo dependía de él y de su lucha, porque sabía que le gustaba a Izan, pero también sabía que si la aceptaba se sentiría atado.

Bueno, eso era una familia, estar atado a otra persona por amor, no era tan malo, otra cosa era estar siempre entre las piernas de una chica cada fin de semana sin compromiso.

La puerta sonó. ¡Qué rápido lo había pensado!

Abrió la puerta y allí estaba serio con la mano apoyada en la puerta. La miró...

—No puedo dejar que ganes esta batalla Eva, ni puedo dejar que me condiciones, presiones o...

—¿Crees que es una batalla?, te quiero Izan, no es una batalla, es un sentimiento. No te presiono, me gustaría que sintieras lo mismo por mí, pero ahora sé que no es así.

—Eso no es cierto, te deseo más que a ninguna mujer que haya tenido, ¿Por qué no te conformas con pasar momentos conmigo? Cada uno tiene su independencia.

—No practico el amor libre.

—Lo siento Eva, cuando tengas la nueva dirección, me la pasas. Te seguiré enviando el dinero para la niña.

Y Eva, le cerró la puerta en las narices.

Lo que tardó en cambiarse de apartamento más cerca de su trabajo y de una guardería, fue una semana. El apartamento era coqueto, salvo que era más pequeño, pero le venía mejor, su dormitorio con baño y el de la pequeña, y otro de invitados. Y un despacho mediano que daba al salón.

Lo pintó antes de entrar y un salón y cocina, un baño con cuarto de lavado y los muebles eran bonitos. Además pagaba tres mil quinientos dólares con comunidad. Más barato que el anterior. Y tenía un aparcamiento para el coche, piscina y gym, aparte. Con bono, como el primero que ella alquiló, bueno por ciento veinte dólares podría si quería ir.

Aunque con la niña, mejor era andar. En un piso quince. Le encantaba, porque estaba cerca del trabajo y de la guardería.

Mantuvo a Marta un día a la semana, la casa estaba pintada y había mandado también limpiarla a fondo, por la pequeña y consiguió que una empresa de mudanza se llevara la ropa, la habitación de la pequeña y los objetos, libros y el despacho suyo.

Lo que había en la nevera, le echó Marta una mano, se quedó con la pequeña y mientras Marta coloca el viernes, ella bajó a hacer una compra. Y el sábado estaba en su nuevo apartamento, limpio, y pintado, pequeño y coqueto. Precioso y a un cuarto de hora andando del trabajo. Más cerca, con la guardería a cinco minutos.

Cuando el domingo le envió la dirección a Izan, éste, no se lo creía. Había ido unos días de viaje a Filadelfia y aún seguía enfadado con ella, pero no la creía capaz de irse.

—No era un farol. —Se dijo.

Bueno, si ella quería eso, no lo querría demasiado.

También llamó a los padres de Izan y les dijo que se había mudado porque así estaba más cerca del trabajo, pero ni los padres de Izan ni Arni y Nani, se creyeron nada.

Ese fin de semana Izan no vio a su hija, ni esa semana tampoco.

El lunes cuando llegó al trabajo habló con Arni y le contó todo.

—¿Que se ha ido?

—Sí, a mitad de camino de su trabajo.

—¿En serio le dijiste que la casa era tuya?

—Sí, lo sé, lo sentí en el alma.

—Por dios Izan, no puedes ser más estúpido, una mujer como esa, te quiere y tiene a tu hija, que es igual que tú, la deseas... ¿Y qué haces? echarla en brazos de otro. Está preciosa, es un bombón de mujer, guapa inteligente. Y...

—Sí, ya lo sé que está muy buena, pero salgo con chicas mucho más espectaculares.

—¿Y te compensa?

—No, pero no quiero compromisos, joder, no quiero casarme ni con ella ni con nadie, ni niños ni nada, quiero tener mi trabajo y estar solo como antes, hacer mi vida.

—Pues no te digo nada más, tú mismo.

Y nunca le sacó más ese tema. Arni estaba cabreado y Nina, ni se atrevió, sus padres también, pero él les dejó bien claro su postura.

—Ahora ya no la veremos. —Dijo el padre, que era quien más lo sentía.

Y era cierto, porque Eva no pensaba ir a la floristería, si dejar que la vieran en su casa, y a Izan, si quería, tendría que llevársela.

A primeros de septiembre metió a la pequeña en la guardería. Tenía ya cinco meses y era preciosa, chapurreaba algunas palabras y ella quiso que se acostumbrara a la guardería antes de entrar a trabajar ella el día once. Así podía solucionar algunos temas como el del banco, por ejemplo.

Izan no había ido a ver a su hija desde que se cambió de apartamento y no había llamado una sola vez, así que como hizo con el apartamento, rechazó en el banco los tres mil dólares mensuales que le pasaba por la niña. No tenía sentido que los cogiera, si no la quería, ni la veía, ni llamaba para ver cómo estaba, se acabó. Mejor para ella. Y esta vez no esperaba ni que Izan la llamara para nada.

Y porque no podía cortar todos los lazos con él, porque estaban los abuelos, que pasaban los sábados por la tarde un par de horitas a ver a la pequeña en cuanto cerraban la floristería. A veces iban a comer juntos y le daba pena, ver a los padres tan contentos con su nieta.

—Ahora no puedo con la niña pasar por la floristería Alfred —le decía Eva.

—Lo se hija, no te preocupes.

—Me gustaría, echo de menos sus charlas.

—Bueno, pero hablamos un par de veces a la semana y venimos todos los sábados.

Nunca le hablaban de su hijo y ella ni les preguntaba.

Y entró de nuevo al trabajo y todo comenzó a rodar. Era feliz y conseguía ahorrar un dinerito todos los meses. Los domingos iba con la niña al parque y se quedaban allí tomando el sol o jugando con una manta que llevaba. A veces llamaba a su amiga Olga de España, o la llamaban algún fin de semana Nani y Arni para ver cómo estaba la pequeña, pero obviaban hablar de Izan, y ella lo agradecía.

Un sábado por la mañana de octubre, recibió una llamada, era Mat, el hombre que conoció en Boston. Tanto tiempo y no pensaba que la llamaría a esas alturas.

—¡Hola española!

—¡Hola Mat! Dios mío cuanto tiempo..., ya no recuerdo ni tu cara Alabama —y él se rio tras la línea.

—Me he acordado mucho de ti, pero ya sabes, tenías un panorama amoroso algo difícil y soy un hombre que no le gusta estorbar.

—No estorbabas ni molestas.

—¿Y qué pasó, con aquello si puede saberse?

—Me cambié, seguí tu consejo, ni la ha visto, ni ha llamado para ver cómo está su hija, así que he rechazado del banco el dinero que me pasaba por ella. Me da pena por mi hija, pero ahora sé que ni me quería ni quería a su hija. Tener a tu hija una hora al día no es tenerla. De todas formas él nunca pidió tener una hija. Y aquí estoy de nuevo en el trabajo, y llevo a mi peque a la guardería.

—¿Qué haces esta tarde?

—Vienen los abuelos un rato a verla, pero se van sobre las seis. Pero si quieres cenar tendrás que venir porque a estas alturas no encontrarte una canguro, me tienes que avisar con tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que te estoy invitando? —Bromeó.

—¡Qué tonto! —Se reía Eva.

—Anda dame la dirección y estoy sobre las siete y media, ¿te viene bien?

—Sí, si te gusta la comida española.

—Me atrevo con todo.

—¡Está bien!, te paso la dirección. ¡Qué alegría, de verdad Mat!

—Lo mismo digo, hasta luego guapa.

Y pasó la tarde nerviosa, no sabía qué ponerse cuando los abuelos se fueron. Por la mañana preparó la cena.

Se pondría unas botas altas, medias y un vestido por encima de la rodilla de manga larga, finito. Se miró al espejo, maquillada y peinada, con perfume, era otra soca.

Estaba guapa, había perdido algunos kilos desde que viera a Mat en Boston. Había puesto la mesa, con detalles, pero sin la comida.

A las siete y media en punto, ya tenía a la pequeña comida y bañada, pero no se había dormido aún y la tenía metida en un parquecito con juguetes.

Sonó la puerta y el corazón le iba a cien por hora. Era la primera vez que entraba un hombre en su casa.

Abrió la puerta,

—¡Hola Mat, qué guapo! ¿Y el traje? —Mat iba con un pantalón estrecho gris y una camisa gris igualmente, una cazadora negra que se quitó y la colgó en la percha de entrada —era todo un tipazo. No se había dado cuenta en Boston, pero ahora sí que se dio.

—Creía que era una cena informal. Y le dio un ramo de rosas blancas preciosas y una botella de vino

—¡Qué detallista!

—Soy un caballero. —Y la abrazó.

Mat olía deliciosamente y hacía tiempo que no se acercaba a un hombre.

—Venga pasa al salón, pongo las flores en agua. Son tan bonitas...

—¿Y esta pequeña es Madi?

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Sí, tengo buena memoria, es preciosa, como su madre.

—Gracias, ¡qué halagador!

—Bueno, tu casa es coqueta, como tú —mirando alrededor.

—Nunca he sido coqueta. Anda siéntate, ¿quieres una cerveza antes de comer?

—Sí, o vino, lo que te parezca.

Y puso unos frutos secos, aceitunas y un par de cervezas en el salón. Y se sentaron.

—A mí me lo parece, me gusta la casa, es acogedora y bonita.

—Es más pequeña que la que tenía, pero también más barata y cercana a la guardería y al trabajo. Y con eso tengo bastante.

—¿Y qué me cuentas de tu tema?

—¿De qué tema?

—Ya sabes, del padre de Madi.

—Te hice caso, sabes, me diste el mejor consejo, hablar con él directamente y en cuanto llegué, ese mismo domingo, le dije todo.

—Y...

—Se lo tomó como un reto. Como que lo estaba poniendo en una encrucijada, creía que no iba a ser capaz de hacer lo que he hecho.

—¿Y qué has hecho?

—Para empezar, venirme aquí. Desde que me vine, ni ha llamado a la pequeña ni ha venido, así que lo segundo que hice, fue rechazar su dinero para mi hija. No le quitaré el apellido por deferencia a sus padres que vienen todos los sábados a verla y salgo a comer con ellos o damos un paseo y tomamos café, o nos quedamos en casa, depende. Me da pena, pero no lo nombramos.

—Señal de que les ha leído la cartilla a sus padres.

—Eso creo. Pero no me importa, ¿sabes Mat?, soy feliz, estoy contenta, libre y me gusta la vida que tengo con mi hija.

—No te he llamado antes por una razón, Eva.

—¿Qué razón?

—Me gustaste, mucho, pero tenías que resolver tu problema, sin embargo, no he dejado de pensar en ti.

—Mat, yo... tú también me gustaste, pero tenía que resolver eso antes.

—Pero ya lo tienes resuelto y estás preciosa.

—Sí, parece que con la vuelta al trabajo he recuperado la figura.

—No me refiero a eso, me refiero a que estás preciosa. No me importa tu figura, aunque es estupenda.

—¡Qué tonto que eres!

—Sí, espero que me conozcas mejor.

—¿Quieres que te conozca?

—Y yo a ti, ¿qué te parece?

—Eso quiere decir...

—Que podemos salir juntos a ver qué pasa, ¿qué te parece la idea?

—¿Y Madi?

—Madi viene en el paquete, ¿no?

—Sí, gracias.

Y se acercó a ella y la besó. Le temblaban los labios y el cuerpo.

—Vamos chiquita, no tiembles.

—Es que hace tanto tiempo Mat...

—Y ahora vengo yo, aquí como...

—Un huracán

—Sí, —y Mat, se reía, —pero has estado conmigo aquí —señalándose la cabeza y el corazón

—y deseaba que saliera como ha salido, perdona que haya sido egoísta. No quiero que te salgan mal las cosas, pero te quería para mí.

—¡Qué cosas tienes Mat! Si apenas nos conocemos.

—Para eso está el tiempo, ¿no?

—Sí.

—La pequeña Madison se ha quedado frita. No le interesa nuestra conversación.

Y Eva, se reía. Mat, la hacía reír, era irónico e ingenioso.

—Espera y la acuesto.

—Espero.

Para Mat, desde que la vio en Boston, había sido una suerte conocerla, le gustaba, mucho y estuvo a punto de llamarla mil veces, pero tenía cierto miedo a que el padre de Madi, se hubiese comprometido con ella, pero era un idiota, si dejaba a Eva. Era maravillosa, ingenua, buena, y estaba buena, lo ponía duro y lo excitaba si pensaba en hacerle algo.

Le había dado un beso inofensivo, pero esa noche no iba a terminar así, o no se llamaba Mat Booner.

Mat, era un luchador nato, se había criado con su abuela en Alabama cuando sus padres murieron en un accidente, y hacía dos años su abuela había muerto también. No tenía hermanos y su familia, tíos y primos estaban todos en ese estado. Había luchado desde que salió de la universidad y con el dinero que le dejaron sus padres y que su abuela le dio de ellos cuando acabó la carrera, montó una pequeña empresa y ahora la empresa había crecido. Eva no sabía que su empresa era tan enorme, pero Mat, a sus treinta años, era todo un millonario.

Sin embargo, siempre fue el chico sencillo de Alabama. Al contrario que Izan, él prefería otro tipo de mujeres. Y aunque cometió el error de casarse al terminar el instituto, recuperó el tiempo perdido, estudiando y trabajando y se relacionó de gente inteligente y trabajadora.

Vivía un par de manzanas más abajo que Eva, y no lo sabía, claro que su apartamento era carísimo, era una de las cosas que le encantaba, la ropa y la casa, los coches por el contrario a todos los hombres, los prefería prácticos.

Su casa era maravillosa y no le faltaba nada, no era minimalista, era un hogar, como le pidió a la decoradora un par de años atrás cuando la compró. Antes, estuvo en un apartamento alquilado, pero ahora cada detalle estaba hecho para la comodidad. Tenía 350 metros cuadrados, demasiado para él solo. Un pequeño gimnasio, cinco dormitorios y un gran despacho, un salón grande con comedor para seis y una cocina con una isla de espacios abiertos en tonos azulones, como la casa, en gris y azul, daba una serenidad, como si estuvieses en el mar. Las vistas maravillosas a la avenida. Un piso veintiuno, y una señora para la limpieza y la cena de nueve a dos de lunes a viernes. Kate.

Pero eso no se lo diría a ella hasta conocerla, aunque en lo que la conocía, el dinero le importaba bien poco. Y eso le gustaba de esa mujer. Se había cambiado a algo más pequeño y barato para ahorrar para su hija. Un punto a su favor. Y estaba sola como él.

Que tuviese una hija, no le importaba a Mat. Si conseguía casarse con ella, sería hija suya y tendría más hijos con ella, eso seguro, y no uno, dos al menos.

—Bueno, ya está dormida. ¿Comemos?

—¿Qué me has preparado mujercita?

—Estás bromista ¿eh?

—Perdona.

—No, si me gusta.

Y él se levantó a ayudarle a poner la mesa

—Si casi la tienes puesta. Es un honor.
—Me gusta tener visitas.
—¿Tienes muchas?
—Los abuelos de Madi y tú.
—¿Sí? —y se puso tras ella en la cocina atrapándola contra la encimera. Y la abrazó por detrás.
—Mat...
—Ummm... ¡Qué bien hueles, preciosa! —y la besó en el cuello.
—No me hagas eso.
—¿No te gusta?
—Diría que no es eso precisamente.
—No me has contestado.
—A qué...
—A si salimos juntos —y subió las manos por los pechos de ella.
—Si me lo preguntas así —empezó a gemir ella.
—Así como —y le pellizcó un pezón, por encima del vestido.
—¡Oh Dios Mat!
—¿Qué pasa pequeña? —sin dejar de acariciarla.
—Que me pongo colorada y me agito.
—¿Y eso es malo?
—No lo sé.
—Tonta, —y le levantó el vestido y metió las manos entre las medias buscando su sexo y ella las abrió y se echó atrás contra él y la besaba profundamente esta vez, sabía que se agitaba y se movía buscando placer y no tardó nada en entregarse a las manos de Mat.
—Ha sido muy rápido pequeña.
—Sí, hacía tiempo.
—Ven, deja eso, luego comemos.
Y la cogió de la mano y la echó en el sofá, le quitó las medias y el vestido
—Eres preciosa, mujer, mira cómo me pones —y ella tocó el sexo de Mat, por encima de los pantalones y estaba duro y largo y lo deseaba.
—Una vez desnudos, el sacó un preservativo, se lo puso y entro en su interior despacio.
—Dios nena, ¡oh Dios! —Besando sus pezones y la cogía por las caderas. Eva gemía y gritaba su nombre y avivaba el viento.
—No corras tanto Eva, que... por Dios chiquita que no te aguanto, para loca...
—No pares, no pares Mat.
Y él no paró y tuvieron un orgasmo, juntos y un deseo más allá de lo carnal.
—¡Oh Dios Mat, madre mía!
—Espera que me recupere, tan pequeña y tan...
—¿Qué?
—Que me pones demasiado.
—Eso me gusta.
—¿Ah sí? deja que descansa, pero no seas tan loca.
—Es que no lo he hecho hace mucho y estás muy bueno —y Mat, se reía.
—Voy a tener que compensarte en una noche guapa.
—No hace falta en una noche, pero esta noche, tendrás que compensarme en parte.
—¿Qué mujer más loca!

—Estás muy bueno y eres guapo, alto y esto... Tocándolo sin vergüenza alguna, como si se conocieran de toda la vida —esto está pero que muy bien puesto.

—¡Dios, me vas a poner colorado a mi ahora!

—Vamos dime desde cuando no lo has hecho. Y se pegaba a él como una gatita en celo, acariciando su pecho.

—Para qué quieres saberlo, ¿eres celosa?

—No, si no medan motivos, pero quiero saberlo Mat.

—Antes de julio. Desde que te vi no lo he hecho.

—¿En serio?

—Y tan en serio, ¿por qué creías que no podía aguantar después de tanto tiempo?

—No es tanto.

—Casi tres meses es mucho, loca.

—Estoy tomando anticonceptivos.

—¿Y eso por qué?

—No sé se, lo pedí al ginecólogo por si...

—Izan volvía contigo.

—Sí, pero, si estás bien...

—Estoy perfectamente. Siempre me he protegido, pero contigo que te conozco, voy a hacer una excepción.

—Te dejo.

—Ahora eso sí, te digo que no sé si aguantaré tanto como la primera vez.

—Pero si no has aguantado nada.

—Será... —Y Eva se reía.

La noche fue fantástica para los dos, Eva podía volverse loca por ese hombre que la hacía reír, era agradable y la trataba como merecía, era pasional, se lo hizo en la cocina y contra la pared. Y en la cama.

Cenaron tarde al final, en ropa interior.

—Nena... ¡Que bien cocinas!

—¿Te gusta?

—Sí. Está todo buenísimo.

—Me gusta hacer la comida.

—Pues está buenísima. ¿Me vas a dejar quedarme esta noche?

—No sé, me lo pensaré.

—¡Qué mala eres conmigo!

—Claro que te quedarás, no pienso dejar que te vayas a ningún lado.

—Acaparadora.

—Sí, me gustas mucho, y te lo digo en serio Mat, tú me diste los consejos para ser franca.

—Tú también me vuelves loco, nena.

—Pero tengo miedo, lo he pasado tan mal siempre...

—No puedes renunciar a conocer algo bueno por miedo.

—¿Tú eres algo bueno?

—Puedo serlo para ti y para tu hija, me llamará papá si seguimos juntos.

Y ella se emocionó.

—Vamos tonta. A mí no me importa que tengas una hija de otro hombre, no voy a hacer excepciones si algún día nos casamos y tenemos más.

—¿Eres de lo que se casan?

—Sí, soy de los que adquieren compromisos en la vida.

Y ella se sentó en sus piernas y lo abrazó.

Y Mat, la apretó fuerte y supo en ese instante que quería estar con ella toda la vida.

CAPÍTULO NUEVE

A partir de ese momento toda su vida giraba en torno a Mat y a su hija.

La llamaba por las noches cuando cenaban y hablaban una hora sobre el trabajo y sobre todas las cosas. Los fines de semana, se iba a casa de Eva, aunque se llevaba su maletín y trabajaba algunas horas, ella lo dejaba en su despacho.

Cogía a su hija como si fuera suya, y el sábado cuando venían los abuelos él decía de irse hasta que se iban, pero a los tres fines de semana, ella dijo que no, que no se fuera y les presentó a Mat.

No le sorprendió a los padres de Izan nada, sabía que algún día ella tendría una vida y que su hijo no la quería. Y Madison, en el restaurante, mientras Mat, hablaba con el padre de Izan, le dijo a Eva.

—Lo siento Eva, mi hijo es único y lo quiero más que a mi vida, pero se arrepentirá algún día de esto. Te pido perdón. Y Eva la abrazó.

—Su hijo es su hijo y ustedes son los abuelos de su nieta y nunca se la negaré y seguiremos quedando los sábados haciendo lo que hacemos con Mat, también hasta que ustedes quieran.

—Nos gusta Mat, es un buen hombre, y es guapo y formal.

—Gracias, Madison, me hace muy feliz, de verdad. La niña lo quiere y me mimas y me trata muy bien. Creo que me estoy enamorando por primera vez en la vida y tengo ya veintisiete años.

—Ya era hora mujer —y se reían.

—Venga vamos a pedir café y tarta o lo tomamos en otro sitio.

—Aquí, que hace frío para la peque ya.

—¿Qué van a hacer en Acción de Gracias, comerán con Izan?

—Este año no, estará en California, se van Arni, Nani y él y una chica.

—Ah pues comeremos en mi casa. Iré a buscarlos y luego los llevamos, nada de que vengan solos, ni se queden solos tampoco ese día especial.

—No podemos hacer eso hija.

—Cómo que no, somos familia, yo me encargo de todo. Se vienen a casa y cenamos los cuatro con la pequeña.

—Si no molestamos a Mat...

—A Mat le encanta que haya gente, Madison.

—Entonces está bien.

—En eso quedamos. Falta medio mes.

—¡Qué buena eres!

—Mientras, Alfred hablaba con Mat, de su floristería y de la empresa de Mat.

—¿La quieres?

—¿A quién?

—A Eva.

—Creo que desde la primera vez que la vi en Boston.

—Somos como sus padres, no la hagas sufrir, ya mi hijo hizo bastante. Se arrepentirá de esto algún día, estamos tan tristes..., pero ella es tan buena, con nosotros, es una mujer especial.

—Lo es. Maravillosa.

- Trátala bien, ya no existen mujeres como ella.
- Eso hago Alfred. Pienso casarme con esa mujer.
- Me alegro hijo. Tú sí que sabes.

El jueves de Acción de Gracias, Eva, preparó la cena mientras Mat iba a Brooklyn a por los padres de Eva y después de cenar, mientras ella recogía, los llevó. Ya eran mayores y no quería que fuesen solos por ahí.

Además les dio comida porque sobró un montón y se la repartieron. Los abuelos disfrutaron mucho esa noche con ellos y su nieta y Eva sabía que hubiesen preferido que estuviera Izan en vez de Mat, pero aprendieron a querer a Mat.

En Navidades, lo pasaron solos, en casa de Eva y se dieron los regalos. Y el veinticinco salieron a dar una vuelta.

- Vamos a mi casa.
- Sí, ¿vas a enseñarme tu casa?
- Y la empresa.
- Pero si está cerrada...
- Tengo las llaves. Soy el dueño.
- ¿Y eso por qué, hoy?
- Porque no has venido antes, todo lo celebramos en tu casa y quiero que entres en mi terreno.
- Peligroso.
- Peligroso me volveré a la vuelta.
- ¡Cómo me encanta! —Mirándolo con admiración.
- ¡Qué pervertidilla eres!
- Contigo solamente.
- Como debe ser.
- Venga, luego comemos fuera.
- Sí, porque cena tenemos. ¿Te quedas esta noche o te vas?
- Me iré a mi pesar, mañana madrugamos, nena.
- Es verdad,
- Pero tenemos la tarde, venga. Vamos.
- Y fueron a la casa de Mat.
- Pero si está aquí mismo. Este edificio es carísimo, Mat.
- Lo sé. Tengo una empresa cielo, y me gustan dos cosas, o tres, el perfume caro.
- Lo sé con total seguridad.
- La ropa.
- También lo sé
- Y la casa, me gusta estar a gusto en una casa.
- Vamos a ver esa casa cara que te gastas.
- Te gustara.
- Y cuando subieron...
- ¡Dios mío Mat!...
- Cierra la boca —y le dio un beso en los labios.
- Pero tienes de todo lo inimaginable adecuadamente colocado. Es una preciosidad. Da miedo tener niños aquí.
- No seas tonta. Aquí pueden entrar niños y mayores.
- ¿Pero cuántos metros tiene?
- 350 metros cuadrados.

—¿En serio?, por Dios, la cocina es enorme y el salón y tienes un comedor para seis precioso.
—Ven a ver... me encantan los colores. Es un aseo, un cuarto de lavado, Kate tiene una gran despensa en la cocina, aquella puerta.
—Y el despacho.
—Cabén tres, Mat, eres un exagerado.
—Ya te lo dije. A este lado mi dormitorio, un gimnasio pequeño, piscina hay abajo, y dos dormitorios. A este lado tres dormitorios.
—Es una exageración. Tienes cinco baños y un aseo.
—Sí. Y vestidores y una locura, Esta es la principal. ¿La estrenamos?
—¿Y la pequeña?
—Se ha quedado dormida.
—Pues la estrenamos —y tiró a Mat sobre la cama y se puso encima de Mat.
—Mujer, ¡que loca chiquita!
—Si me haces esas proposiciones...
—Déjame ver esos pechos que me vuelven loco y ella se desnudó en un momento y él se metió antes entre sus piernas.
—Pero no querías ver.... ¡Oh Dios Mat! Loco, madre mía, ummm...

Luego ella quiso hacerle el amor a él en su miembro y al igual que ella no podía resistirse,
—Oh nena, sí, Dios, me gusta, no corras tanto, Eva, por Dios... Y echaba la cabeza hacía atrás sintiendo un placer inmenso que solo esa mujer le provocaba.
—¡Dios, estás loca!
—Sí, por ti, y por esos ojos azules que tienes.
—Son azules como los tuyos —y déjame respirar, ya puedes quitarte de encima.
—¡Tonto!.., —Y lo besaba. El la abrazaba fuerte y la besaba hasta que se cansaba.
—Me gusta besarte y tocarte. Tienes una piel...
—¿Nos dará tiempo? Mirando el carro con Madi dentro.
—Si te das prisa —y él se colocó encima de ella y la penetró con pasión y fuerza y arrebatados tuvieron un clímax potente y poderoso.
—Eres el mejor.
—Lo sé.
—Y Eva se reía.
—Pues a ver si vienes más a mí casa.
—¿La compraste?
—Sí, es comprada.
—Sin hipoteca.
—Sin hipoteca.
—Eres un rico.
—Sí, estoy rico.
—Tonto.
—Tonta.
—Es que en la mía tengo las cosas de Madi, y tendría que ir y venir como una mula cargada.
—Eso es verdad. Vamos y te enseño la empresa y nos vamos a comer.
—Un ratito al parque cuando se despierte.
—Vale, y luego tomamos café antes de volver.
—¡Eres tan bueno!...

—¿En qué quedamos, estoy bueno o soy bueno?

—Las dos cosas, eres el mejor hombre que he conocido. Por eso estoy contigo, sin miedo ninguno.

—Ya llevamos dos meses juntos.

—¿Tanto?

—Sí preciosa tanto.

—El tiempo pasa volando.

Cuando Eva vio la empresa de Mat...

—¿Qué planta es?

—¿Todas? Son seis plantas Mat.

—Sí, mi empresa tiene seis plantas.

—¿Alquilada?

—No el edificio lo he ido comprando, la casa, la compré hace dos años.

—Pero Mat...

—Así ahora todo lo que gano es limpio, menos lo que pago de impuestos, sabuesos-y ella reía.

—Pero Mat, ese edificio vale millones.

—Mi empresa es una de las punteras de publicidad y marketing y trabajamos mucho, somos buenos y ganamos una pasta, publicidad en televisión, local, estatal y nacional.

—¿En serio?

—Sí, y campañas, las más importantes.

—No me digas más.

—Venga tira, te la enseñare. Quiero que veas mi despacho.

Y subieron planta por planta. Aquello era enorme, tenía un gabinete de abogados con tres abogados, según le dijo Mat, publicistas, creativos y la parte de marketing.

El despacho de Mat. Era enorme. Y precioso.

—Es... No tengo palabras. Mat.

—Dime pequeña.

—Ahora sí que tengo miedo, eres un tío rico de Nueva York.

—Soy un hombre sencillito de Alabama.

—Sabes qué quiero decir. Yo, soy una mujer normal con una hija, madre soltera, veterinaria a sueldo, fija pero a sueldo, con un apartamento normal alquilado y aunque tengo mis ahorros y gano un buen sueldo no...

—Ni sigas, no digas tonterías. Eso a mí no me importa.

—Pero a mí, sí. Podrías estar con una mujer guapísima.

—Lo estoy. No tengo que buscar otra.

—Tú me entiendes Mat.

—No, eres guapísima y me gustas y me pones mucho, nos divertimos y tu hija me llama papá, así que no pienses en tonterías Eva. Si estoy contigo es porque me gustas y si tú estás conmigo supongo que es porque estás loca por mí.

—Mira qué tonto vanidoso eres ¿eh?

—Anda, es broma, tengo hambre. ¿Qué te ha parecido la empresa?

—Grande y preciosa. Eres una persona hecha a sí misma, como dicen en las revistas, y trabajador, inteligente. El resto ya lo sabes.

—¿Qué tengo que saber?

—Luego te lo digo en casa.

—Ummm. Es una sorpresa.

—Sí, una sorpresa. Vamos a comer a un restaurante nuevo

—¿A pie?

—Sí, está cerca.

—¡Qué bonito!... ¡Pero si es un restaurante andaluz!, Mat, y se subió a su cuerpo y él la cogió como una niña.

—¡Estás loca!, no sé qué hago contigo, la verdad —le decía riéndose.

—Es andaluz, Dios, —y lo besaba por todas partes, sin importar donde estaban y eso le gustaba a Mat de ella, parecía una niña.

Por cualquier cosa de excitaba y disfrutaba de las pequeñas cosas. Había visto su casa y su empresa y sin embargo le importaba más comer en un restaurante andaluz.

Cuando entraron, el restaurante era precioso y los dueños eran sevillanos y ella ya se desató, los saludó, hablaron en español y pidieron tapas que a Mat, le encantaron y ella le hablaba de todo lo bueno de Andalucía.

Además estaba la carta en inglés y en español.

Al final los invitaron a un chupito. Y quedaron en volver porque estaba cerca y estaba todo buenísimo.

—Gracias Mat, ¡qué bien lo he pasado!

—Lo sabía. Sabía que te gustaría.

—Vamos al parque un rato.

Y se sentaron y ella se echó en su hombro, un rato, pero la niña quería montarse en los coches y toboganes y Mat, fue con ella.

—Quédate aquí tomando el sol, sé que te gusta, yo me encargo de Madi.

—¡Gracias guapo!

Mat, tenía una paciencia infinita con Madi y ella lo abrazaba, le decía papá y él la quería como si fuese hija suya.

—Esta niña no tiene fin —le decía a su madre.

—Lo sé, espera que empiece a andar, ya le queda poco, tendré la espalda molida.

El día de los enamorados, llevaban saliendo ya más de cuatro meses, aunque se conocían de antes y se conocían profundamente. Pero ese día Mat lo tenía claro y esa tarde pasó por su casa.

—¡Hola nena!

—¿Rosas rojas?

—Sí rosas rojas.

—¿Blancas no?

—Han cambiado de color.

—¿Y eso por qué?

—Porque te quiero, Eva.

—Mat...

—Sí, no me importa lo llevemos saliendo, pero te quiero, estoy loco por ti y sacó una cajita de terciopelo y la abrió. El anillo era precioso, de oro blanco con un diamante blanco mediano.

—Mat. Pero...

—¿Quieres casarte conmigo Eva Williams?

Y Eva empezó a llorar y se abrazó a él.

—Vamos nena, di algo, esto me ha costado una pasta.

—Claro que sí, te quiero, Mat Boomer, te quiero tanto...

—¡Qué miedo he pasado chiquita! Creí que ibas a ser más difícil, pero me has resultado muy facilona.

—A ver si me voy a arrepentir...

—No digas eso, venga —y le puso el anillo.

—Es una preciosidad.

—Como tú. Te toca poner la fecha.

—¿En junio?

—Buena fecha. Tengo muchos invitados.

—Yo los de mi trabajo y los padres de Izan, Arni y Nani.

—Tendremos una organizadora, se encargará de todo.

—Pero Mat...

—Por la iglesia, sé que eres católica.

—Sí, te quiero Alabama.

—Pues buscaremos una iglesia y tendremos la boda que mereces.

—¿Y dónde vamos a vivir?

—Mujer, en mi casa, es enorme. Quiero que cuando acabe febrero te vengas. Tengo a Kate, una señora de nueve a dos. Serás toda una señora dedicada a la pequeña.

—Tendré que despedir a Marta.

—Sí. No podemos tener dos mujeres para lo mismo.

—Está bien, a ver si la puedo recomendar. ¿Y los dormitorios?

—Eso está arreglado, nos llevaremos la de Madi, quito una y compramos otro despacho igual que el mío, el tuyo no pega.

—Bueno, pero me dejas pagar parte de la boda.

—No, solo la ropa y la de Madi, el resto es cosa mía.

—Mat, pero...

—No empieces Eva. No soy un mandón pero quiero hacer eso yo.

—Está bien.

—Si todo es nuestro, nena. Y ahora vamos a celebrarlo, —y se la echó al hombro y se la llevó al sofá, porque la pequeña jugaba en el parquecito.

—Eres un cavernícola.

—Me gusta, aprovéchate de mí nena que mientras Madi no se entere...

—¡Qué loco!...

Esa noche se le olvidó tomarse una pastilla anticonceptiva, con la locura, la excitación y el cansancio maravilloso que le dejó Mat en su cuerpo.

Al día siguiente en el trabajo todo el mundo sabía que se casaba en junio probablemente. Llamó a Arni y a Nani y a los abuelos de Madi y les dio la noticia.

Por supuesto Izan, se enteró. Nunca pensó que Eva se casaría. Si se casaba es que estaba enamorada de ese hombre y eso lo dejó hundido, pero qué esperaba. No había preguntado por su hija en meses, no le pasaba manutención y sin embargo su ego siempre pensó que ella vendría en su busca aceptando sus normas. Se había equivocado.

Cuando Eva le dijo que no era un reto, lo decía en serio. Y por primera vez en su vida tuvo envidia de ese hombre, por su tozudez. Criaría a su hija y amaría a la única mujer que amaba, que había sentido algo distinto con ella. La había perdido a las dos para siempre.

Nunca quiso hacerle caso ni a sus padres ni a sus amigos y ahora lo veía claro. Era además de un imbécil un mal padre y un monstruo. Y esa noche se emborrachó y lloró como nunca lo había

hecho.

A finales de marzo, estaban en casa de Mat viviendo.

—No sé si me acostumbraré a esta casa tan bonita, sin hacer nada.

—Lee, pasea con la niña, baja a la piscina por la tarde, yo me ocupo de Madi mientras trabajo, hazme cosas.

—Desde luego... ¿más todavía?

—No me quejo

—Creí que te quejabas. Ahora que estamos juntos y tenemos un maratón sexual al venir del trabajo. No creo que debas quejarte, además a mí me gusta. Pero tengo que decirte algo Mat.

—Mañana viene la organizadora. Nena.

—Mat...

—Dime cielo.

—Tengo que decirte algo.

—Dime que me estás poniendo nervioso.

—Cuando me diste el anillo...

—Sí, ¿lo has perdido?

—No mira lo tengo.

—¿Entonces?

—Esa noche se me olvido tomarme una pastilla y llevo un retraso de cinco días.

—¿Cómo?

—Lo siento, Mat, es culpa mía.

—Pero nena no lo sientas, vamos a tener que contratar a otra mujer para los niños.

—Yo hablándote de que puedo estar embarazada y tu pensando en contratar a otra mujer. ¿Crees que estaré? Si es, es solo de una semana o dos.

—Seguro, yo nunca fallo.

—¿Cuántas veces no has fallado?

—Ninguna, pero soy potente.

—¿En serio no estás enfadado?, no lo hice a propósito.

—No lo pienso, además, si tenemos hijos pronto, mejor.

—Compraré un test de embarazo.

—Voy a por uno, ahora mismo a una farmacia. —Dijo Mat.

—¿Ahora tengo que saberlo? No sé quién está más loco de los dos.

—No tardo nada, pequeña.

—Positivo Mat.

—¡Dios, qué guapa! pues adelantamos la boda o te casarás de cuatro meses.

—Pues en abril, a mediados, estaré de dos meses.

—Pues en abril, la organizadora debe darse prisa y pide cita al ginecólogo.

—¡Ay Dios!

—Tendremos que cambiar otro dormitorio.

—Sin problemas.

—Para ti no hay problemas cariño, pero qué locura, si no hace ni un año que he tenido una hija...

—Y qué, vamos a tener los hijos antes de que cumplas veintinueve, así luego a pasarlo bien y disfrutar de ellos

—Ay Mat, se me hará eterno.

—Tendrás ayuda, nena.

—Otra vez gorda. Ahora que había recuperado mi figura.

—¡Me encanta! —Mat, estaba encantado de la vida, y ella preocupada.

Tuvieron una semana agotadora con los detalles de la boda y el viernes al ginecólogo por la tarde.

Y ese fue el remate.

—Mat, no pudo ir, porque tenía una reunión importante a esa hora —y ella, se quedó pasmada cuando le dijo el ginecólogo que eran gemelos, que solía ocurrir cuando se tomaban pastillas anticonceptivas y se dejaban de tomarlas.

—Las dejé al final de mes, solo se me olvidó una.

—Con esa es suficiente. —le dijo el ginecólogo.

—¡Dios mío dos hijos!

—Tienen corazones fuertes.

—Serán preciosos, lo sé-Dijo Eva.

—Pero ya tengo una que no ha cumplido un año siquiera.

—No tienes nada especial que hacer salvo cuidarte. Te haré unos análisis y te vienes la semana que viene, y hablamos. A la misma hora.

—Está bien. Hasta la semana que viene.

Cuando llegó a casa, ya estaba Mat allí, impaciente.

—¿Qué pasa cielo?

—Vamos a tener gemelos idénticos, eso pasa, potente. Y se abrazó a él

—¿Cómo?

—Tú tan potente y yo tan olvidadiza.

—Dos niños...

—O niñas.

—Serán niños, seguro, ya tenemos niña, tenemos a Madison.

—¡Oh Dios! estoy contenta, pero estoy... no sé.

—¡Vamos mujer!

—Es que tres hijos, Mat, somos muy jóvenes.

—Puedo alimentar a mi familia.

—Lo sé, no es eso, es que va a ser una locura.

—Sí, vamos a empezar por eso.

—Tonto, siempre me quitas las preocupaciones.

—Para eso tienes a tu hombre.

—¡Ay Mat!...

—Sssshhh calla chiquita. Me gustan las grandes familias. Somos hijos únicos y estamos solos, ahora seremos una gran familia.

La boda fue maravillosa, los abuelos estuvieron pendientes de la pequeña y tuvieron más de 200 invitados en uno de los hoteles más lujosos de Manhattan, la iglesia una preciosidad y ella nerviosa como nadie. Alfred, el padre de Izan, la llevó al altar con orgullo y emoción. Era como su padre y le dijo que sí, por supuesto cuando ella se lo pidió.

Cuando llegó al altar, allí estaba el hombre de su vida y ella temblaba de la emoción.

—Tranquila mujer, solo te casas con el hombre más guapo que has conocido —le dijo Mat —y

tuvo que reírse.

—Embarazada de dos meses y dos gemelos.

—Embarazada de mí, me encanta —y ella le sonreía con esa sonrisa preciosa que a él le encantaba.

Era su mujer y Mat no podía ser más feliz. De no tener familia ahora iban a ser cinco y los abuelos de Madi adosados.

Al final Mat, se salió con la suya. Eran niños. Mat y Alfred, por el padre de Eva. Que coincidiera el nombre con el padre de Izan no les importó a ninguno. Era una casualidad y a todos les encantó. Eva, le dijo que era por sus dos padres, porque el padre de Izan, era como un padre para ella.

Y antes de Acción de Gracias vinieron los niños al mundo. Cuando Mat tenía treinta y un años y Eva veintiocho.

Mat, era el hombre más feliz del mundo. Dos hijos iguales de ojos azules y pelo claro como sus padres.

—Te quiero preciosa, te amo.

—Y yo a ti.

—Tendré que trabajar mucho con tanto hijo. Si quieres dejar de trabajar Eva... podemos permitirnoslo, lo sabes,

—No, no lo haré. Tendremos una mujer para los chicos y Kate para la casa. Podré pagarlas y la comida con mi sueldo, y me sobraré para comprarles lo que necesiten

—¿Y yo, entonces?

—Tú ya has puesto bastante. Tendremos que guardar para los estudios y salir a cenar juntos alguna vez solos, al menos una vez al mes.

—Eso me parece estupendo. Unas escapadas solitos, o nos volveremos locos.

—Está bien. Ya la he pedido, está en casa con Kate. Le está dando instrucciones. Los has querido poner juntos.

—Sí, cuando sean mayores los separamos.

—Me parece bien, mi amor.

—Te quiero.

—Y yo a ti, chiquita.

CAPÍTULO DIEZ

El tiempo pasó veloz. La vida con Mat, era maravillosa. Estaba locamente enamorada de Mat, porque ese hombre, era el gran amor de su vida, irónico y divertido, un amante inigualable, un gran trabajador y un gran padre para sus hijos. Todos por igual.

Madison lo quería tanto como si fuese su propio padre y no le contaron la verdad hasta que fue al instituto.

Era una chica guapa y adorable y rompía ya los corazones de los chicos, era alta, y preciosa y Mat, le daba buenos consejos acerca de la vida y de los chicos.

—Cielo, esta niña es preciosa —le dijo una noche —romperá muchos corazones. No es como tú.

—Mejor, porque yo era una miedosa de cuidado, pero contigo... Contigo fue como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿No piensas alguna vez en él?

—¿En quién?

—En Izan, aunque sus padres se han jubilado, vamos a verlos a la residencia, que no sé cómo ha consentido meterlos allí.

—Yo tampoco lo hubiese hecho, pero él es independiente, si no ha cambiado, y no, no pienso en él, de hecho he ido varias veces a ver a los niños de Arni y Nani y no me lo he encontrado ni lo he visto ni nada. No, no pienso en él. No le interesa su hija y a mí no me interesa él. Aunque los abuelos están mejor en una residencia. Es de lujo, eso sí.

—¿Y si me pasara algo?

—Algo como qué Mat?

—No sé, un accidente, y te quedas sola con los chicos.

—¿Quieres hacerme llorar?

—Jamás en la vida, pero puede ocurrir.

—También puede ocurrirme a mí.

—Pero te lo pregunto yo, si me ocurre algo, quiero que seas feliz, que no renuncies al amor de nuevo.

—No lo haré porque eres mi amor.

—Eva, te lo digo en serio. Querría que fueses feliz.

—Y yo también, pero nos jubilaremos juntos y seremos dos viejitos en una residencia, quizá no se esté tan mal. Tendremos de todo.

—¡Qué tonta que eres! Prométeme que serás feliz.

—Te lo prometo si te quedas tranquilo, y tú también, me lo prometes a mí.

—También, pero yo no soy como tú.

—Mejor, no me gustan las mujeres.

—Tú eres una romántica, Eva, en serio.

—Quiero dejar ese tema, recuerda que me lo has prometido, alguien que te valore.

—Mat, tienes cuarenta y cinco años, ¡estás tonto!

—Sí, tonto y loco por ti.

Dos años después, Nani, la llamó porque había muerto la madre de Izan y fue la primera vez que lo vio después de dieciséis años.

Él tenía ya cuarenta y seis años, como Mat, eran de la misma edad y ella cuarenta y 43. Aún se conservaba bien y llevaba del brazo a una chica que parecía ser su hija, no le echaba más de treinta años. No tenía solución.

Ella estuvo un rato en el sepelio y luego se fue a casa, tras darle el pésame, solo intercambiado una mirada y las palabras necesarias acerca de su madre y su hija. Además fue ella sola.

Ya irían después otro día los tres al cementerio a llevarles flores.

Eva visitaba los miércoles por la tarde un rato a Alfred en la residencia y se quedaba con él una hora al menos, pero estaba tan triste... Echaba de menos a Madison y no pudo soportarlo y murió otros dos años después de Madison y ocurrió lo mismo.

Y del brazo de Izan había otra mujer distinta, al menos parecía estar cerca de los cuarenta.

Y eso fue todo.

Todos los años posteriores Mat y ella iban a llevarles flores a la tumba de los abuelos.

Y el tiempo proseguía y se encontraron con sus tres hijos en la Universidad de Harvard, todos se quedaban en el campus y todos estudiaron Publicidad y Marketing.

Mat estaba satisfecho y orgulloso de que todos quisieran seguir sus pasos y como la empresa había crecido más aún, todos sus hijos trabajarían al salir de la Universidad con él, y los tendría a todos juntos.

Madison terminaba la carrera, y hacía un Master, y sus hermanos iban dos años retrasados.

Tenían veintitrés años Madison y años y los gemelos veintiuno.

—Mat, ahora sí que esto es un dineral lo que gastamos en la universidad, aunque ya sabes que no me pesa.

—No importa, mujer, ya sabes que tenemos para que terminen y estoy mirando apartamentos, pero no en nuestro edificio.

—¿Para todos?

—Sí, todos son nuestros hijos chiquita.

—¿Estás loco?

—No, por qué, ¿no miras las cuentas alguna vez, mujer?

—Porque me da miedo.

—Sí, con lo que ahorras de tu sueldo están estudiando.

—¿Seguro?

—Seguro, conforme acaben les regalamos un apartamento, dinero para amueblarlo y un coche.

—No crees que debieran buscarse su propio futuro.

—Y se lo buscarán, les pagaré lo que se paga, pero son nuestros hijos, no seas dura mujer, son estuendos y buenos hijos. ¿No quieres que sean felices?

—Sí, quiero, pues si hacemos eso, lo serán, porque amor no les falta. Así que un apartamento, un coche y 300.000 dólares para que ellos se compren sus muebles. La decoración es cosa suya. Eso es personal. Pero el sitio les encantará, son unos apartamentos reformados en una zona de gente joven. Les encantará.

—Quiero verlos.

—Iremos el sábado.

—Me parece bien.

Y le pareció estupendo, porque eran maravillosos y Mat, los compró para ellos, los tres al contado, en distintas plantas, con tres dormitorios y despacho, nuevos a estrenar, recién pintados.

—Los coches y el dinero cuando se gradúen.

La primera que acabó fue Madison y se puso como loca. Quiso tomarse un mes para decorar su casa, se sacó el carnet y se compró su coche, y empezó a trabajar con su padre, al que amaba por encima de todo. Le encantaba la parte creativa y su padre le puso un sueldo como dijo, como el que pagaba en la empresa y ya era alto. Parecía toda una ejecutiva.

Dos años después, sus gemelos Alfred y Mat, hicieron lo mismo que su hermana y su padre le dio un puesto en Marketing a cada uno. Venían todos con ideas nuevas y su padre aceptaba las ideas y la reconversión de la empresa.

Solo les pedía que como vivían en el mismo edificio cuidaran unos de otros. No quería ver a sus hijos enfadados nunca por nada, ni envidia, ni competición de ninguna clase. Y no los vio, porque siempre estaban de bromas y se querían. En eso Eva había puesto su grano de arena y de amor hacía sus tres hijos y hacía Mat.

El tiempo corría veloz, sí, pero un día de primavera, corrió veloz y sin fortuna para ella.

Mat, salió al banco a una reunión de negocios y hubo un atraco al banco y recibió una bala perdida y murió en el hospital.

Su hija, fue la primera que se enteró. Llamó a sus hermanos y no sabían cómo darle la noticia a su madre.

Ella no pudo soportarlo, ¿cómo iba a vivir sola ahora, sin él?

Estaba sola de nuevo, como cuando vino.

Mat, había muerto a la edad de cincuenta y siete años y ella se quedó sola con 54 y joven aún.

Tuvo una depresión de un año y dejó de trabajar, perdió mucho peso y no dejaba de llorar.

El dinero no era problema para ella, pues Mat, le había dejado un seguro de vida de un millón de dólares, la casa en la que vivían, el dinero que tenían, que pasaba de los sesenta millones y la empresa la dejó a sus hijos a partes iguales. Así que sus hijos tuvieron que luchar jóvenes para sacar a su madre y a la empresa adelante.

Al año ella se fue recomponiendo y sus hijos le decían que debía irse de vacaciones.

—Mamá, ¿Por qué no vas a España?, papá y tú siempre quisisteis ir a Andalucía y nunca fuiste, vete unos meses. Te vendrá bien. Ahora estás mejor. Papá no querría verte así. Y Eva recordó la conversación que tuvieron años atrás, pero la había abandonado.

—Quizá lo piense hija, a lo mejor es una buena idea.

—Puedo buscar a mi amiga Olga y viajar unos meses.

—Hazlo mamá, ve también por Europa, tienes dinero, nos llamas, cómprate ropa bonita y vienes cuando quieras. Tienes mucho dinero y si te falta te daremos.

—Hija, tengo para no necesitar, además tengo el de mi jubilación también, que son más de quince mil dólares y con eso me va bien, además ahora no necesito a nadie en casa, salvo una vez a la semana. Si me voy y vuelvo, solo contrataré una chica un día.

—Bueno mamá como quieras, pero vete, te irá bien, el sicólogo te lo ha recomendado,

Papa, hace ya más de un año que no está y debes seguir viviendo. Eres joven y guapa y quiero verte feliz.

—¡Ay mi niña, cuánto os quiero!

Y un mes antes de irse, volvió a bajar a la piscina a diario, salía a pasear y a comer sola, o con sus hijos los domingos y se atrevió a ir al gimnasio. Ya no trabajaba y tenía tiempo de todo, de leer, de comprarse ropa, de estar en forma y dejar el sofá. Hasta cambió el sofá de casa.

Hizo caso a sus hijos e hizo una maleta. Solo una, porque pensaba comprarse ropa en España.

Fue el primer sitio que visitó, Sevilla. Se quedó en hoteles no demasiado caros, no hacía falta, estaba todo el día en la calle. Al final encontró buscando entre las vecinas a Olga. Al principio no la reconoció, porque habían perdido el contacto años atrás, pero luego, se abrazaron como si no hubiesen pasado los años, a Olga no le había ido tan bien y su madre había muerto diez años atrás. También se había quedado viuda y eso le ayudó a superar un poco su carga. Ella había estado también muy enamorada de su marido, murió de un accidente laboral.

Salieron a dar un paseo un par de días, pero ella estaba al cuidado de una nieta y no podía salir demasiado, porque era un bebé aún.

Pero se alegró de encontrarse con ella. Se recorrió Sevilla, había cambiado todo tanto... Se quedó una semana y otra fue a Huelva, Cádiz, Málaga, Jaén. Granada, Córdoba, Almería.

Pasó dos meses en Andalucía, tapeando y recordando a Mat y cómo se lo hubiesen pasado y por primera vez recordó su ironía y no su dolor. Empezó a recordarlo como el hombre maravilloso que había pasado por su vida.

Y aunque tuvo algunas miradas de hombres que no estaban mal, cuando tomaba algo en algún sitio, no estaba por la labor.

Quiso ver Madrid, la ruta de los castillos de Castilla León, fue al camino de Santiago e hizo dos semanas quedándose en albergues, aunque tenía reservado hotel, pero fue una experiencia maravillosa.

Teatros, espectáculos, y se quedó una semana en un convento, recapacitando y pensando, renovando su espíritu. Le hablaron de él en la ruta de los castillos y quiso ir a Soria y se quedó. Fue otra experiencia inolvidable.

Visitó Barcelona y bajó a Valencia y de allí a Ibiza y Palma de Mallorca. Todo era maravilloso. Todo le encantaba, e iba tranquila, sin prisas, sin planes rápidos.

De allí fue a Roma, Venecia, visitó la Toscana, Florencia, París, Londres, Dublín, Islandia y de allí terminó en Suiza, Suecia, Noruega y Finlandia.

Había sido un viaje maravilloso. No quería saber qué se había gastado pero se acercaba a cuatrocientos mil dólares. Podía permitírselo, y eso que iba en plan tapas y hoteles de tres estrellas, les llevó regalos a sus hijos y le costó irse. Había estado fuera siete meses. Mucho más de lo que pensó al principio.

Fue una regeneración total, un ver la vida de otra manera, no esconderse y seguir adelante. Tenía hijos por los que luchar y una vida para viajar y vivir. No sabía si se atrevería a conocer a hombres. Aún era pronto.

Cuando volvió a casa, sus hijos se alegraron de verla, había pasado casi siete meses fuera, y estaba fantástica y guapa.

—Mamá, y eso que no querías salir...

—Es verdad, pero ha sido todo tan fantástico...

—Pues haz un viaje al menos cada tres meses, viaja, ve al norte, a Montana a Wyoming, Canadá, California o San Francisco.

—Me voy a aficionar a los viajes.

—Pero si no gastas nada. Incluso puedes ir a los sitios cercanos en coche. Tienes dos coches, el de papá y el tuyo. No vendas ninguno y ve una vez en uno y otra en otro.

—¡Ay chicos! Estos son vuestros regalos.

—¿Una maleta entera? —Dijo Madi.

—Cuando huelas el perfume de París y vosotros también, veréis, y la ropa.

—Mamá, te has pasado.

—No, es lo que merecéis, ¿cómo va la empresa?

—Papá estaría orgulloso de nosotros.

—Siempre lo estuvo, así que tenéis que velar por ella, os dejó una buena herencia, dinero, casa y una empresa enorme para los tres, tenéis un buen sueldo y a final de año unas buenas ganancias a repartir.

—Sí mamá, el último año no te dijimos nada porque estabas mal pero tuvimos cada uno un millón y dejamos el mismo remanente.

—¡Qué hijos tengo! —dijo emocionada con orgullo.

—Así que cuando te falte, ya sabes.

—No me faltará, tengo mi sueldo y voy a llamar a una chica que me limpie. De momento me quedaré unos meses en casa.

Y eso hizo. Ejercicio, dar paseos, visitar la ciudad y los domingos iba al parque, desayunaba e iba caminando, se sentaba en su banco de siempre, que ya era otro distinto y leía alguna novela, y cuando se cansaba, cerraba los ojos y recordaba su vida, había sido feliz.

Años amargos, pero todo había sido felicidad y ella y Mat habían luchado mucho por sus hijos y había tenido la suerte de tener a ese hombre, cuando siempre pensó que se iba a quedar soltera,

Ya habían pasado tres años de la muerte de Mat y tenía 57 años, sin embargo, los dos últimos años, se había recompuesto, con dieta y ejercicios y había dejado las pastillas para la depresión y esperaba que alguno de sus hijos se enamorara y le diera nietos, pero esos no estaban aún por la labor.

Todo eso pensaba con los ojos cerrados y sintiendo el sol en la casa.

—¡Hola Eva! —supo inmediatamente quien era, pero no abrió los ojos. La última vez que lo vio se mantenía bien, parecía conservarse en formol ese hombre del demonio.

—¡Hola Izan! ¿Sabías que estaba aquí?

—Bueno, siempre has sido previsible, he venido muchas veces, pero no estabas.

—Tuve una depresión cuando Mat fue asesinado, y luego estuve siete meses en Europa, ahora llevó ya aquí otros cuantos meses descansando.

—¿Ya no trabajas?

—No, lo dejé ¿y tú?

—Sigo trabajando, pero nos han propuesto comprarnos la empresa. Una multinacional.

—Muy bien —y abrió los ojos y lo miró.

—Te conservas bien, ¿ya no sales con chicas jóvenes?

—No, eso lo he dejado.

—¿Por qué, sales con viejas ahora? —E izan se rio.

—No, tampoco.

—Bueno, seguro que has tenido una vida maravillosa de mujeres y sexo, como querías.

—Tú, has tenido una vida mejor que la mía y un hombre mejor que yo.

—En eso te doy la razón Izan, tuve a quién merecía.

—Lo siento por lo de Mat.

—Gracias.

—¿Y Madison?

—¿Ahora te importa? Tiene treinta y un años, pronto treinta y dos.

—Siempre me ha importado.

—¿En serio, cuándo?

—Siempre he sabido de ella, la he visto a todas sus edades, he ido incluso a la facultad y la veía de lejos, al instituto. Siempre.

—¡Mira qué bien! Un buen padre.

—No lo he sido, lo siento y es algo que ya no puedo solucionar. Cometí un error del que me arrepentiré toda mi vida.

—Eso ya lo sabían tus padres, y me refiero a tu hija, no a mí.

—No le has cambiado el apellido.

—No, no se lo cambie por deferencia a sus abuelos a los que quiso mucho.

—Lo sé ¡maldita sea Eva!

—Sí, maldita sea. ¿No te has casado?

—No, nunca.

—Cumpliste tu palabra, la de no casarte nunca ni tener hijos.

—Tengo una hija.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues deberías decirle que eres su padre y conocerla. Ya es hora.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no?, vas y le cuentas tu historia, a ver qué te dice, a lo mejor te perdona y puedes tener familia. Aún estás a tiempo.

—Tengo sesenta años.

—Te conservas muy bien para esa edad. No somos unos viejos, Izan.

—Y tú también estás guapa.

—Bueno, las canas con un buen pintado, las elimino, pero la edad la llevo y hago bastante ejercicio ahora que no trabajo.

—Eva, ¿quieres comer?

—¿Por qué no?

—Por un momento creía que rechazarías mi invitación.

—¿Por qué?, no te guardo rencor, tú fuiste el que te alejaste de nosotras y de tu hija. Eso fue algo imperdonable. Y no se trataba de dinero Izan.

—Lo sé ¡maldita sea!

—Bueno, pero te ha compensado.

—No, no me ha compensado.

—¿Ah no?

—No, nunca me ha compensado que tuviera mujeres distintas.

—¿Y eso, por qué?

—Porque ninguna eras tú.

—Vamos a comer Izan, no vamos a discutir después de casi treinta años por esa tontería.

—No es una tontería, siempre te he querido Eva.

—Muy gracioso Izan, ¿por qué me dices eso ahora? —Mientras caminaban por la avenida buscando un restaurante.

—Porque ahora no está Mat y lo siento.

—Si estás pensando lo que creo que estás pensando, la respuesta es no, nunca, jamás

—¿Por qué?

—Sabes la respuesta. Además ya he tenido al amor de mi vida.

—Pero estamos solos.

—Yo no estoy sola.

—Sí, estás sola y yo también.
—¿Qué pasa te han abandonado las musas?
—Lo dejé hace tiempo.
—¿Cuánto tiempo?
—Diez años.
—¿Diez años sin sexo?
—No exactamente,
—¿No se te subía?
—Muy graciosa, no era por eso, quería cambiar. Estaba cansado.
—Hombre, con la vida que has llevado, como para no estar derrotado, le has dado un buen uso.
—No te rías de mi Eva. He sufrido.
—Yo también Izan —mirándolo fijamente —pero deje de hacerlo cuando me fui de allí, fue lo mejor que hiciste por mí. Fui muy feliz con Mat, he tenido dos hijos más, ahora llevan la empresa de su padre. Son estupendos.
—Lo sé...
—¿Los has visto?
—Sí. He estado al tanto de tu vida y he sentido celos de tu vida y de tu marido.
—¿Comemos aquí?
—Sí, me da lo mismo.
—Nos sentamos en aquella mesa, te gusta la ventana.
—Sí. Me gusta.
—Bueno Izan, qué tienes rondando en la cabeza, porque no has venido a verme por casualidad.
—Tenía ganas de verte y hablar contigo.
—¿Nada más?
—Y nada menos, ahora estamos comiendo, siempre has sido tan educada...
—Gracias, es un halago.
—Es una verdad como un templo. Quiero, quiero saber si estás preparada para salir con alguien.
—¿Salir cómo? Salir en plan pareja, salir en plan rollo de una noche, tener un amigo con el que hablar y salir sin tocar, salir para tener sexo y si te vi no me acuerdo...
—Para Eva, no seas irónica.
—Salir ya sabes, a cenar, a comer a viajar.
—¿No trabajas?
—Quiero dejarlo ya, estoy cansado, quizá vendamos la empresa Arni y yo. Tenemos una buena propuesta, ya te he comentado y aunque me quedan años para jubilarme, puedo hacerlo, tengo suficiente para vivir bien el resto de mi vida. Estamos barajando venderla
—¿El edificio es vuestro?
—Sí.
—Pues con lo que lo vendas y lo que tienes estaría bien, puedes viajar como yo, o hacer ejercicio y leer, pasear. Quizá vaya a Alaska un mes dentro de un par de meses. Tengo una lista, Canadá, California, San Francisco, Alabama, Mat era de Alabama, Florida, Texas, Las Vegas, Montana... A lo mejor vengo casada de las Vegas, ¿imaginas? Me da la locura y me caso allí.
—Muy graciosa ¿Qué me dices?
—De qué.
—De salir conmigo.
—¿En qué plan?

—Podemos empezar saliendo a cenar, a tomar café o pasear los fines de semana y si vendemos la empresa podemos viajar juntos como amigos.

Y ella empezó a comer.

—¿Te lo estás pensando?

—Sí.

—¿En serio?

—Depende.

—Depende de qué.

—De dos condiciones, bueno de dos, y una final.

—Dímelas.

—Antes de salir, tienes que hablar con tu hija y hacer las paces.

—Eva, no va a quererme después de tanto tiempo.

—Es una condición. Si no consigues que tú hija te acepte, no saldré contigo. Hubo un tiempo en que si un hombre no aceptaba a mi hija, no saldría conmigo, ahora es al revés, si no te acepta, no salgo contigo.

—Está bien, hablaré con ella.

—¿Y la segunda?

—Si sales conmigo no saldrás con nadie más.

—Hecho. Y la última...

—Te llamaré cuando necesite sexo. Podemos tener buenos momentos sin complicaciones ni compromisos. . Izan se quedó con la boca abierta.

—Pero...

—Es lo que siempre quisiste de mí. Ahora pongo yo las normas.

—Me está tomando el pelo.

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—Por una vez tienes razón.

—¡Joder Eva, menuda broma!

—Nunca se sabe qué pasará, pero aunque no tengamos. Si quieres sexo, lo dejaremos. Quiero una vida relajada.

—Podemos tener futuro.

—No soy tarotista, todo depende de ti. Mi vida espiritual está en calma ahora. Sé que Mat querría que fuese feliz, pero si me viera, no te querría a mi lado si no eres el hombre que me merezco.

—Está bien,

—Piénsatelo, habla con tu hija y me cuentas.

—Está bien. Lo haré.

—Te doy mi nuevo teléfono.

—Toma el mío.

—Me alegro de verte de nuevo Eva. Si te hubiese hecho caso aquél día...

—Ahora eso no tiene sentido.

Al final Izan, la dejó en su puerta, pero ella no lo invitó a entrar.

—Me voy, ya hablaremos.

—Está bien, ¿vives en el mismo sitio Izan?

—Sí, está todo reformado, hasta el edificio, pero sigo allí.

—Me alegro.
—Adiós Eva y gracias por hablar conmigo, al menos no ha estado tan mal.
—Gracias por la comida Izan.
—De nada. Te llamo.
Adiós —y cerró la puerta.

Izan lo primero que hizo, fue llamar a su hija y quedar para comer con ella. Sabía que tenía que dar ese paso. Su hija lo conocía, sabía quién era. Su madre le había hablado de él omitiendo los detalles entre ellos.

Madi solo sabía que su madre se inseminó artificialmente y que su padre no fue consciente, ni se enteró de eso a no ser porque estuvo perdido.

Su madre le contó que ella no quiso que el tuviese con ella ninguna responsabilidad por ese hecho, porque no estaba preparado para ser padre.

Su hija accedió a comer con él.

—Mamá.

—Dime cariño, ¿qué pasa, me llamas desde el despacho?

—Sí, no te vas a imaginar quien me ha llamado —Eva ya lo sabía.

—Si no me lo dices, cómo voy a saberlo, hija.

—Mi verdadero padre, Izan White.

—¿De verdad?

—Sí, me ha invitado a comer, quiere hablar conmigo.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué hago mamá?

—Lo que te dicte el corazón, creo que debes escuchar lo que tenga que decirte, pero es decisión solo es tuya.

—Por ir no pasa nada, ¿no?

—No cariño, no pasa nada.

—Entonces iré a ver, quiero ver cómo es.

—Lo sé hija.

—Pero mi verdadero padre siempre fue mi padre.

—También lo sé, pero puedes tener dos.

—Bueno, voy a comer mañana, por la tarde te llamo y te cuento.

—Está bien hija.

Al momento recibió otra llamada de Izan contento porque Madi había accedido a comer con él

—Lo sé me acaba de llamar. Oye Izan...

—Dime...

—De ti nunca le hablé mal, solo que no quise hacerte responsable de educar una hija que no habías tenido por ti mismo.

—Gracias, Eva.

—Bueno, me cuentas si quieres.

—Te llamare por la noche.

—Como quieras.

La comida con su hija duró dos horas largas, Izan quiso ser sincero con su hija. Y lo hizo.

No compartía su forma de vida, pero la respetaba. Pero Izan le contó detalles de sus

graduaciones, había estado en ellas, la había visto, la conocía y siempre había estado a su lado en la sombra.

—No te pido que me quieras como a Mat, tu verdadero padre, el que te crio y educó, simplemente quiero que me des una oportunidad de conocerte. Eres una mujer ya, preciosa y la única hija que tengo y el único familiar que me queda. Podemos salir a comer de vez en cuando o que vengas a mi casa a conocerla.

—¿Qué pasó con mamá?

—Siempre estuve enamorado de ella, aún lo estoy.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y ella lo sabe?

—Lo sabe ahora. He esperado casi tres años y me gustaría volver a salir con ella, si quisiera darme una oportunidad. Somos jóvenes aún. Y sé que es la mujer de mi vida, aunque yo no sea el hombre de la suya. Voy a vender la empresa y cuidaré de ella, quiero viajar y llevar otro tipo de vida y darle lo que no le di en su tiempo.

—Mira que el amor de la vida de mamá fue mi padre, mi otro padre.

—Lo sé. Es un muro insalvable y lo respetaré, no me importa ser un amigo para ella.

—Está bien, sí, te doy la oportunidad de conocernos.

—Gracias hija. E Izan, lloró de emoción y su hija lo abrazó porque estaba solo al fin y al cabo.

—Vamos papá, no llores, he sido feliz.

—Yo no, y eres tan buena como tu madre. Y no lo merezco.

—Seguro que lo mereces.

—Quisiera pedirles permiso a tus hermanos para salir con tu madre.

—¿Mamá va a salir contigo?

—Me puso condiciones.

—Mamá y sus condiciones, algún día escribiré un libro titulado, Las condiciones de mamá.

—No te burles, eres una chica magnífica, por culpa de sus condiciones. —Y se rieron.

—¿Bueno, quieres que comamos en mi casa el sábado y la ves, invitaré a mamá y a mis hermanos y allí contamos todo? Les puedes pedir permiso directamente, aunque no sé si los vas a diferenciar, son idénticos.

—Gracias Madi.

—De nada. Ahora tengo que irme, anota la dirección y el sábado a las dos allí.

—Hija no sé qué decir...

—No digas nada, el domingo me invitas a ver tu casa y salimos a comer fuera los dos, aún tenemos muchas cosas que hablar de los abuelos. Y vamos a llevarles flores al cementerio.

—Si es lo que quieres... Lo haremos.

—Se abrazaron y cada uno tomó su camino.

Izan iba llorando, porque había sido muy fácil con su hija. Al igual que su madre y diría que le había hecho ilusión. Lo que tenía, era de su hija, no tenía a quién dejar su herencia, pero el padre de Madi, le dejó parte de la suya, si conseguía casarse con Eva, cosa hartó difícil, las cosas las repartiría como hizo Mat.

Bueno el dinero, porque pensó que si vendía su empresa, podría estar todo el tiempo con Eva. Y estar a todas horas con ella, era recuperar el tiempo perdido.

La siguiente condición, la tenía clara, nada de mujeres. Podía tener la familia que tuvo Mat, aunque no fuera él ni Eva lo quisiera como quiso a Mat, se conformaba con una mínima parte, tampoco se merecía más, pero sería otra persona.

Parecía que todo iba de maravilla. Los hijos de Eva, querían verla feliz, no quería que se quedara sola con la edad que tenía, y quien mejor que la madre de Madi.

Madi y su padre se conocieron y estaba encantada de tener otro padre. Los hijos de Eva lo respetaban, porque era un gran empresario y el padre de su hermana. No necesitaban saber más. Ninguno. Eva se encargó de tapar la parte negativa de Izan.

—Gracias Eva —le dijo dos meses después en el parque.

—¿Por qué? —le dijo con los ojos cerrados tomando el sol.

—Por no hablar mal de mí, si supieran lo mal que me porté contigo...

—Esos son nuestros problemas. Y fue una decisión lógica que tomaste.

—¿Aún piensas bien de mí?

—Para nada —Bromeaba ella.

—¡Qué difícil eres, mujer!

—Sí, lo soy.

—Hemos vendido la empresa y el edificio.

—¿En serio? —abrió los ojos y lo miró. Siempre había sido guapo y ahora era un maduro interesante y seguía siendo guapo.

—Sí, ayer terminamos toda la documentación, por eso te voy a invitar a un restaurante caro carísimo.

—Ni hablar.

—¡Joder Eva, qué estricta eres!

—Me gustan las cosas sencillas.

—Vamos de viaje. Llevamos saliendo dos meses.

—Sí, creo que me apetece un viaje.

—¿Alaska, Canadá, Montana o California?

—Alaska, una aventura.

—Pues nos vamos. Una semana.

—Dos.

—¿Dos semanas te apetece?

—Sí, luego vamos a Montana y Wyoming y Canadá.

—Todo a la vez...

—Podemos estar tres meses. Sin prisas.

—Te has vuelto una viajera.

—Sí, me encanta.

—Bueno, me encargo de los pasajes y el hotel.

—De tres estrellas.

—¿Por qué no de cinco? He vendido la empresa.

—De tres. Vamos a estar fuera tiempo y así tendremos para más viajes.

—Te voy a invitar y vamos a ir a hoteles de cinco estrellas.

—¿Es un reto, Izan?

—No, he dejado los retos, es un capricho.

Izan se acercó y la besó en los labios —y ella se quedó sorprendida. Se miraron a los ojos

—Izan...

—Eva... Qué pasa, no me he podido resistir. Ten en cuenta que hace más de treinta años que no te beso.

—¿Tanto?

—Tanto.

—Pues no esperes demasiado o se nos pasarán otros treinta.

Izan la besó apasionadamente.

—Aún besas bien. Se ve que has aprendido con el tiempo.

—¡Qué tonta eres! Entonces nos vamos de viaje unos meses, nena.

—Claro.

—Yo pagaré el viaje.

—No voy a discutir nada.

—Te lo debo.

—Me debes tanto...

Te lo recompensaré. ¿Una habitación o dos?

—Una. Soy una mujer ahorrativa.

E Izan la cogió de la mano y fueron a casa de Izan paseando juntos como dos adolescentes.

Ella sabía que podía vivir más historias de amor, aunque también sabía quién fue el amor más importante de su vida, pero podría haber otros amores en su vida y aún no tenía sesenta años.

Y le iba a dar una oportunidad al primer hombre con el que se acostó.

Y él le demostró con el tiempo que merecía el hombre en el que se había convertido.

—¿Me quieres? —le preguntaba Izan, después de hacer el amor en Montana.

—Te quiero.

—¿Cuánto?

—Mucho, loco.

—¿Como para casarte conmigo?

—¿Quieres casarte conmigo?, ¡no me lo puedo creer!

—Sí, quiero casarme contigo.

—¿Y dónde viviremos?

—En un apartamento no demasiado grande pero lujoso, tres dormitorios y despacho.

—Dos y un despacho.

—Nos basta.

—¿Y los otros los vendemos?

—Sí, tenemos que viajar de vez en cuando. ¡Oh Dios!, en cuantos sitios he vivido en Nueva York.

—Este será el último, no pienso dejarte en la vida, mi amor.

—¿Quién me lo iba a decir?

—Quiero que seas feliz.

—Lo soy, Izan. Si tus padres nos vieran.

—Seguro que nos ven.

—¡Quiéreme pequeña!

—Si te quiero, pero sigues siendo un niño mimado y consentido.

—Me arrepiento tanto de lo que hice...

—¿Otra vez Izan?

—Es que...

Y ella se colocó encima.

—¿Ahora qué?

—Tú mandas, siempre me pones retos, nena. Y este no lo gano yo.

La cogía por las caderas y la penetraba.

—Serás.... ¡Ay Izan!

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

1	Una boda con un Ranchero	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
2	Un amor para olvidar	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
3	Cuando el pasado vuelve	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
4	Un vaquero de Texas	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
5	Tapas en Nueva York	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
6	Otoño sobre la arena	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
7	Tu rancho por mi olvido	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
8	Una noche con un Cowboy		(Serie ranchos romántico-erótica)
9	Pasión y fuego		(Serie romántico-erótica)
10	El amor viste bata blanca		(Serie romántico-erótica)
11	Teniente Coronel		(Serie romántico-erótica)
12	La equivocación		(Serie ranchos romántico-erótica)
13	El otro vaquero		(Serie ranchos romántico-erótica)
14	El escocés		(Serie romántico-erótica)
15	El amor no es como lo pintan		(Serie romántico-erótica)
16	La lluvia en Sevilla es una maravilla		(Serie romántico-erótica)
17	Tres veces sin ti	Saga Ditton, I	(Serie romántico-erótica)
18	Consentida y Caprichosa	Saga Ditton, II	(Serie romántico-erótica)
19	Solo Falta Jim	Saga Ditton, III	(Serie romántico-erótica)
20	Trilogía Ditton	Saga Ditton completa	(Serie romántico-erótica)
21	La chica de Ayer		(Serie ranchos romántico-erótica)

			erótica)
22	Escala en tus besos		(Serie romántico-erótica)
23	No tengo tiempo para esto		(Serie romántico-erótica)
24	¿Quién es el padre?		(Serie ranchos romántico-erótica)
25	Y tú, ¿Qué quieres?		(Serie romántico-erótica)
26	Segunda Oportunidad		(Serie romántico-erótica)
27	Te juro que no lo he hecho a propósito		(Serie romántico-erótica)
28	Los caminos de Adela		(Serie romántico-erótica)
29	Ojos de Gata		(Serie romántico-erótica)
30	Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas		(Serie romántico-erótica)
31	El número 19		(Serie romántico-erótica)
32	La vida de Eva		(Serie romántico-erótica)